
Turno de Invierno
BOOKSTOR
Christine
Waters
Christine Waters

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Título original: Winter Shift
Autor: Christine Waters
Fecha de publicación original: Enero, 2026

Se ha traducido el texto principal de la obra. Los materiales complementarios, como la página original de aviso de derechos de autor, podrían permanecer en su idioma original sin traducir.

WINTER SHIFT

OTHER TITLES IN THIS SERIES

Spring Shift

OTHER TITLES BY
CHRISTINE WATERS

The Woman In The Barn

Stranded

Love You More

A Whole New World

JOIN MY NEWSLETTER

Sign up for my newsletter here to receive first looks on what I’m working on, updates and more. Scan the QR code below.



COPYRIGHT © 2026
CHRISTINE WATERS

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

TABLE OF CONTENTS

CHAPTER 1

CHAPTER 2

CHAPTER 3

CHAPTER 4

CHAPTER 5

CHAPTER 6

CHAPTER 7

CHAPTER 8

CHAPTER 9

CHAPTER 10

CHAPTER 11

CHAPTER 12

CHAPTER 13

CHAPTER 14

CHAPTER 15

CHAPTER 16

CHAPTER 17

CHAPTER 18

CHAPTER 19

CHAPTER 20

CHAPTER 21

CHAPTER 22

CHAPTER 23

CHAPTER 24

CHAPTER 25

CHAPTER 26

WINTER SHIFT

CHRISTINE WATERS

CAPÍTULO 1

EL CAFÉ DE DANA se había enfriado hacía dos horas, pero ella seguía con la taza en el escritorio. Así tenía algo que sujetar mientras revisaba los informes de incidentes que Jamal le había dejado para aprobar. Una disputa doméstica en Maple Street, resuelta sin detención. Tres quejas por ruido del viejo Reiben por las campanillas de viento de su vecino. Un pequeño golpe en el aparcamiento de la iglesia metodista en el que ambos conductores se culpaban mutuamente y ninguno quería presentar denuncia.

Bracken Ridge a principios de diciembre era tan emocionante como ver derretirse el hielo, justo como a Dana le gustaba.

Echó un vistazo al reloj colgado sobre la radio de la centralita. Las 19:43. La oscuridad invernal se había adueñado de Woodruff Street hacía horas, y las luces navideñas blancas tendidas entre las farolas se habían convertido en pequeños faros contra la negrura. La nieve había empezado a caer sobre las seis, en copos grandes y perezosos que atrapaban la luz y hacían que todo pareciera más suave de lo que era en realidad.

Dana se frotó los ojos e intentó ignorar el montón de material de campaña amontonado en la esquina de su despacho. Carteles de Reelijan a la Sheriff Dana Finch con su rostro que la miraba fijamente, seria y serena, competente y digna de confianza. Su padre había insistido en el eslogan de debajo: Liderazgo Firme para Bracken Ridge. Ella habría preferido algo más sencillo, menos agresivo, pero Wayne Finch le había recordado que la gente quería

una sheriff que proyectara autoridad. Que no se amedrentara. Que los mantuviera a salvo de las amenazas que imaginaban al acecho más allá de los límites de su pequeño pueblo.

A Dana se le daba de maravilla no amedrentarse.

El móvil vibró sobre el escritorio. Un mensaje de su madre.

Mamá [19:48]: La cena está lista. Tu padre quiere hablar de la campaña.

Respondió rápido.

Dana [19:48] Esta noche no puedo mamá. Sigo en el trabajo. ¿Me guardas un plato?

La respuesta llegó casi al instante.

Mamá [19:49]: Hay asado. Te lo dejo en la nevera.

Dana sonrió. Clara Finch expresaba su cariño con comida y una preocupación discreta, a partes iguales. Asado significaba que su madre llevaba cocinando desde las cuatro, seguramente mientras veía las noticias y echaba un vistazo al móvil cada diez minutos preguntándose cuándo llamaría Dana o le escribiría.

Debería ir. Sus padres vivían a solo tres calles, en Cedar Lane, lo bastante cerca como para que su madre pudiera plantarse en su puerta con tápers y preguntas incisivas sobre por qué Dana trabajaba tanto y por qué no se tomaba un descanso y quedaba con alguien. Lo bastante cerca como para que su padre pudiera pasarse por la comisaría sin avisar a darle consejos que nadie le había pedido sobre estrategia de campaña.

Pero esa noche, Dana no podía enfrentarse a ello. Las preguntas cautelosas. El modo en que su madre le escrutaba el rostro como si buscara algo. El peso de ser la hija que esperaban que fuera, pero que sabían que no era ni sería nunca, por mucho que lo intentara. Quizá nunca llegaran a conocer la verdad de quién era en realidad, y eso le daba cierto consuelo.

Al menos tenían a Darren. Aunque no era perfecto, nunca se había casado y vivía en la otra punta del país, no estaba tarado como ella. Aún podían esperar de él lo que quizá nunca obtendrían de ella. Cada vez que su madre le preguntaba por quedar con alguien, por encontrar a alguien ahora que su matrimonio había fracasado, se le encogía todo por dentro. Ni de broma iba a dejar que lo que pasó con Vince volviera a ocurrir. Si volvía a hacer daño a alguien así, se merecería toda la furia que le cayera encima.

Dejó el móvil a un lado y abrió el último informe de incidentes. Jamal había acudido a una llamada por unos adolescentes bebiendo en el aparcamiento del colegio. Los había dispersado con una advertencia y les había requisado tres packs de cerveza barata. El típico follón de viernes por la noche. Dana aprobó el informe y cerró el expediente.

La comisaría se sumió en su habitual silencio nocturno. El runrún del viejo sistema de calefacción, que nunca conseguía mantener el edificio lo bastante caliente. El tictac del reloj de pared. El crepitar ocasional del escáner policial puesto a volumen bajo, con los operadores de los condados vecinos atendiendo sus propias pequeñas emergencias. Por la ventana de su despacho veía Woodruff Street perderse en la oscuridad, los escaparates cerrados, las aceras vacías.

Paz y tranquilidad.

Dana cerró el portátil y cogió la chaqueta. Midge, la gatita que había rescatado y que la esperaba en casa, estaría furiosa a esas alturas. Tres kilos de pelo negro y mala uva, todo contra Dana por el delito de llegar un par de horas tarde. Había encontrado a Midge hacía un mes detrás de la gasolinera, medio muerta de hambre y bufando a las sombras. El veterinario le había advertido de que los gatitos salvajes rara vez se socializaban, que con suerte tendría una gata de corral asustadiza.

Dana se la había llevado a casa de todos modos.

Ahora Midge dormía en su almohada, exigía el desayuno a las cinco de la mañana a base de maullidos estridentes y ronroneaba como un motor cuando Dana le rascaba detrás de las orejas. Era

brava, desconfiada y ferozmente independiente. Dana la entendía perfectamente.

Iba por la mitad de la cremallera cuando la radio de la centralita cobró vida.

—A todas las unidades, atención. Aviso de conducción temeraria en la Ruta 9, dirección sur, cerca del punto kilométrico sesenta y ocho. Vehículo deportivo plateado o gris, posiblemente a alta velocidad.

Dana cogió la radio.

—Centralita, aquí la sheriff Finch. Salgo ahora mismo. Me encargo yo.

—Recibido, sheriff.

Se puso la chaqueta y cogió las llaves. La Ruta 9 era la carretera principal que atravesaba las afueras rurales de Bracken Ridge, sobre todo tierras de cultivo y bosque. A esas horas, estaría casi vacía. Patrulla fácil.

Jamal alzó la vista al verla pasar.

—¿Quiere refuerzos, jefa?

—¿Por un coche que va rápido? Creo que me las apaño.

Empujó las puertas de la comisaría y salió al frío.

—Quédate al mando mientras no estoy.

La nieve caía con más fuerza, los copos arremolinados en el haz de los faros mientras salía del aparcamiento. Woodruff Street dio paso a barrios residenciales y luego a la carretera de dos carriles que serpenteaba entre la oscuridad y los árboles. La calefacción del coche patrulla se puso en marcha para combatir el frío de diciembre.

Delante, la Ruta 9 se extendía vacía y blanca de nieve. Dana se acomodó en la rutina de la patrulla. Vigilar la carretera. Comprobar los espejos. Buscar cualquier cosa fuera de lugar. El escáner zumbaba con las voces lejanas de otros condados, pero Bracken Ridge seguía en silencio.

Pasaron diez minutos. Luego quince.

Estaba a punto de llamar a la centralita para informar de que no había contacto cuando aparecieron unos faros en el retrovisor, que

se acercaban deprisa. Demasiado deprisa para esas condiciones. Dana levantó el pie del acelerador y se cambió al carril derecho, esperando que el vehículo la adelantara.

Y lo hizo, adelantándola a toda velocidad, a lo que tenían que ser treinta por encima del límite. Un BMW de lujo plateado, pegado al asfalto. Llevaba un piloto trasero fundido, con la carcasa rota visible incluso a través de la nieve.

Dana encendió las luces y la sirena.

Por un momento, el BMW no aminoró. Siguió adelante y Dana notó una punzada de irritación. Aceleró para acortar la distancia. Por fin, las luces de freno se encendieron en rojo y el coche se detuvo en el arcén.

Dana se detuvo detrás y metió la matrícula en el ordenador mientras esperaba respuesta de la centralita. Matrícula de Massachusetts. La marca y el modelo aparecieron en pantalla. BMW M4, tres años de antigüedad. Registrado a nombre de un tal Robert Conroy, de Bracken Ridge.

Robert Conroy.

Las manos de Dana se quedaron inmóviles sobre el teclado. Conocía ese nombre. Todo el mundo en Bracken Ridge conocía ese nombre. Conroy Timber, uno de los mayores empleadores del condado. Dinero, influencia, la familia que casi siempre se salía con la suya.

Cogió la linterna y salió a la nieve. El frío le atravesó la chaqueta de inmediato. Se acercó al lado del conductor con cuidado, con una mano cerca del arma por costumbre, y dio unos golpecitos en la ventanilla con la linterna.

La ventanilla bajó y, para sorpresa de Dana, no era Robert Conroy.

Era su única hija, Rachel Conroy, sentada al volante. Dana no la conocía en persona, solo la había visto por el pueblo un par de veces, si acaso. Pero había oído los cotilleos: que era una niña mimada y esnob, que se creía demasiado buena para el negocio

familiar y para Bracken Ridge, que se había hecho abogada medioambiental, que salía con mujeres y que rara vez volvía a casa.

Ahora, de cerca, era solo otra persona. El pelo rojo le caía por debajo de los hombros en ondas despeinadas por el viento. Ojos gris verdosos que captaban la luz de la linterna de Dana. Pómulos marcados, labios carnosos. Llevaba una chaqueta de cuero Dalby de AllSaints y pendientes de diamantes que probablemente costaban más de lo que Dana ganaba en un mes. Todo en ella gritaba dinero y alguien acostumbrada a que el mundo se plegara a sus deseos. Dana conocía muy bien a ese tipo de gente.

Pero algo no iba bien. Tenía el maquillaje corrido bajo los ojos. El rímel le había dejado marcas oscuras. Había estado llorando.

—Carné de conducir y documentación del vehículo —dijo Dana, manteniendo un tono profesional.

Sabía que no debería, pero cuando Rachel la miró de arriba abajo, de los ojos a la placa y de vuelta a los ojos, se sintió incómoda.

Y entonces algo cruzó por el rostro de Rachel. Reconocimiento, quizás. Pueblo pequeño; todo el mundo conocía a la sheriff.

Rachel apretó los labios y alargó la mano hacia el bolso sin decir palabra.

La mente de Dana catalogaba detalles automáticamente. El leve olor a alcohol. Cómo le temblaban ligeramente las manos a Rachel mientras sacaba la cartera. El cuidado deliberado en sus movimientos, como si se estuviera esforzando por parecer normal.

—¿Sabe por qué la he parado? —preguntó Dana.

—Sí, exceso de velocidad —dijo Rachel con tono inexpresivo—. Y el piloto trasero. Sé que está roto. Tenía pensado arreglarlo.

—Iba a treinta y siete por encima del límite en una carretera nevada. —Dana dirigió la linterna hacia el piloto trasero roto para documentarlo—. Eso es conducción temeraria en estas condiciones. Y el piloto roto es una infracción de seguridad.

—Lo sé. Lo siento.

La sinceridad en la voz de Rachel hizo que Dana se tensara. Cogió el carné y la documentación que Rachel le tendía; sus dedos se rozaron durante una fracción de segundo. La mano de la mujer estaba helada.

Dana retrocedió y examinó los documentos bajo la linterna. Rachel Elizabeth Conroy. Veintinueve años. Dirección de Chicago, aunque Dana sabía que la finca de los Conroy estaba justo a las afueras de Bracken Ridge. En la foto, Rachel sonreía con un aire formal y pulido. Nada que ver con la mujer sentada en el coche en ese momento, con los ojos enrojecidos y las manos que no dejaban de temblar.

—¿Ha bebido esta noche, señorita Conroy? —preguntó Dana.

La mirada de Rachel se clavó en la suya, y una emoción real rompió la fachada de control. Se le abrieron los ojos de par en par, se le dilataron las aletas de la nariz.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Es una pregunta estándar en los controles de tráfico.

—Claro que lo es. —Rachel soltó un suspiro que podría haber sido una risa—. Sí. Tomé vino con la cena. Dos copas. Hace más de tres horas.

Dana percibió el olor a alcohol con más intensidad. Imposible que hubieran sido solo dos copas de vino hacía más de tres horas. Además, arrastraba las palabras.

—Voy a tener que pedirle que salga del vehículo —dijo Dana.

—No puedes hablar en serio.

—Salga del vehículo. Ahora.

Durante demasiado tiempo, Rachel no se movió. Se quedó mirando a Dana, con el rostro iluminado por la linterna. El dolor, la rabia y el agotamiento se reflejaban en cada rasgo de su cara, hasta que lo bloqueó todo.

Abrió la puerta y salió. Llevaba botas Stuart Weitzman con tacones que serían peligrosos en el arcén cubierto de nieve.

Rachel se quedó allí de pie, abrazándose para protegerse del frío, y esperó.

—¿Ha tomado algún medicamento o sustancia ilegal esta noche? —preguntó Dana.

—No.

—Voy a hacerle una prueba de sobriedad. ¿Lo entiende?

—Lo que sea. Esto es una mierda —dijo Rachel, pero obedeció.

Dana la guio a través de las pruebas. Siga mi dedo con los ojos. Camine por esta línea, talón con punta. Manténgase sobre un pie y cuente. Rachel cumplió cada instrucción con movimientos precisos, aunque el rostro se le iba poniendo más pálido a cada minuto.

Las pruebas no fueron concluyentes. No había signos evidentes de embriaguez, pero las condiciones eran pésimas. Nieve cayendo, viento arreciando, suelo resbaladizo. Dana no podía llegar a una conclusión definitiva basándose solo en esos factores.

—Voy a tener que pedirle que se someta a una prueba de alcoholemia —dijo.

Los hombros de Rachel se hundieron un poco y luego se enderezaron.

—Vale.

Dana cogió el alcoholímetro portátil del coche patrulla y lo preparó. Era el procedimiento. Protocolo estándar. No importaba que la persona a la que estaba haciendo la prueba fuera Rachel Conroy, hija de una de las familias más poderosas del condado, ni que obviamente estuviera pasando una noche terrible. Sin embargo, todos los instintos de Dana le gritaban que lo dejara correr, que le diera una advertencia y la mandara a casa.

—Sople en el dispositivo hasta que le diga que pare —indicó Dana.

Rachel cogió el alcoholímetro y sostuvo la mirada de Dana. La nieve caía sobre su pelo rojo oscuro y se derretía en sus mejillas sonrojadas. Luego se llevó el alcoholímetro a los labios y sopló.

El dispositivo emitió un pitido. Dana miró la lectura y se le encogió el estómago.

Cero coma cero nueve.

Justo por encima del límite legal de cero coma cero ocho. Rachel estaba legalmente ebria.

—Queda detenida por conducir bajo los efectos del alcohol —dijo Dana. Las palabras le salieron a la fuerza.

El rostro de Rachel palideció.

—¿Qué? Estás de puta broma. No puedes simplemente... —Se detuvo, se recompuso y sacudió la cabeza—. Sheriff. —Sus ojos se desviaron hacia la placa de Dana—. Sheriff Finch. Por favor.

—Date la vuelta y pon las manos detrás de la espalda.

—¿De verdad vas a arrestarme? —la voz de Rachel se quebró—. ¿No puedes hacer la vista gorda? Apenas paso del límite. Cometí un error. Tuve una mala noche y solo quería llegar a casa.

—Date la vuelta.

—Por favor. —Las lágrimas le corrían ahora por el rostro, mezclándose con el maquillaje corrido y la nieve derretida—. Te lo suplico. No hagas esto.

Dios, Dana quería dejarla ir. Quería decirle que volviera al coche, que condujera a casa con cuidado y olvidara que aquello había pasado.

Pero no podía. Si dejaba ir a Rachel y ocurría alguna tragedia, si la paraba otro agente o tenía un accidente o hería a alguien, Dana no se lo perdonaría jamás. Y más aún, si alguien se enteraba de que había dado trato preferencial a una Conroy, su carrera se resentiría. La campaña que su padre había orquestado, la reputación que llevaba cuatro años construyendo, todo se vendría abajo.

—Date la vuelta —repitió Dana, y la voz le salió más dura de lo que pretendía—. ¡Ahora!

Rachel la miró un segundo más, y el dolor en su rostro resultaba casi devastador. Entreabrió los labios como si quisiera decir algo más, pero se contuvo. Se dio la vuelta, con los hombros rígidos y las manos entrelazadas a la espalda.

Dana sacó las esposas, se las puso y estas se cerraron con un clic en torno a las muñecas de Rachel.

—Tiene derecho a permanecer en silencio —recitó Dana mecánicamente.

—No puedo creer que me esté pasando esto.

Dana solo podía imaginar que Rachel quería decir que le estaba pasando a ella y no a otra persona. Seguramente Rachel pensaba que debería librarse de esta, como probablemente se había librado de todo lo demás en su vida. Pues esta noche no. Dana no iba a dejarla marchar para que acabara matándose en la carretera, o peor aún, matando a otro.

—Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede costearse uno, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende estos derechos?

—Entiendo que puedes dejarme ir. Voy camino de casa.

—¿Entiende? —la voz de Dana subió una octava, de pronto impaciente.

—Sí. —Apenas se la oyó.

—Bien.

Dana la guio hacia el coche patrulla con una mano en el codo de Rachel, cubierto de cuero.

Rachel caminó con rigidez, la respiración y los pasos irregulares, lo que confirmó a Dana que había tomado la decisión correcta.

Cuando llegaron a la puerta trasera, Dana la abrió y esperó a que se agachara para entrar.

Rachel se detuvo y se volvió para mirarla una vez más, los ojos vidriosos por las lágrimas.

—He tenido una noche muy mala —dijo en voz baja—. La peor noche. Y tú acabas de empeorarla todavía más.

Luego subió al asiento trasero y Dana cerró la puerta.

El viaje de vuelta a la comisaría se hizo interminable. Dana tenía los nudillos blancos de aferrar el volante. En el espejo retrovisor veía a Rachel sentada, completamente inmóvil, mirando por la ventanilla. Ya no lloraba. Tenía la mirada perdida.

El móvil de Dana vibró en el portavasos. Un mensaje de su madre. Y otro de su mejor amiga, Lucy, de hacía unos veinte

minutos. Ignoró los dos.

Volvió a mirar a Rachel en el asiento de atrás. Había hecho lo correcto. Había seguido el procedimiento. Había aplicado la ley sin favoritismos ni prejuicios, exactamente como debía hacer una sheriff.

Las luces de la comisaría brillaban cálidas en la oscuridad cuando aparcó. A través de las ventanas delanteras veía a Jamal en el mostrador de recepción, seguramente trasteando con el móvil.

Apagó el motor y se quedó allí sentada un momento, aún aferrada al volante.

Detrás de ella, Rachel no dijo nada.

Dana salió del coche patrulla y abrió la puerta trasera. Rachel bajó sin que tuviera que pedírselo, con las manos aún esposadas a la espalda.

—Por aquí —dijo Dana.

Dentro de la comisaría, Jamal levantó la vista del ordenador y se le abrieron los ojos como platos.

—¿Jefa?

—Procesa este arresto —dijo Dana con brusquedad—. Conducción bajo los efectos del alcohol, luz trasera rota, exceso de velocidad en condiciones peligrosas. Yo haré el papeleo.

Condujo a Rachel más allá del mostrador de recepción, hacia la zona de fichaje. Las luces fluorescentes zumbaban sobre sus cabezas mientras Dana le quitaba las esposas.

Rachel se frotó las muñecas de inmediato, donde se le habían formado marcas rojas.

Mierda. Seguramente las esposas estaban demasiado apretadas. ¿Por qué no había dicho nada?

—Por aquí —dijo Dana con suavidad.

El fichaje duró veinte minutos. Huellas dactilares, foto policial, inventario de pertenencias. Rachel permaneció de pie durante todo el proceso con la misma expresión ausente, respondiendo a las preguntas con voz monocorde.

—Tiene derecho a hacer una llamada —dijo Dana, señalando el teléfono fijo de la pared, junto al mostrador de fichaje.

—Genial. Mi padre tendrá a alguien aquí en una hora —dijo Rachel.

—Me da igual que traiga al gobernador en persona. Esta noche te quedas aquí.

—No puedes hablar en serio.

—Completamente en serio. Estás ebria. ¿Quieres hacer esa llamada o no?

La mirada asesina que Rachel le lanzó lo decía todo.

—Eres lo peor que me he encontrado en mi vida.

—¿Llamada o no? —preguntó Dana, ignorando lo que había dicho. Le importaba un bledo lo que Rachel Conroy pensara de ella.

Rachel apretó los labios y no dijo nada.

—Como quieras —dijo Dana, y la condujo por el pasillo hacia los calabozos. Había tres, todos vacíos esa noche. Descorrió el cerrojo de la primera y la puerta se abrió con un chirrido metálico.

Rachel entró y la puerta se cerró con un golpe metálico.

—Te soltaré por la mañana —dijo Dana, porque no sabía qué más decir—. Te darán fecha para el juicio. Supongo que conoces el procedimiento.

Rachel resopló.

Dana se volvió y se alejó. Por el pasillo. Pasó junto a Jamal, que la observaba con evidente curiosidad. Entró en su despacho, cerró la puerta y se apoyó contra ella, los ojos cerrados apenas un segundo. Cogió las llaves del escritorio, la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla, y salió.

—¿Vamos a hablar de qué coño ha pasado? —preguntó Jamal, inclinándose hacia delante.

—No hay nada de qué hablar.

Dana se dirigió hacia la puerta principal, deseando irse a casa.

—Rachel Conroy es la hija de Robert Conroy.

—No me digas, Sherlock. ¿Y eso significa que está por encima de la ley? No, no lo creo. Que pases buena noche. Saluda a tu tío de mi parte —dijo, y se marchó sin más.

CAPÍTULO 2

EL TRAYECTO A CASA en Britch Lane pasó como en una nebulosa. La casa estaba oscura y fría cuando entró. Encendió la luz junto a la puerta, una vieja lámpara de pie de latón con una pantalla verde descolorida que proyectaba luz cálida sobre los suelos de madera desgastados. Una de las pocas cosas que se había traído de Pensilvania cuando vivía con Vince. Enseguida lo apartó de su mente.

—¿Midge? —llamó, dejando las llaves y el teléfono sobre la mesita de café junto a la puerta—. Ven aquí, pequeña.

Nada. Ningún maullido de respuesta. Ningún cuerpecito negro que se enroscara alrededor de sus tobillos para exigir la cena.

Dana se quitó la chaqueta y la arrojó sobre el respaldo del sofá raído. Midge probablemente estaba en el dormitorio, acurrucada en la almohada. La gatita tenía el don de dormir como un tronco pasara lo que pasara. Sería capaz de dormir durante un huracán si estaba a gusto.

Recorrió el corto pasillo y subió las escaleras. Abrió la puerta de su dormitorio. La cama estaba vacía, las sábanas aún arrugadas de por la mañana. Ni rastro de la gatita en la almohada ni enterrada bajo las mantas.

Claro. La gatera.

Dana había instalado la pequeña trampilla en la puerta trasera hacía dos semanas, harta de que Midge maullara para salir a las tres de la mañana a merodear por el patio en lugar de quedarse dentro.

La gata o salía a perseguir algo en la oscuridad o se iba a casa del Dr. Chadee, donde el anciano la mimaba con atún y caricias en la barbilla.

Se quitó el uniforme, cada prenda con alivio. Se puso unos pantalones de chándal y una vieja camiseta de un concierto de Foo Fighters de hacía diez años. El negro se había desteñido hasta un gris apagado y el logo de la banda estaba cuarteado, la tela suavizada por innumerables lavados. La había comprado en un concierto en Nueva York el verano en que cumplió veinticuatro, cuando salía con Chris, cuyo apellido no conseguía recordar por más que lo intentara. Esa relación había durado apenas dos meses antes de que ella la terminara sin dar explicaciones, como todas las demás. Solo podía fingir hasta cierto punto. Una semana después, había solicitado plaza en la academia de policía de Pensilvania.

Huyendo. Eso era lo que había estado haciendo. Huyendo de Bracken Ridge, de las expectativas de su padre, de la incómoda verdad sobre sí misma que se empeñaba en aflorar por mucho que intentara enterrarla.

Volvió a la sala de estar y cogió el teléfono de la mesa donde lo había dejado. Buscó rápidamente el contacto de Lucy y pulsó llamar, deseando contarle la noche que había tenido y que había arrestado a una Conroy.

Lucy contestó al segundo tono, pero en lugar de la voz de su mejor amiga, Dana oyó llantos agudos de fondo. No era para sorprenderse, estaba acostumbrada a que los gemelos montaran el número y volvieran loca a Lucy, pero apartó el teléfono de la oreja para protegerse del escándalo.

—Oye, Dany, espera un momento —dijo Lucy, y luego gritó como un sargento instructor—: Mason, cariño, no le tires camiones a tu hermano. —Estaba agobiada, pero no era nada que Lucy no pudiera manejar—. Lo siento mucho. ¿Te llamo luego? Mason está con una rabieta monumental porque Jake se ha quedado con el cuenco azul para cenar y resulta que hoy el azul es el color de Mason y se está acabando el mundo.

Más llantos. El estruendo de algo de plástico al caer al suelo.

—¡Mason Kowalski, en esta casa no se tiran cosas! —la voz de Mark se sumó al caos.

Dana casi sonrió a pesar de todo.

—Sí, llámame cuando puedas. Buena suerte.

—Voy a necesitar vino. Mucho vino. Hablamos pronto.

Lucy colgó y el silencio repentino pareció más denso que antes. Dana se quedó mirando el teléfono un instante y luego lo tiró al sofá.

Pensando en el asado de su madre, fue a la cocina y abrió la nevera de un tirón. Como esperaba, en el segundo estante había un plato cubierto con papel de aluminio. Lo quitó y se alegró de ver puré de patatas y judías junto al asado. Con el plato en equilibrio en una mano, cogió una cerveza de la puerta, se la puso bajo el brazo y desenroscó el tapón antes de meter el plato en el microondas.

El zumbido del microondas llenó la cocina mientras se apoyaba en la encimera y daba un largo trago a la cerveza con los ojos cerrados. Entonces oyó un golpe suave en la puerta trasera, seguido del clic-clac de la gatera al balancearse.

Apareció Midge, con el pelaje negro húmedo de nieve y la cola bien alta.

—Ahí estás, cariño. —Dana dejó la cerveza y cogió a su gatita—. ¿Has estado aterrorizando el jardín del Dr. Chadee otra vez?

Midge maulló a modo de respuesta y se retorció hasta soltarse de sus brazos.

—Sí, sí. Te mueres de hambre. Ya lo sé. —Dana cogió el recipiente de comida de la isla y echó un poco en el cuenco plateado de Midge, junto a la encimera. Midge se lanzó a la comida antes de que Dana terminara de servirla.

El microondas pitó. Cogió el plato y la cerveza y volvió a la sala de estar. Se dejó caer en el sofá y encendió la televisión. *Alone* siguió reproduciéndose desde donde lo había dejado la noche anterior. Un tipo en el Ártico que intentaba pescar por un agujero en el hielo mientras un oso merodeaba por el perímetro de su campamento.

Le dio un buen bocado al asado y vio el programa sin prestar atención. Midge saltó al sofá y se acurrucó contra su muslo, ronroneando.

Sin fuerzas para moverse después de comer y apurar la cerveza, dejó el plato y la botella en la mesa y se arrellanó en el sofá. El teléfono vibró: un mensaje de Lucy.

Lucy [21:55]: ¿Cena mañana?

Dana [21:55]: ☺

Se preguntó si alguna vez podría ser como Lucy y Mark, o al menos intentarlo. Podría haber tenido eso con Vince, pero lo tiró todo por la borda.

Se le retorció el estómago cuando el rostro de Vince apareció en su mente, rojo de furia, gritando a pleno pulmón y destrozando todo a su paso mientras ella le suplicaba que se calmara para poder explicarse. Pero no había explicación para lo que había hecho.

CAPÍTULO 3

—¿Arrestaste a quién? —Los ojos de Lucy se abrieron como platos mientras hacía malabares con una pila de platos en una mano y dos tazas en la otra, a punto de dejarlos caer.

—A Rachel Conroy —dijo Dana, acomodando a Jake en su cadera. El gemelo más tranquilo seguía siendo hiperactivo, brincando en los brazos de Dana con el pulgar en la boca, mientras su hermano Mason corría alrededor de la isla de la cocina haciendo ruidos de camión.

—¡Joder! —articuló Lucy con los labios para que los gemelos no la oyeran—. ¿Por qué? —Dejó los platos con estrépito.

—¿Cómo que por qué? —Dana fingió estar escandalizada, torciendo el gesto al oír el porqué.

—Quiero decir, sé que no arrestarías a nadie sin motivo, pero ¿a una Conroy? ¿A Rache? ¿La hija de Robbie Conroy?

—¿Rache? —Dana contuvo la risa—. Y estoy bastante segura de que para ti es Robert. ¿Y qué?

—Déjame reformular la pregunta. ¿Por qué la arrestaste? —Lucy hizo una pausa junto a la mesa de la cocina para mirar a Dana con la ceja izquierda arqueada al máximo.

—Para empezar, iba pasada de copas. Luz trasera rota. Exceso de velocidad y conduciendo como una loca. Podría haber atropellado a alguien.

—No creo que haya pisado Bracken Ridge en bastante tiempo. ¿Adónde iba?

—Dijo que a casa. No tengo ni puta idea —dijo Dana.

—¡Eh! —Jake captó la palabrota en cuanto salió de los labios de Dana.

—Lo siento —gruñó Dana con tono juguetón, haciéndole cosquillas para que se riera.

—¿Fue alguien a buscarla? ¿Su padre? —preguntó Lucy, con demasiado interés.

Dana besó los rizos rubios despeinados de Jake, lo dejó en el suelo y lo vio alejarse tambaleándose con su hermano hacia fuera de la cocina.

—Dany, los detalles —insistió Lucy mientras ponía platos y tenedores en la mesa.

—No hay detalles. No fue nadie. Pasó la noche allí y Jamal la soltó esta mañana.

—Vaya —Lucy se puso las manos en las caderas.

—Nada de vaya —dijo Dana, yendo hacia la nevera de donde sacó una cerveza helada del estante de arriba—. Todo según el reglamento. No pueden venir a quejarse. Nadie puede —Desenroscó el tapón y se llevó la botella a la frente.

—¿Quejarse de qué? —Mark entró en la cocina con sus ochenta y dos kilos de humanidad. Era alto, desaliñado y de hombros anchos, pero su sonrisa afable y sus ojos amables inspiraban confianza a cualquiera.

Cuando salieron juntos en tercero de bachillerato en el instituto de Bracken Ridge, eso era lo que más les gustaba de él a los padres de Dana, y por consiguiente todo lo que Dana odiaba. Era demasiado simple y dulce, y cuando rompió con ella porque se había enamorado de otra chica, Dana se alegró tanto que lloró. Por supuesto, el muy imbécil lo malinterpretó y le rogó a la chica de la que se había enamorado que le contara la verdad a Dana para evitar que se le «rompiera» el corazón. Así que Lucy Hawthorne, capitana del equipo de voleibol, esbelta, popular y guapísima, se sentó a su

lado un día en el almuerzo, y a Dana se le subió el corazón a la garganta. No pudo articular palabra. Ni se molestó en preguntar qué pasaba. Estaba demasiado emocionada de que Lucy supiera quién era.

—No hicimos nada malo —había empezado Lucy, disculpándose con sinceridad—. No nos besamos, no nos abrazamos, ni siquiera nos cogimos de la mano. No estoy del todo segura de lo que te dijo, porque probablemente te contó lo que siente él, no necesariamente lo que siento yo. Todavía no sé qué siento, pero sí sé que siento algo, y por respeto quería decírtelo, hablar contigo primero, de mujer a mujer.

Decir que Dana estaba atónita con la pareja era quedarse muy corta. Pero, por otra parte, tenía sentido. Mark era el delantero del equipo de fútbol y, ahora que lo pensaba, el fútbol era lo único que tenía en común con él, porque ella también era la delantera del equipo femenino. Y que ella pudiera ver que era atractivo pero no sintiera absolutamente nada cuando la besaba no significaba que otras adolescentes normales fueran a sentir lo mismo.

—¿Estás hablando de Mark? —había preguntado Dana.

—Sí, Mark Kowalski. Y lo siento. No ha pasado nada, como te he dicho. Solo quería que lo oyeras de mí primero. O segundo, ya que él ya te dijo lo que te dijo.

—Está bien. Créeme.

—Pareces enfadada. ¿Estás enfadada? —preguntó Lucy. Fue el comienzo de su insistencia y acoso a Dana cada vez que la veía en el pasillo, en el campo de fútbol o en la cafetería. Tan pesada se puso que Dana la invitó a salir con sus propias amigas para convencerla de que no le importaba lo que tuviera con Mark. A partir de ahí, el resto es historia. Dana tenía más en común con ella que con cualquier otra persona. Siguieron siendo mejores amigas desde entonces, y ahora Mark besaba a Lucy en la mejilla cada vez que llegaba a casa del trabajo, y Dana se alegraba de que se tuvieran el uno al otro.

—Adivina a quién arrestó Dany anoche —dijo Lucy mientras llevaba vasos a la mesa.

—¿A quién? —preguntó Mark, yendo hacia la nevera.

—A Rachel Conroy —informó Lucy, esperando despertar su curiosidad, pero tendría que esperar un poco más.

—¿Y esa quién coño es? —preguntó.

A Dana casi se le escapó la cerveza de la risa.

—Mark —gimió Lucy—. La hija de Robbie Conroy.

—No me suena —Sacó una cerveza de la nevera.

—¿Conroy Timber? ¿Uno de los mayores empleadores del condado? —Lucy negó con la cabeza.

—Ah. Yo reparo equipos médicos, cariño, no voy siguiendo la pista a familias ricas y sus mierdas —dijo.

Lucy le quitó la cerveza de la mano y la volvió a meter en la nevera.

—¿Por qué haces eso?

—La cena está lista —dijo, y luego gritó—: Mason, Jake, a cenar. Id a lavaros las manos. Sin correr.

En cinco minutos, todos estaban sentados alrededor de la mesa devorando los espaguetis y el pan de ajo de Lucy. Después de cenar, Mark recuperó su cerveza y se la bebió frente al televisor, acurrucado con sus chicos viendo dibujos animados.

En el patio trasero, Dana y Lucy se envolvieron en una manta gruesa, con copas de vino en la mano y una botella de California Red Blend en equilibrio precario sobre la desgastada mesa.

Hacía el frío suficiente para que el vaho se les escapara en pequeñas bocanadas. El patio trasero solo estaba iluminado por la luz del porche y el tenue resplandor de las luces navideñas de los vecinos. Arriba, el cielo aparecía cubierto de jirones de nubes, con alguna estrella que asomaba de vez en cuando.

Lucy recogió los pies bajo la manta y se arrimó a Dana para darse calor. —¿Estás bien, ya sabes, con el trabajo y eso? —preguntó en voz baja.

Dana se quedó mirando el vino mientras lo hacía girar en la copa. —Sí, bien. ¿Y tú?

—Igual. Bien, dentro de lo que cabe. Pero sinceramente, parece que necesitas un descanso de todo esto. Tienes un aspecto horrible —dijo Lucy.

—Que te jodan —dijo Dana, y le dio un codazo en el hombro—. Tú también.

Lucy se rio. —Al menos yo puedo admitirlo. Esta mañana me encontré palomitas en el pelo. Ni me preguntes cómo, porque no tengo ni idea.

Se quedaron sentadas un par de minutos bebiendo vino.

—En parte te pedí que vinieras esta noche porque estoy cansada y estresada. Por fin me está pasando factura.

—¿Qué pasa? —Dana se incorporó y el corazón le dio un vuelco —. ¿Qué ocurre? ¿Estás enferma? —preguntó, porque ese tono no era propio de Lucy. Algo iba mal. La imagen de Lucy enferma y postrada en cama le vino a la cabeza al instante.

—No, no, nada de eso —Lucy soltó una risita y le puso la mano en el antebrazo.

Dana soltó el aire con fuerza. —Entonces, ¿por qué lo dijiste así? Me has asustado.

—Estoy agotadísima, pero no estoy enferma.

Dana la miró fijamente. —¿Segura?

Lucy resopló y cogió el móvil de la mesa. Deslizó el pulgar por la pantalla y luego miró a Dana. —He tomado una decisión. Me voy de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Adónde? —Dana estaba un poco desconcertada —. ¿Cuánto tiempo?

—Un par de semanas, más o menos.

Dana se alegraba por ella, pero al mismo tiempo, Lucy era su ancla. Cuando tenía un mal día, cosa que últimamente parecía ser siempre, se pasaba por casa de Lucy después del trabajo, o Lucy se pasaba por la suya. Se desahogaban y trataban de olvidarse de todo.

Forzó una sonrisa. —Qué bien.

—Sí, lo es —Lucy se acercó más a Dana y le enseñó el móvil—. Pine Haven Lodge, lo lleva una mujer que se llama Patricia —Lucy estaba emocionada mientras pasaba las fotos—. Jacuzzi, hogueras por la noche, senderismo, yoga, noches de cine. Hasta tienen trineos.

Dana parpadeó ante la pantalla. Un jacuzzi al aire libre del que salía vapor con la nieve de fondo, grupos de mujeres sonrientes alrededor de una hoguera, esterillas de yoga junto a los ventanales. —Tiene una pinta increíble, Luce.

—¿A que sí? Es perfecto. Y seremos un grupo pequeño. Ya sabes lo que odio las aglomeraciones y los hoteles y...

Dana por fin sonrió al ver la cara radiante de Lucy y la abrazó. —Me alegro muchísimo por vosotros.

—Ehm...

—Tú y Mark y los gemelos os lo vais a pasar genial.

—Ya, no. Verás...

Dana no entendía nada, así que la soltó para mirarla a la cara. —¿Qué?

—No vamos Mark y yo con los niños. Dije que quería relajarme, no cuidar de todos menos de mí misma.

Dana asintió, con una mano apoyada en el respaldo del banco. —¿Vas sola?

—No exactamente.

—¿Vas con otra persona? —Dana estaba desconcertada.

—Sí.

Dana arqueó las cejas y cruzó los brazos. —¿Con quién coño vas si no vas con Mark y los niños?

Lucy sonrió. —Contigo. Vienes conmigo.

—¿Qué?

—He hecho la reserva del diez al veintidós de diciembre —la seguridad de Lucy flaqueó al ver que Dana fruncía aún más el ceño —. ¿Tú y yo?

—No lo entiendo.

—Tú y yo, Dana.

—¿Qué coño es eso de tú y yo? —preguntó Dana, ya enfadada porque pensaba que Lucy se traía algo entre manos. Aun así, intentó mantener la sonrisa, pero no le gustaba cómo sonaba aquello—. ¿Y qué quieres decir con que has hecho una reserva para las dos?

—Quiero decir que nos vamos de vacaciones juntas —Lucy agitó los dedos con entusiasmo para su gran revelación, pero Dana no estaba nada contenta.

Se apartó de Lucy. —No puedes hablar en serio. Estás de broma, ¿no? Porque no puedes soltarme esto así y esperar que me lo trague. Tengo cosas que hacer.

—Dany, venga, por favor, no te enfades. Por favor —suplicó Lucy, pero Dana se levantó y se plantó con las manos en las caderas.

—¿Ves? —dijo Lucy, negando con la cabeza—. También lo hice por eso. Por ti. Mírate.

—¿Mirarme?

—Siempre estás al límite. Estás estresadísima. También has adelgazado, y no precisamente de forma sana. No sé qué te pasa.

—No me pasa nada.

—Algo te pasa. Estás diferente. Es como si hubieras dejado de contarme las cosas.

Dana resopló. —Así que tu brillante idea fue reservar unas vacaciones a donde coño sea eso, ¿y qué?

—Eres increíble —Lucy se levantó, dolida y enfadada—. Sabes que no tienes que venir si no quieres, ¿verdad? Tampoco tienes que ser tan imbécil con el tema. —Ya se iba cuando Dana la detuvo.

—Espera, no actúes como si yo hubiera hecho algo malo. Sabes que no me gustan las sorpresas y desde luego no me gusta que tomen decisiones por mí, especialmente si implican...

—¿Diversión? —preguntó Lucy—. Entiendo que tu divorcio fue horrible.

Dana parpadeó y el rostro de Vince le cruzó la mente como un relámpago, con su voz retumbante. *«Que te jodan. Apártate de mí, ni siquiera soporto mirar tu asquerosa cara».*

Dana se tapó la boca, con la sensación de que iba a vomitar.

—Pero tienes que pasar página —continuó Lucy.

—No te atrevas a hacer eso, Lucy. No te atrevas, joder. Esto no tiene nada que ver con mi divorcio.

—¿Entonces con qué tiene que ver? —preguntó Lucy, a la espera de una respuesta.

—Tengo a Midge. Acabo de adoptarla. Y tengo que ocuparme de mis padres.

—Apenas ves a tus padres. Se cuidan solos y tampoco van a quedarse sin nadie que los vigile, así que no me vengas con esa mierda. Y Midge es una gata callejera. Juega con ratones, sobrevivirá.

—No hables de ella así. Lo digo muy en serio.

—¿Cuánto hace que no te coges vacaciones? ¿Dos años? Ni siquiera te coges un día de baja.

—Sí me cojo días de baja —mintió Dana.

—¿Sabes qué? —Lucy estaba harta—. Que le den. Da igual. De todas formas reservé una habitación con dos camas por si pasaba —señaló el estado desaliñado de Dana— esto.

Dana se quedó callada, dolida por ese «esto» al que la habían reducido. —Es solo que... —No encontró las palabras.

—Claro. Tú solo... lo que sea. Y no me llames. Estoy harta de tus mierdas —dijo Lucy, y se dio la vuelta y se alejó murmurando algo para sí.

CAPÍTULO 4

—Apenas veo a mis padres, ¡y una mierda! —murmuró Dana para sí mientras cargaba con la vieja y pesada cortadora de césped, las ruedas traqueteando contra las losas irregulares del camino al cobertizo. Iba de uniforme, con las rodillas del pantalón manchadas de hierba cortada y la placa reluciendo bajo la débil luz del mediodía.

Wayne Finch gruñó a su lado y se agachó para agarrar la parte de atrás, que no había manera de mover. Llevaba la misma chaqueta Carhartt desgastada de hacía una década, con las mangas remendadas y deshilachadas, el pelo canoso y ralo asomando bajo la gorra roja. Seguía manteniéndose erguido, con los antebrazos todavía musculosos, aunque la artritis a veces le agarrotaba los dedos. Dana había perdido la cuenta de cuántas veces había reconstruido el porche, cambiado el techo del cobertizo o aguantado el dolor con tal de terminar algo. La jubilación no lo había frenado.

—¿Qué has dicho, Dany? —preguntó con voz ronca.

—Nada —mintió ella, y cambió el agarre mientras metían la cortadora por la estrecha puerta del cobertizo. El comentario de Lucy de hacía dos noches aún le resonaba en los oídos: *apenas ves a tus padres.*

Si ayudar a mover trastos pesados de jardín en la hora del almuerzo no contaba como verlos, ya no sabía qué contaría.

Dejaron la cortadora en el suelo y Wayne se enderezó. Se estiró la espalda con un quejido y se llevó la mano a los riñones.

—¿Estás bien, papá?

—Sí. Me han contado un par de personas en lo de Betty que tuviste a un Conroy en el calabozo hace un par de noches —dijo mientras apartaban palas de nieve viejas y sacos de abono para hacer sitio. Wayne siempre tendría oídos en la comisaría y por todo el pueblo. Veintiocho años de sheriff significaban que la mitad del condado aún lo llamaba para pedirle consejo y ponerlo al día, incluso varios años después de jubilarse.

Dana se quedó quieta y se sacudió el polvo de la manga.

—Fue una detención rutinaria. Nada del otro mundo.

Wayne asintió y se secó la frente.

—Lo entiendo. Pero a pocos meses de la reelección, quizá te convenga no llamar la atención. Sigue haciendo lo de siempre.

Ella lo miró a los ojos y vio cómo se le marcaban más las arrugas cuando se preocupaba.

—Hoy no estoy pensando en política. Solo he venido a echar una mano.

Él esbozó una media sonrisa tosca que lo rejuvenecía.

—Bien. Este trasto ya empezaba a pesarme como una losa.

Terminaron sin más conversación, con el único sonido de los cuervos graznando en los arces y el susurro de las hojas secas que el viento arrastraba por el patio. Luego entraron por la puerta de atrás, sacudiéndose el barro de las botas.

La cocina estaba caldeada, casi sofocante después del frío de fuera. Clara estaba en la encimera cortando una barra de pan para hacer sándwiches de pavo.

—¿Te quedas a comer? —preguntó sin levantar la vista.

Dana se detuvo cerca de la puerta, con las llaves tintineando en la mano.

—No puedo. Tengo que volver a la comisaría. —Miró a su padre, que se quitaba la gorra y la colgaba en el gancho junto a la puerta.

—Acabas de llegar. ¿No puedes sentarte cinco minutos? Parece que el mundo se va a acabar si...

—El mundo se está yendo al garete. No podemos hacer nada —gruñó Wayne.

—No empieces —dijo Clara, y lo apuntó con el cuchillo.

—Baja el cuchillo antes de que te hagas daño. —Sonrió como solo le sonreía a su mujer después de casi treinta y ocho años juntos —. Y déjala irse, que tiene cosas que hacer.

Dana asintió, dándole la razón.

—Así es.

Clara se dio por vencida, cogió una servilleta de papel y envolvió uno de los sándwiches que había preparado. Se lo plantó a Dana en las manos con más brusquedad de la necesaria.

—Toma. Y más te vale comértelo.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Estás un poco... —Clara intentaba no ofenderla— delgada.

Se miró los brazos, aunque los llevaba tapados por las mangas largas. ¿Tendría razón Lucy?

—No creo, pero claro que me lo voy a comer. Huele de maravilla. Gracias, mamá. —Dana le dio un beso en la mejilla—. Te llamo luego, ¿vale?

Salió por la puerta antes de que Clara pudiera replicar.

El motor del patrullero aún estaba caliente. Dana tiró el sándwich en el asiento del copiloto y salió marcha atrás, con los neumáticos crujiendo sobre la grava. En el salpicadero, la radio crepitaba mientras la central coordinaba una disputa doméstica a dos pueblos de allí, nada que le acelerara el pulso.

Condujo con una mano mientras desenvolvía el sándwich con la otra. Le dio un mordisco. Estaba justo como le gustaba, con mucha mostaza y poca mayonesa.

Giró el volante y metió el patrullero por Sycamore, un tramo residencial donde las casas estaban apiñadas, con los porches combados bajo el peso de demasiados inviernos. Mordió el sándwich y una gota de mostaza le cayó en el cuello de la camisa.

—Joder —maldijo con la boca llena, frotándose la mostaza con los dedos, lo que solo sirvió para embadurnarse más, así que lo dejó

estar.

Cuando levantó la vista, apenas podía creer lo que veía. Un hombre con sudadera gris oscura, agachado junto a la ventana lateral de una casa baja de color azul pálido, forcejeaba frenéticamente con el marco. Era delgado, nervioso, y miraba por encima del hombro cada pocos segundos.

Dana pisó el freno y el patrullero fue reduciendo hasta casi detenerse.

—No me lo puedo creer.

El movimiento le llamó la atención, y a través del parabrisas, sus miradas se cruzaron con recelo.

—Más te vale no salir corriendo —murmuró Dana mientras el vehículo aminoraba casi hasta pararse.

Abrió los ojos de par en par, como si acabara de caer en que lo habían pillado. Y echó a correr.

—Mierda. —Metió el punto muerto y salió antes de que el motor dejara de traquetear. Las botas golpearon el asfalto con un ruido sordo, y el aire frío le entró en los pulmones como cristales rotos.

—¡Oficina del sheriff! ¡Alto! —gritó, sin ninguna gana de persecuciones. Pero el tipo ya cruzaba el jardín delantero a la carrera, agitando los brazos como un loco.

Saltó la valla metálica y desapareció por el callejón entre dos casas.

—¡He dicho que pare! —gritó mientras lo perseguía. Llevó la mano a la radio del hombro—. Unidad Dos en persecución, sospechoso a pie. Calle Sycamore, dirección a la estación de mercancías. —Las palabras le salían entrecortadas, jadeando, sin resuello por lo fuera de forma que estaba. Había dejado de hacer ejercicio y de correr por las mañanas antes del trabajo. Si acaso, tendría que haber engordado, no adelgazado—. Varón blanco, sudadera oscura, vaqueros. Solicito refuerzos.

—Recibido, Unidad Dos. Unidad Cuatro en camino —crepitó la central.

Entró al callejón corriendo a toda velocidad. Cubos de basura volcados y tablones de contrachapado podridos apoyados contra las vallas le obstruían el paso. Las botas le resbalaron sobre unas hojas mojadas, pero mantuvo el equilibrio sin apartar la vista de la figura que iba delante.

Él giró a la izquierda y tropezó con un contenedor de reciclaje; con ese traspiés, ella le ganó terreno.

—¡Alto! No tienes adónde ir —gritó. Estaba acortando la distancia—. ¡Alto!

Él no le hizo caso. Llegó al final del callejón y giró bruscamente a la derecha, hacia el viejo patio ferroviario donde las vías llevaban abandonadas una década. Dana lo siguió, ya con la respiración más agitada.

El hombre trepó por un pequeño terraplén; la grava suelta se le escurría bajo las zapatillas y le hacía perder pie.

Fue el error que Dana necesitaba. Se abalanzó sobre él, le agarró un puñado de la sudadera justo cuando coronaba la cima y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. Cayeron al suelo hechos un ovillo de brazos y piernas. Dana le clavó el codo en la espalda, lo inmovilizó contra la tierra helada y le retorció el brazo a la espalda. Él se debatía como un pez fuera del agua.

—Deja de resistirte o esto se va a poner mucho peor —gruñó.

Se quedó quieto al instante, con la cara hundida en la tierra.

—No estaba haciendo nada —jadeó, tan falto de aliento como Dana.

No se había dado cuenta de lo desentrenada que estaba.

—Claro. Solo estabas inspeccionando el marco de la ventana —dijo. Sacó las esposas del cinturón y se las colocó: lo bastante apretadas para sujetarlo, lo bastante flojas para evitar una demanda. Algo que debería haber tenido en cuenta con Rachel. Lo puso en pie agarrándolo del bíceps.

—Te lo juro, no estaba haciendo nada.

—Cállate. No quiero oírte. Te pillé con las manos en la masa.

La caminata de regreso al coche patrulla se le hizo el doble de larga que la persecución. La adrenalina se iba disipando y le dejaba un dolor sordo en las rodillas. Ojalá pudiera pararse a tomar aire. Para colmo, el hombre no cerraba el pico y le crispaba los nervios.

—Solo estaba mirando, ¿vale? No iba a coger nada. Conozco al tío que vive ahí. Te lo juro, me dijo que podía...

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Se volvió a mirarla.

—El tío que dices que conoces, el que vive ahí. ¿Cómo se llama?

Hubo una ligera vacilación antes de que respondiera:

—Steve. Steve Stevens.

Dana soltó una risa.

—Ya —dijo. Abrió la puerta trasera, lo metió dentro y la cerró de un portazo. El seguro chasqueó y por fin dejó caer los hombros. Con la cabeza latiéndole, se apoyó en el vehículo un par de segundos para recomponerse. En eso, Jamal aparcó detrás de ella y se bajó del coche patrulla.

—¿Estás bien?

—Sí. Pensaba que me costaría más pillarlo.

Jamal se acercó y se paró en seco, frunciendo el ceño.

—Te sangra la cabeza.

—Mierda, ¿dónde?

—En el lado izquierdo.

Se tocó el lado izquierdo de la cabeza y los dedos le salieron rojos.

—Maldición —masculló. Se limpió la mano en la pernera del pantalón.

—Tienes que hacerte ver eso.

—No sentí nada. Seguro que es solo un rasguño —dijo. Abrió la puerta del conductor y se metió en el asiento—. Llévatelo y fíchalo por intento de allanamiento y resistencia a la autoridad.

Jamal parecía querer replicar, pero Dana ya estaba cerrando la puerta. Suspiró, fue hasta la puerta trasera del coche de ella y la

abrió.

—Venga, fenómeno. Andando.

El hombre salió, echando pestes por el arresto.

Dana se quedó sola en el coche patrulla con el motor apagado. Ajustó el espejo retrovisor e inclinó la cabeza para ver mejor. Un hilo fino y brillante de sangre le bajaba desde justo encima de la ceja izquierda, seco en algunos puntos, húmedo en otros. Atravesaba el pliegue de la sien y desaparecía en el nacimiento del pelo. Debía de haberse cortado con la valla o con alguna rama durante la persecución.

Abrió la guantera y rebuscó entre el revoltijo: papeles del seguro, un paquete de chicles a medias, una linterna con la pila medio muerta. Y allí, un pequeño botiquín que había metido hacía meses y del que se había olvidado.

Sacó el botiquín y lo abrió. Unas cuantas tiritas, unas toallitas de alcohol, un rollito de gasa. Serviría.

Rasgó una de las toallitas y se la presionó contra el corte. Escoció como una hija de puta y siseó apretando los dientes y cerrando los ojos. La mantuvo ahí mientras contaba hasta diez, luego la retiró y volvió a mirarse en el espejo. El sangrado había disminuido, pero la piel de alrededor empezaba a amoratarse; un tono morado tenue asomaba por los bordes.

Quitó el protector de una tirita, se la puso sobre el corte y alisó los bordes con los dedos.

Cogió el móvil del salpicadero y miró la pantalla con el pulgar sobre el nombre de Lucy. El corte de la ceja le palpitaba al ritmo del pulso. Ajustó el espejo de nuevo para observarse más de cerca.

Todos tenían razón. Sí que parecía agotada. Unas ojeras oscuras le ensombrecían los ojos y la cara se le había afilado en los últimos meses. Ángulos marcados donde antes había líneas suaves. Se habría preguntado cuándo había pasado, pero lo sabía de sobra. Todos los años por esas fechas, como un reloj.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se vio a sí misma sonriéndole a Vince en la cocina de los dos, él con un gorro de elfo

ridículo de orejas puntiagudas mientras daba la vuelta a las tortitas. Y qué rápido se transformó aquello en él estrellando una lámpara de lava contra la pared del dormitorio, gritándole como un loco.

El teléfono empezó a sonar en la mano. Se sorbió la nariz y lo miró: había pulsado llamar sin querer.

—Oye, espera —dijo la voz de Lucy.

De fondo se oían sonidos amortiguados y el pitido insistente del equipo hospitalario: Lucy estaba en el trabajo.

—No, señor, no. Tiene que dejarse eso puesto. Ya sé que es incómodo, pero sí, estaré aquí mismo —dijo Lucy, y luego a Dana—: ¿Dana?

Dana carraspeó.

—Ya sé que me dijiste que no te llamara.

—No pasa nada.

—¿Estás muy liada ahora mismo?

—Sí, no. —La voz de Lucy se suavizó y el ruido se fue apagando, como si se hubiera alejado—. No, ¿qué pasa? No tienes buena voz.

Dana respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Dana, me estás asustando. Y ya sabes que no me gusta que me asusten. —Cuando Lucy tenía miedo, era cuando más tranquila se la veía.

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Qué?

—El albergue. Pine Haven o como se llame. ¿Cuándo nos vamos?

Una larga pausa.

Dana casi podía oír cómo le daban vueltas los engranajes a Lucy, tratando de averiguar si aquello iba en serio o no.

—El sábado por la mañana —dijo Lucy por fin—. Diez de diciembre. A las ocho.

—Vale, genial. Perfecto. Vale.

—¿Vale? —repitió Lucy—. Dana, ¿qué...?

—Estaré lista.

—Espera —dijo Lucy en voz más baja, con preocupación—. ¿Estás bien?

Dana se miró en el espejo una vez más y volvió a ver a Vince. Luego a Lauren, que no llevaba más que una sonrisa burlona y se encogía de hombros como si hubiera logrado algo.

Si Dana seguía castigándose ese año, acabaría marchitándose por completo.

—Sí —dijo—. Es solo que... necesito salir de aquí una temporada.

—Vale. —El alivio de Lucy se notaba incluso a través del teléfono —. Vale. El sábado. A las ocho en punto. No me falles.

—No lo haré. Y, Lucy...

—¿Sí?

—Siento cómo me comporté.

—No te preocupes. Me alegro de que vengas.

—Yo también.

CAPÍTULO 5

LA AUTOPISTA SE extendía ante ellas, una cinta gris que atravesaba tierras de cultivo cubiertas de nieve y árboles esqueléticos. Lucy tenía la calefacción demasiado alta, como siempre, y en la radio sonaba alguna canción pop que Dana no reconocía. Backstreet Boys o NSYNC, que a Dana nunca le habían gustado. Lucy cantaba de todos modos, desafinada y sin vergüenza alguna, tamborileando en el volante.

—Sabes que estás asesinando esa canción, ¿verdad? —dijo Dana, repantigada en el asiento del copiloto con las gafas de sol puestas a pesar del cielo nublado.

—Sabes que eres una aguafiestas, ¿verdad? —replicó Lucy con una sonrisa, y subió el volumen aún más.

Dana negó con la cabeza, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Así era Lucy, descaradamente ella misma, siempre. Era una de las cosas que Dana más adoraba de ella, incluso cuando eso significaba soportar un concierto de dos horas de éxitos del Top 40.

Habían salido de Bracken Ridge justo después de las ocho de esa mañana, con el pueblo medio dormido bajo un manto de nieve fresca. Dana había viajado ligera de equipaje: una pequeña maleta de mano con ropa para casi dos semanas, el neceser y un libro que probablemente nunca leería. Lucy, en cambio, se había presentado con dos maletas, una nevera llena de aperitivos y una almohada de viaje con forma de tortuga.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar? —había preguntado Dana, echando un vistazo al equipaje.

—Menos de dos semanas. ¿Por qué?

—Porque has hecho las maletas como si fuéramos a mudarnos para siempre.

—Me gusta tener opciones, Dany. Deberías probarlo alguna vez.

Ahora, una hora después de salir, Lucy ya estaba rebuscando en la nevera a los pies de Dana, con una mano en el volante y la mirada yendo y viniendo entre la carretera y los aperitivos.

—Pásame las Cheez-Its —dijo.

—Vas a conseguir que nos maten.

—Se me da genial hacer varias cosas a la vez. Cheez-Its. Ya.

Dana suspiró, sacó la caja y se la tiró al regazo. —Eres imposible.

—Y aun así me quieres.

Dana no discutió. Era verdad.

Condujeron un rato mientras el paisaje iba cambiando: de tierras de cultivo llanas a colinas onduladas salpicadas de pinos. Aquí la nieve era más espesa, se aferraba a las ramas y lo teñía todo de blanco y suavidad. Habría sido un viaje tranquilo si Dana no tuviera la cabeza en otra parte.

No le había contado a Lucy lo de la persecución. Ni lo del corte sobre la ceja, todavía sensible bajo la tirita, ni cómo se había quedado sentada en el coche patrulla después, mirándose en el espejo, preguntándose cuándo se había convertido en alguien que no reconocía.

—Oye —dijo Lucy de repente, mirándola de reojo—. ¿En qué anda esa cabecita tuya?

—En nada.

—Llevas muy callada.

—Siempre estoy callada.

—No, siempre estás gruñona. Esto es diferente. —Lucy bajó el volumen de la radio—. ¿Qué te pasa?

Dana vaciló. Podía contarle la verdad a Lucy, o parte de ella, al menos. Pero las palabras se le quedaban atascadas en la garganta, enmarañadas con todo lo que no podía decir.

—Solo estoy cansada —dijo al fin—. Ha sido una locura en el trabajo.

Lucy asintió. —Sí. Te entiendo.

Algo en su tono hizo que Dana la mirara. —¿Estás bien?

—¿Yo? Sí. Estoy genial. —Pero la tensión en los labios de Lucy decía lo contrario.

—Lucy.

—¿Qué?

—No me vengas con gilipolleces.

Lucy se rio, pero la risa no le llegó a los ojos. Los mantuvo fijos en la carretera, tamborileando con los dedos en el volante. —Mark y yo hemos estado... no sé. Raros, últimamente.

—¿Raros? —A Dana se le aceleró el pulso—. ¿Raros cómo?

—Nada malo. La vida, ya sabes. Él lleva trabajando hasta tarde un montón, y yo haciendo turnos extra en el hospital, y simplemente... ya no hablamos tanto como antes. —Se encogió de hombros, como si no fuera para tanto, pero Dana notaba la tensión en su voz—. En fin, por eso en parte quería hacer este viaje. Por mí, sí, pero también por él. Darnos espacio para respirar, resetearnos, lo que sea.

—¿Estáis bien? —preguntó Dana con cautela.

—Sí. Estamos bien. Llevamos juntos el tiempo suficiente para saber cómo va esto. Altibajos, ¿no? Ya lo arreglaremos. —Lucy la miró y sonrió—. Sabes tan bien como yo que el matrimonio no es un cuento de hadas.

Dana miró por la ventana. Quería decir algo. Decirle a Lucy cuánto la entendía, que sabía exactamente lo difícil que era mantener un matrimonio a flote cuando por dentro te estás desmoronando. Pero las palabras no le salían. El pasado era el pasado. Estaba lista para enterrarlo, junto con esa parte de sí misma que lo había arruinado todo.

—Estaréis bien —dijo Dana en voz baja—. Tú y Mark. Sois sólidos.

Lucy alargó la mano y le dio un apretón. —Gracias.

Pararon una vez, más o menos a mitad del viaje, en una gasolinera que parecía olvidada por el tiempo. Los surtidores eran antiguos, la tienda estaba oscura y desordenada, y el baño olía vagamente a lejía y a algún otro detergente horrible. Dana compró un café que sabía a goma quemada mientras Lucy arrasaba con las chocolatinas y la cecina.

—Te va a dar un infarto —dijo Dana, viendo a Lucy volcar su botín sobre el mostrador.

—Soy enfermera. Conozco mis límites.

—¿Segura?

Lucy sonrió, pagó todo y arrastró a Dana de vuelta al frío. Se quedaron junto al coche un momento, bebiendo aquel café horrible mientras veían caer la nieve en espirales perezosas.

—¿Estás emocionada? —preguntó Lucy.

Dana se lo pensó. —Sí. Creo que sí. Aunque voy a echar de menos a Midge. Y a mis padres.

—Midge estará bien. Tu madre la va a malcriar a más no poder.

—Eso es lo que me preocupa.

Lucy se rio y le dio un empujoncito con el hombro. —Venga. Volvamos a la carretera.

El Pine Haven Lodge se alzaba al final de un largo camino sinuoso, enclavado en la ladera de una montaña como si hubiera crecido allí de forma natural. La casa era impresionante. Toda de madera oscura y amplios ventanales, con un porche que la rodeaba por completo y humo que salía de la chimenea de piedra. Las montañas se elevaban detrás, afiladas y blancas contra el pálido cielo invernal.

—Madre mía —suspiró Lucy al detenerse frente a la casa—. Esto es magnífico.

Dana no podía sino darle la razón. Parecía sacado de Architectural Digest, el tipo de lugar con el que la gente soñaba pero que nunca llegaba a visitar.

Cogieron las maletas y subieron los escalones del porche; las botas resonaban sobre la madera. Antes de que pudieran llamar, la puerta principal se abrió y una mujer de unos cincuenta años salió con una sonrisa resplandeciente.

—Debéis de ser Lucy y Dana —dijo con calidez—. Soy Patricia. Bienvenidas a Pine Haven.

Patricia irradiaba calma con sus pantalones de yoga y su jersey grueso; el cabello entrecano le caía en suaves ondas alrededor de los hombros. Tenía arrugas de expresión alrededor de los ojos y la confianza natural de alguien que había descubierto el secreto de la vida y solo esperaba a que los demás lo alcanzaran.

—Pasad, pasad —dijo, haciéndolas entrar—. Debéis de estar heladas.

El interior del albergue era aún más hermoso que el exterior. Vigas de madera vista se entrecruzaban en el techo abovedado, y una enorme chimenea de piedra dominaba la pared del fondo, con las llamas crepitantes que llenaban el aire de calor. Sofás y sillones enormes rodeaban el fuego, repletos de mantas y cojines. El albergue olía a pino y canela.

—Esto es increíble —dijo Lucy mientras giraba lentamente sobre sí misma.

—Gracias —dijo Patricia, complacida—. Llevo dirigiendo este lugar unos diez años. Es un trabajo hecho con amor.

Las condujo a través de la sala de estar y por un pasillo con fotografías enmarcadas de las montañas en diferentes estaciones. —Vosotras dos estáis en la Habitación Aspen. Segunda puerta a la izquierda. Tiene dos camas individuales, baño propio y unas vistas estupendas del valle.

—Genial —dijo Dana.

La habitación era acogedora y cálida, con muebles de madera clara, ropa de cama blanca y una gran ventana que daba a las

montañas. Desde donde estaba, Dana podía ver la entrada y el camino sinuoso que subía hasta el albergue.

—Esto servirá —dijo, y dejó la bolsa en la cama más cercana a la puerta.

Lucy se dejó caer dramáticamente en la otra cama, junto a la ventana. —No me voy nunca de aquí.

Patricia se rio. —Me alegra que os guste. Tomaos vuestro tiempo para instalaros. Haremos las presentaciones en la sala de estar en cosa de media hora. Algo informal para que todos podáis conoceros. Sin presión.

Se marchó y cerró la puerta tras de sí.

Dana deshizo el equipaje rápidamente: colgó algunas camisas y metió todo lo demás en la cómoda. Lucy, como era de esperar, tardó más; organizó sus artículos de aseo en la encimera del baño como si estuviera montando un spa.

—Sabes que estamos aquí solo dos semanas, no dos meses, ¿verdad? —gritó Dana desde el dormitorio.

—Y pienso estar cómoda cada segundo.

Cuando por fin volvieron a la sala de estar, ya se habían congregado algunos huéspedes. Patricia servía vino en una mesa auxiliar, y una mujer de piel oscura y rastas con mechones plateados estaba sentada en uno de los sofás, riendo por algo que alguien había dicho.

—Ah, justo a tiempo —dijo Patricia, haciéndoles señas para que se acercaran—. Chicas, estas son Lucy y Dana.

La mujer del sofá se levantó y le tendió la mano. —Cheryl. Encantada de conoceros.

—Igualmente —dijo Dana al estrecharle la mano. Cheryl tenía un apretón firme y una sonrisa dulce capaz de tranquilizar a cualquiera al instante.

Cerca del fuego había una pareja joven que no aparentaba más de veinticinco años: una mujer asiática con gafas y una sonrisa radiante, y su pareja, que parecía preferir estar en cualquier otro sitio.

—Soy Jia —dijo la mujer—. Este es mi marido, Ethan.

Ethan saludó con la mano pero no dijo nada.

—Y yo soy Martha —dijo una mujer desde el sillón junto a la ventana. Rondaba los treinta, con rasgos afilados y un aire de elegancia discreta.

—Lucy —dijo Lucy.

—Y yo soy Dana.

—Encantada de conoceros —dijo Martha.

Entablaron una charla informal. Conversación trivial sobre el viaje, el tiempo, la belleza del albergue. Jia mencionó que habían venido en coche desde Denver, y Ethan asintió sin añadir mucho. Cheryl contó que llevaba tres años viniendo al lugar de Patricia, que era su reinicio anual. Patricia intervenía de vez en cuando, la anfitriona perfecta, pendiente de que todos tuvieran bebida y se sintieran a gusto.

Dana empezaba a relajarse cuando oyó pasos en la escalera.

Una mujer bajó del segundo piso, alta e imponente, vestida con un jersey gris y vaqueros. Su melena pelirroja le caía en ondas por debajo de los hombros, y había algo naturalmente elegante en su forma de moverse.

—Perdón —dijo al entrar en la sala de estar—. He tenido que atender una llamada urgente.

Martha se levantó de inmediato y fue hacia ella. —¿Qué tal ha ido?

La mujer se inclinó hacia ella y hablaron en privado, con las cabezas juntas. Dana no alcanzaba a oír lo que decían, pero entre ellas había una familiaridad curtida por el tiempo. Luego se volvieron hacia el resto del grupo y a Dana se le heló la sangre.

Conocía esa cara. Esos ojos. La línea afilada de su mandíbula.

Rachel Conroy.

A Dana se le cayó el alma a los pies. Se le quedaron las manos heladas.

Rachel se enderezó, aún hablando con Martha, y luego recorrió la sala con la mirada.

Sus miradas se cruzaron.

Rachel se quedó rígida y su gesto de bienvenida se desvaneció al ver a Dana.

Dana no podía respirar.

Durante un instante, ninguna de las dos se movió.

El fuego crepitó. Alguien se rio. El mundo siguió girando. Pero Dana sintió como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies.

Esto no podía estar pasando.

CAPÍTULO 6

MARTHA TOCÓ EL BRAZO DE RACHEL. —¿Qué pasa?

Rachel no respondió. Tenía los ojos clavados en Dana, y Dana no podía apartar la mirada. No podía moverse, y sentía como si le hubieran arrancado todo el aire de la habitación.

—¿Rachel? —preguntó Martha, con la voz cargada de preocupación.

Las conversaciones a su alrededor habían muerto. Patricia dejó la botella de vino. Cheryl se inclinó hacia delante en su asiento. Incluso Ethan, que apenas había abierto la boca desde que llegaron, los observaba.

El corazón le martilleaba en el pecho a Dana.

—No me jodas —dijo Rachel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martha.

—Esa es Dana Finch, la sheriff que me arrestó en una de las peores noches de mi vida.

Las palabras cayeron como una piedra en aguas quietas.

Todos se volvieron a mirar a Dana.

—Espera, ¿qué? —dijo Jia, con los ojos como platos detrás de las gafas.

—¿Arrestaste a Rachel? —preguntó Cheryl, a medio camino entre la sorpresa y el escepticismo.

Patricia las miró alternativamente, intentando encajar las piezas. —Perdona, ¿qué ha pasado? ¿Vosotras dos os conocéis?

Martha seguía con la mano en el brazo de Rachel, pero ahora también miraba a Dana. —¿Eres tú? ¿Tú eres la sheriff?

A Dana se le secó la garganta. Tragó saliva, intentando recuperar la voz. —Solo estaba haciendo mi trabajo.

—¿Tu trabajo? —repitió Jia con desdén—. ¿Y qué había hecho?

—Sí, ¿qué hizo? —preguntó otra persona.

—Seguro que fue un malentendido —dijo Cheryl con cautela, mirando a Rachel con simpatía—. ¿Verdad?

—Rachel es un encanto —añadió Patricia, frunciendo el ceño hacia Dana—. Seguro que hay algo más.

Dana notó que le subía el calor. Esa gente no la conocía. No conocían a Rachel. Pero ya habían decidido quién merecía su simpatía.

«Borregos», pensó Dana con amargura. «Hasta el último».

—No fue un malentendido —dijo.

Lucy se puso de pie a su lado. —No, no lo fue.

—¿Y tú quién coño eres? ¿Estuviste allí? —preguntó Rachel.

—¿Quién coño soy yo? ¿Quién coño eres tú? Y no tuve que estar allí. Dana tenía todo el derecho. ¿De verdad creéis que arrestaría a alguien sin motivo? —Lucy se rio—. Es absurdo.

—¿Pero en una noche horrible? No sé —insistió Jia—. ¿No sabes lo que es la clemencia? ¿No podrías haber...?

—No sabes nada, así que ¿por qué no te callas? —la cortó Dana.

—No me digas que me calle.

—Acabo de hacerlo.

—No le hables así. —El marido de Jia se puso de pie.

Dana lo ignoró y se volvió bruscamente hacia Rachel. —Entonces, ¿quieres que les cuente por qué te arresté, ya que todos se me echan encima sin saber una mierda? ¿O prefieres contarlo tú? Porque fuiste tú quien lo sacó a relucir. Podrías no haber dicho nada y dejarlo estar. Ni siquiera tenías que dirigirme la palabra.

La habitación quedó en silencio.

El rostro de Rachel se endureció. Cerró los puños a los costados, y por un momento, Dana pensó que iba a defenderse o a enzarzarse con ella.

Pero entonces Rachel se limitó a negar con la cabeza y dijo con calma: —¿Sabes qué? Paso de discutir. No pienso quedarme aquí. No contigo. Quédatelo tú. Ya encontraré otro sitio.

—Oh, no, no, no, eso sí que no. —De ninguna manera iba Dana a dejarle quedar como la buena—. No tienes que hacer eso. No, tú no —dijo con falsa cortesía—. De todos modos, yo ni siquiera pensaba venir. Me voy yo. Tú quédate.

—No, me voy yo, tú quédate.

—No, tú quédate.

—¡No! Quédate tú.

—¿Chicas?

Las dos se callaron.

—No creo que... —empezó Patricia, pero Dana la interrumpió.

—No, da igual. Me voy yo. Que se quede ella.

—Es que —continuó Patricia— no vas a poder llegar a la autopista principal.

—¿Y eso por qué?

—La carretera baja serpenteando por la montaña durante diecinueve kilómetros, sin quitamiedos en algunos tramos. Con este tiempo, de noche, no llegarías.

Justo cuando Dana pensaba que la cosa no podía ir a peor, fue a peor. —Joder. —Resopló frustrada.

—Esto no puede estar pasando —dijo Rachel.

Dana negó con la cabeza mientras las paredes parecían cerrarse sobre ella, asfixiándola.

Patricia carraspeó, buscando cómo salvar la velada. —Bueno, a ver si nos calmamos todos. Somos adultos. ¿Podemos? ¿Podemos calmarnos?

Ni Dana ni Rachel respondieron.

—Bueno, pues. Estupendo —Patricia sonrió y juntó las manos como si todo estuviera resuelto—. La cena estará lista en una hora o menos. Quizá podamos simplemente...

—Necesito tomar el aire —la interrumpió Dana bruscamente.

Fue directa a la puerta principal, la abrió de un tirón y salió al frío. El viento la golpeó de lleno. La nieve caía con más fuerza, copos gruesos que se arremolinaban bajo el resplandor de las luces del porche. Caminó hasta el borde del porche y se agarró a la barandilla. La puerta se abrió detrás de ella. Lucy.

—Pero ¿qué coño? —soltó Dana antes de que Lucy pudiera abrir la boca.

—Ya, ¿verdad? —respondió Lucy, que ya había decidido odiar a Rachel por solidaridad con Dana.

Se apoyó en la barandilla junto a ella, con los brazos cruzados para protegerse del frío.

—¿Quién coño se cree que es? —Dana estaba tan cabreada que lo soltó sin más.

—Una Conroy, obviamente —dijo Lucy con sequedad.

Dana soltó una risa amarga.

—Sí, eso. Por supuesto. Y se cree que puede largarse así y dejarme a mí como la puta imbécil.

El aliento de Dana formaba nubes blancas. Tenía la mandíbula tan apretada que le dolía.

—No hiciste nada malo —dijo Lucy en voz baja—. Estabas haciendo tu trabajo.

—Lo sé —Dana se había calmado un poco—. Pero a ellos les da igual. Les bastó con mirarla para decidir que yo era la mala.

—No te conocen.

—Y tampoco la conocen a ella. Ni la situación. Pero eso no les impidió tomar partido.

Lucy suspiró.

—Van a ser dos semanas muy largas.

Dana cerró los ojos.

—No puedo con esto, Lucy. No puedo estar atrapada aquí dos semanas. Es justo lo contrario de lo que esperaba.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Irte?

—No lo sé.

—No puedes dejarme tirada. Serías una amiga de mierda si lo hicieras. O sea, pasa de la zorra. Yo ya me he olvidado de su puta cara. Todo ese pelo rojo. Parece una de esas elfas altas. Solo le falta la armadura y la espada.

Dana ladeó la cabeza.

—Venga ya. ¿En serio, Luce?

—Ya sabes a qué me refiero —intentó rectificar al darse cuenta de que su insulto era en realidad un cumplido.

Rachel era guapa, eso no se podía negar. Dana notó que se le calentaba la cara y lo odió.

—No de las guapas —dijo Lucy, intentando arreglarlo—. Me refería a las feas que viven bajo el puente. ¿O esos son los trolls? No tengo ni puta idea.

Dana se rio y se tapó la cara con las dos manos; el aire que salía de su nariz le calentaba la piel.

Lucy le apartó las manos y la miró fijamente.

—¿Vale? —le suplicó—. Me fastidiaría mucho que te fueras.

—Lo sé. No me iré —Dana forzó una sonrisa.

La puerta se abrió de nuevo y salió Patricia, que se arrebujaba en su rebeca.

—Dana, ¿puedo hablar contigo un momento?

Dana no se volvió.

—Estoy bien.

—Lo sé. Pero necesito que las dos estéis bien. Llevo un alojamiento tranquilo. No puedo tener esta tensión durante las próximas dos semanas. No es justo para nadie, incluidas vosotras dos.

Dana por fin se giró para mirarla.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que aclaréis las cosas. Antes de la cena. Para que todos podamos sentarnos juntos como adultos y pasar página.

—Ella fue la que empezó —dijo Dana a la defensiva.

—Y tú lo avivaste un poco —dijo Patricia con suavidad—. No estoy tomando partido. Os pido a las dos que lo dejéis correr. Acabo de hablar con Rachel. Ella está dispuesta. ¿Y tú?

Dana quería decir que no. Quería coger su bolsa e irse, al diablo con el tiempo. Pero no iba a dejar a Lucy, y Patricia tenía razón. Estaban atrapadas allí. Y si no solucionaban esto ahora, se pudriría y envenenaría las próximas dos semanas.

—Vale —dijo Dana por fin.

—Bien. Entra. Puedes ayudarme en la cocina.

Dana siguió a Patricia al interior por la puerta principal; el calor de la casa fue una bendición para su cara después del frío cortante. Lucy iba detrás.

El salón se había vaciado. Cheryl, Jia y Ethan estaban sentados en los sofás cerca del fuego, con copas de vino en la mano. Martha y Rachel no estaban, lo cual era bueno porque no pensaba disculparse por algo que no requería disculpa.

Todos levantaron la vista cuando Dana entró.

Nadie dijo nada, pero Jia apretó los labios, miró directamente a Dana y luego bajó la mirada al suelo con gesto de reproche.

Dana odiaba su expresión de suficiencia. Aunque, bien pensado, le había dicho que se callara, más o menos, así que estaba justificado, y ella era lo bastante mujer para disculparse.

—Chicos, empezamos con mal pie. Lo siento —Dana se llevó la mano derecha al corazón.

—No pasa nada, sheriff —dijo Cheryl.

Jia le dedicó una pequeña sonrisa con los labios todavía apretados, lo que para Dana no contaba, y Ethan no dijo nada, y a ella le daba igual.

Patricia dio unas palmadas.

—Bien. La cena estará lista en unos treinta minutos. Nos vemos en el comedor.

Cheryl asintió. Jia dio un sorbo a su vino sin dejar de observar a Dana por encima del borde de la copa mientras esta se alejaba.

La cocina fue un alivio. Cálida y llena de actividad: Patricia sacaba platos del horno y comprobaba las ollas en los fogones. El olor a pollo asado y ajo llenaba el aire.

—Toma. —Patricia le pasó a Dana una pila de platos blancos—. Ponlos en la mesa del comedor. Los cubiertos están en la cesta junto al fregadero.

—Recibido. —Dana cogió los platos y entró en el comedor contiguo. La mesa era larga y rústica, la madera marcada por años de uso pero pulida hasta brillar con calidez. Unos grandes ventanales daban a las montañas, ahora casi invisibles entre la nieve que caía y la oscuridad.

Empezó a colocar los platos, uno en cada silla. Su mente seguía dándole vueltas a la confrontación, al rostro de Rachel, al peso de las miradas de todos.

La puerta del pasillo se abrió y entró nada menos que Rachel, con una cesta de cubiertos.

Las dos se quedaron quietas.

Rachel apretó el asa de la cesta. Dana dejó un plato sobre la mesa.

Entonces Rachel se acercó a la mesa y dejó la cesta. Empezó a ordenar los cubiertos, poniendo tenedores y cuchillos junto a cada plato.

Dana siguió con lo suyo.

El silencio era tan sofocante como irritante. El tintineo de los cubiertos contra la madera. El crepitar del fuego en la otra habitación. Patricia tarareando en la cocina.

Rachel colocó otro tenedor. Ajustó una servilleta.

—Mira —dijo sin levantar la vista—, las dos sabemos que esto es bastante incómodo, pero estamos atrapadas aquí.

Dana se detuvo con un plato en la mano.

Rachel suspiró.

—¿Podemos dejarnos en paz estas dos semanas?

Dana dejó el plato.

—Yo no estoy haciendo nada, pero vale.

—Tú no te metas en mi camino y yo no me meteré en el tuyo.

Rachel desapareció en la cocina antes de que Dana pudiera decir nada más.

Se quedó allí un momento, mirando la mesa perfectamente puesta, y luego la siguió a la cocina.

Patricia estaba junto a los fogones armando un escándalo con una cuchara de madera y un cazo.

Rachel estaba en el fregadero, de espaldas, fregando una olla con tanta fuerza que parecía querer quitarle el esmalte.

La puerta del salón se abrió y Lucy entró resuelta, con Cheryl pisándole los talones como una sombra.

—Aquí huele a gloria —anunció Cheryl, yendo directa a la tabla de cortar donde descansaba una hogaza de pan de masa madre.

—Cheryl me estaba dando una clase sobre el pH del suelo —dijo Lucy, apoyando la cadera en la isla de granito. Le lanzó a Dana una mirada rápida e inquisitiva—*¿estás bien?*—que Dana ignoró—. Por lo visto, el secreto de los buenos tomates es una obsesión casi patológica.

—Dedicación —corrigió Cheryl, cogiendo un trozo de corteza—. Y nitrógeno. Patricia se lleva lo mejor de la cosecha porque sabe apreciar el arte de un buen tomate de los de antes.

—Yo lo que aprecio es que sean gratis —dijo Patricia con una sonrisa. Removía más rápido de lo necesario—. Cheryl es una maga. Yo solo me como los resultados.

—¿Y tú? —Cheryl se volvió hacia Dana con una mirada intensa e incómodamente directa—. ¿Eres jardinera, sheriff?

El título sonó a insulto en aquella habitación.

Los hombros de Rachel se elevaron un par de centímetros.

—No mucho —dijo Dana—. Una vez tuve un cactus.

—Lo mató —añadió Lucy, tan servicial como siempre—. Muerte por negligencia.

—Se ahogó —replicó Dana, agradecida por la distracción—. Lo regué demasiado.

—Mismo resultado. Planta muerta. Lo mataste.

Cheryl se rio.

—¿Y tú, Rachel? Pareces de las que saben mantener las cosas vivas.

Rachel no levantó la vista del fregadero.

—Suculentas. Prosperan cuando las dejan tranquilas.

El subtexto cayó en medio de la habitación como un ladrillo.

Antes de que el silencio se agriara, entró Martha. Se estaba subiendo las mangas y traía consigo una ráfaga de aire fresco.

—Supongo que estáis hasta arriba de preparativos, ¿no?

Rachel se volvió; la tensión desapareció al instante de su rostro, sustituida por una sonrisa genuina.

—Hola. Sobreviviste a la reunión —le dijo a su amiga.

—Por los pelos. —Martha pasó de largo a Dana y fue directa al fregadero. Le dio un golpecito con el hombro a Rachel en un gesto cómplice—. ¿Estás bien?

—Mejor ahora —dijo Rachel.

Jia y Ethan aparecieron un segundo después, ocupando el poco espacio que quedaba. La cocina se volvió claustrofóbica de repente, un amasijo de cuerpos y voces superpuestas.

—Patricia —dijo Jia, agitando una copa de vino llena—. Danos órdenes.

—Ensalada. Nevera. Estante de arriba —ordenó Patricia, señalando con la cuchara—. Ethan, coge el aliño. Y no lo tires.

—Entendido. —Ethan maniobró alrededor de la isla como si estuviera desactivando una bomba.

Cheryl no había terminado con Dana. Se apoyó en la encimera con los brazos cruzados.

—Así que... sheriff. Eso es mucho poder para alguien de tu edad.

—No tanto. La verdad es que no lo veo así.

—Mi padre fue policía en Nueva York. Treinta años. —Los ojos de Cheryl se entornaron, escrutándola—. Siempre decía que hay que estar un poco rota para querer arreglar todo lo demás. ¿Es verdad?

El volumen de la habitación pareció bajar.

—Creo... —empezó Dana, consciente de que Rachel escuchaba, de que Martha observaba—. Creo que solo hay que estar dispuesta a limpiar los desastres que otros dejan.

Las manos de Rachel se quedaron quietas en el agua jabonosa.

—Bien dicho —intervino Lucy—. Y se le da bien. El crimen en Bracken Ridge se limita básicamente al robo de adornos de jardín, gracias a ella.

Dana se rio.

—El mayor crimen que tuvimos este año fue un viejo que le robó el gnomo de jardín a su vecino. Casi llegan a las manos.

Todos se rieron.

—Por favor, dime que lo arrestaste —dijo Jia, que salía de la cocina con un cuenco de verduras.

—Le di un aviso. Devolvió el gnomo con una nota de disculpa.

—¿Ves? —Martha sonrió con suficiencia, aunque sus ojos iban de Dana a Rachel—. La justicia nunca descansa. Además, ¿quién coño roba un gnomo?

—Eso roza la locura —dijo Rachel.

La tensión no se rompió, pero se diluyó, haciéndose más tenue y manejable. Patricia dio una palmada, rompiendo el momento.

—Muy bien, se acabó la cadena de montaje. Comamos antes de que el pollo se seque.

Pasaron al comedor. Sentarse parecía una negociación estratégica. Dana acabó flanqueada por Lucy y Cheryl. Rachel se sentó en el extremo opuesto, poniendo la máxima distancia posible entre ellas.

Patricia entró con el pollo asado como si fuera un trofeo. El vapor se elevaba del puré de patatas; el vino caía oscuro y denso en las copas. La luz del fuego del salón se colaba en el comedor.

—Por las próximas dos semanas —dijo Patricia, y alzó su copa. Recorrió la mesa con la mirada, demorándose en Rachel y luego en Dana—. Que todos las sobrevivamos.

—Salud —coreó el grupo.

Dana levantó su copa. Por encima del borde, se cruzó con la mirada gris verdosa de Rachel. No era exactamente una mirada fulminante. No sabía qué era.

Rachel apartó la mirada primero. Se volvió hacia Martha y le dijo algo al oído que la hizo reír.

Dana dio un largo trago de vino.

A su alrededor, la conversación de la cena cobró vida: Cheryl contaba una historia de terror sobre el hámster de contrabando de un estudiante, Jia describía el colapso de un cliente. Era ruido, un colchón. Dana se concentró en cortar el pollo, en asentir en los momentos adecuados, en mantener la respiración acompasada.

No era paz. Era un alto el fuego. Y por esta noche, lo aceptaría.

CAPÍTULO 7

DANA DECIDIÓ, HACIA el minuto veinte, que «relajación forzada» no era más que un eufemismo para tortura. De hecho, tortura quizá se quedaba corto. Cada músculo rígido y tembloroso de su cuerpo rechazaba el concepto con una intensidad casi espiritual.

La gran sala del albergue era agresivamente pacífica. El fuego crepitaba con una perfección estudiada, el aire olía a cedro caro y humo de leña. La luz de la mañana se colaba por los ventanales que iban del suelo al techo e iluminaba las motas de polvo suspendidas en el aire. Era un santuario.

Para Dana, era el purgatorio en licra.

—Inspira hondo —indicó Patricia desde el frente de la sala, con voz suave como una piedra de río—. Y exhala. Déjate caer más en el estiramiento. Suelta todo lo que estés guardando.

Dana exhaló, pero lo único que quería soltar era una sarta de palabrotas. Sus isquiotibiales tenían secuestrada su dignidad. Estaba retorcida en una forma de pretzel que Patricia había llamado «Postura del Águila», aunque Dana se sentía menos como una majestuosa ave de presa y más como un flamenco borracho.

A su lado, Lucy estaba irritantemente serena. Tenía los ojos cerrados, la respiración lenta y acompasada. Cómo no. Lucy era capaz de encontrar su zen en medio de un disturbio. Dana, mientras tanto, vibraba.

Por eso corría. Correr era matemáticas simples: pie izquierdo más pie derecho igual a distancia. Era el golpeteo contra el asfalto,

el ardor en los pulmones que ahogaba el ruido de su cabeza. Era acción. Era *irse*.

El yoga era... quedarse. Era estar quieta en el propio cuerpo y macerarse en el silencio. Y en ese momento, el silencio era demasiado ruidoso. Dejaba demasiado espacio para que se colaran los pensamientos: sobre la comisaría, sobre la casa vacía en Bracken Ridge, sobre la mujer pelirroja que se mantenía en equilibrio sin esfuerzo dos filas más adelante.

Dana se tambaleó, maldijo entre dientes y hundió los dedos del pie en el suelo para no caerse.

—Encuentra tu centro —aconsejó Patricia, aún con los ojos cerrados.

Mi centro está en el fondo de una taza de café, pensó Dana con amargura.

Se arriesgó a echar un vistazo por la sala. Martha y Rachel estaban cerca del frente.

Rachel se movía con una gracia irritante; sus largas extremidades fluían de una postura a la siguiente como el agua. Parecía concentrada, disciplinada y en completo control. Naturalmente.

Detrás de ellas, Jia modificaba la postura con soltura. Cheryl estaba sentada con las piernas cruzadas en su esterilla; había decidido saltarse la serie de pie por completo para simplemente *ser*, una decisión que Dana respetaba enormemente.

Y luego estaba Ethan. Pobre Ethan.

Estaba a dos esterillas de distancia, sudando a mares, con la cara de un tono ciruela alarmante. Las gafas se le resbalaban por la nariz y temblaba tan violentamente que su esterilla hacía ruiditos de *chirrido-chirrido-chirrido* contra el suelo de madera. Parecía un hombre que se estaba replanteando cada decisión vital que lo había llevado a aquellas vacaciones.

Patricia pasó a la siguiente postura con fluidez. —Ahora, la Postura del Niño. Rodillas separadas, frente a la esterilla. Conectad con la tierra. Respirad.

La sala se llenó de suspiros pesados y agradecidos mientras todos se dejaban caer.

Dana bajó hasta el suelo y apoyó la frente en la goma fría. Aguantó exactamente tres segundos.

No.

No podía. No podía quedarse boca abajo en el suelo, oliendo a goma y pino, atrapada con su propio cerebro otros veinte minutos. Le hormigueaba la piel de ganas de moverse, de correr, de estar literalmente en cualquier otro sitio.

Lentamente, Dana levantó la cabeza.
La sala era un mar de espaldas curvadas y cuerpos inmóviles. Patricia estaba boca abajo en la parte delantera, con los brazos extendidos.

Era su oportunidad de fugarse.

Se movió con el sigilo propio de la veterana agente de la ley que era. Se incorporó sin hacer ruido. Cogió su esterilla y empezó a enrollarla, centímetro a silencioso centímetro.

Casi estaba libre. Tenía la esterilla bajo el brazo, la botella de agua en la mano, y se agachó para escabullirse hacia la puerta. Entonces sintió el calor de una mirada.

Se quedó paralizada y miró a su derecha.

Ethan había levantado la cabeza. La miraba fijamente, con el sudor goteándole de la nariz, con una expresión de pura y absoluta desesperación. Tenía los ojos muy abiertos y suplicantes. *Llévame contigo*, gritaban. *Por favor, Dios, no me dejes atrás*.

Dana se detuvo. Miró hacia la salida. Volvió a mirar a Ethan.

Él señaló la puerta con un leve movimiento de barbilla, esperanzado.

La expresión de Dana no vaciló. Le lanzó una mirada inexpresiva, se encogió de hombros con indiferencia —*supervivencia del más apto, colega*— y le dio la espalda.

Se escabulló por la puerta lateral hacia el pasillo, dejando a Ethan a su suerte.

La puerta se cerró a su espalda y la música se amortiguó.

Dana no se paró a pensar. En el vestíbulo, cambió los calcetines antideslizantes por las zapatillas de correr y se las calzó a presión, sin molestarse en desatar los cordones. Cogió la chaqueta pero pasó del resto de capas. El calor del albergue aún le quedaba atrapado bajo la piel, un calor sofocante del que necesitaba librarse.

Empujó la barra de la puerta principal y salió.

El aire la espabiló de golpe.

Exhaló una nube de vaho blanco, se ajustó los auriculares y echó a correr.

Las zapatillas crujieron contra la nieve compactada del camino de entrada. Los primeros pasos fueron rígidos, pero enseguida recuperó el viejo ritmo. Pie izquierdo, pie derecho, respiración. Izquierda, derecha, respiración.

Ese era su elemento. No buscar su centro en una esterilla de goma.

Aceleró el ritmo y apretó el paso mientras el camino serpenteaba cuesta abajo, alejándose del albergue. El frío le picaba en las mejillas y le mordisqueaba las orejas expuestas, pero el calor que le llenaba los pulmones era un contrapeso bienvenido. El ruido de su cabeza empezó a disiparse.

Corrió hasta que le ardieron los pulmones y le pesaron las piernas, hasta que el albergue no fue más que una mota entre los árboles a su espalda.

El camino de entrada trazaba una curva cerrada junto a un claro entre los árboles, abriéndose a un mirador panorámico. Dana aminoró el paso hasta trotar, luego hasta caminar, el aliento escapándosele en jadeos entrecortados. Se detuvo junto a la barandilla de madera que marcaba el borde del precipicio.

Se dobló sobre sí misma, las manos en las rodillas, tragando el aire gélido.

Cuando por fin se le calmó el corazón, se irguió y contempló el paisaje.

La vista la dejó sin el poco aliento que le quedaba.

El valle yacía sepultado bajo un manto blanco e ininterrumpido, con suaves ondulaciones que subían y bajaban como olas congeladas. Las colinas rodaban hacia el horizonte en ondas lentas y pálidas, flanqueadas por montañas que dentaban el cielo, sus cumbres engullidas por jirones de nubes. Todo allá abajo parecía inmenso y absolutamente inmóvil.

El sudor se le enfriaba en la piel, los músculos de la nuca le latían. Cerró los ojos e inspiró hondo, una bocanada larga que bajó más allá de las costillas hasta el hueco tras el esternón, y la retuvo hasta que el dolor se volvió casi placentero. La soltó despacio, abrió los ojos y miró atrás, hacia el albergue enclavado entre los árboles. Desde allí, el gran edificio parecía más pequeño.

Se quedó allí un minuto más, contemplando cómo la luz se deslizaba sobre la nieve, antes de darse la vuelta y emprender el camino de vuelta a casa.

CAPÍTULO 8

DANA LLEGÓ AL ÚLTIMO ESCALÓN del refugio respirando con dificultad, los muslos ardiendo, el nacimiento del pelo húmedo bajo el gorro. La ráfaga de aire cálido que la recibió al empujar la puerta principal se sintió casi obscena después del frío cortante de fuera.

Se quitó la chaqueta mientras cruzaba la gran sala, las botas chirriando sobre la madera pulida. Un olor terroso y floral llegaba desde el otro lado de la cocina abierta, y allí encontró a Lucy, con los codos apoyados en la encimera, rebuscando en una fila de tarros de cerámica.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Dana.

Lucy casi pega un brinco.

—Joder, qué susto me has dado.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Que qué estoy haciendo? ¿Dónde estabas tú? Desapareciste en mitad del yoga.

—Salí a correr —dijo Dana, cogiendo una botella de agua de la nevera—. Perdona por desaparecer, pero necesitaba moverme.

Lucy la miró como si el concepto la ofendiera.

—Yo me tumbé en una habitación a oscuras treinta minutos a escuchar a una mujer decirme que «relajara la mandíbula». ¿Tú saliste a correr? ¿Aposta?

Dana se encogió de hombros.

—Lo de la mandíbula no me cuajó.

Lucy soltó una risa y se volvió hacia la encimera. La sonrisa se le borró al mirar los tarros.

—No hay manera de encontrar café en este sitio. Necesito drogas de verdad.

Dana se acercó y leyó las etiquetas. Manzanilla. Menta. Mezcla para dormir.

—Reservaste un retiro de bienestar —le recordó—. Esto es lo que hay.

—Nadie dijo nada de dejarlo de golpe —dijo Lucy. Abrió de un tirón el último armario de arriba y se quedó inmóvil. Metió la mano y sacó una bolsa polvorienta de tueste oscuro escondida detrás de unos boles, alzándola como si fuera un tesoro.

—Hola, bonita —susurró.

—Bendita seas —suspiró Dana.

Trabajaron en tándem: Dana llenó la cafetera mientras Lucy cogía dos tazones del estante. La máquina silbó y gorgoteó, inundando la cocina con el aroma intenso y amargo del café recién hecho. Unos minutos después, sirvieron dos tazas humeantes y salieron al porche.

Las recibió el frío. Había nieve esparcida sobre la barandilla y los respaldos de las mecedoras vacías. Dejaron las tazas en una mesita mientras Lucy cogía una gruesa manta de lana de un baúl de cedro junto a la puerta y la echaba sobre el regazo de ambas al sentarse en un banco.

El vapor se elevaba del café en finas volutas fragantes. Más allá del porche, la colina descendía suavemente hacia la hoguera, donde una pequeña llama aún ardía en el círculo de piedra.

Lucy levantó la taza, aspiró el aroma y cerró los ojos.

—Esto sí que es vida.

—Desde luego —dijo Dana, subiéndose la manta hasta las piernas.

El banco crujió bajo el peso de las dos. El vaho de sus respiraciones se mezclaba con el vapor que subía de las tazas.

Desde allí podían ver la hoguera colina abajo, rodeada de sillas Adirondack. Las llamas ardían bajas, más brasas que fuego, pero bastaban para teñir de naranja parpadeante la nieve de alrededor.

Dos figuras se mantenían apartadas de las sillas. El gorro de punto de Jia la hacía fácil de distinguir, con el pompón oscuro que rebotaba mientras gesticulaba bruscamente con una mano. Ethan estaba frente a ella, los hombros encogidos, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo como si intentara hacerse más pequeño.

Incluso a distancia, la tensión era evidente. Jia mantenía una postura rígida, todo el peso cargado sobre una pierna. Miraba el móvil y deslizaba la mano por la pantalla entre frase y frase. Ethan parecía agotado, con la cabeza inclinada hacia el fuego en lugar de hacia ella.

Lucy sopló el café y observó por encima del borde de la taza.

—Problemas en el paraíso —murmuró.

—Parece que quiere tirarse al fuego —dijo Dana.

Lucy hizo una mueca.

—Uf. No te falta razón.

Observaron cómo Jia soltaba un último comentario, señalaba el móvil y se daba la vuelta, dejando a Ethan con la mirada clavada en su espalda.

—¿Ves? —dijo Lucy en voz baja—. No somos las únicas con drama.

Dana exhaló y dio un sorbo de café en lugar de responder. Estaba fuerte y un pelín amargo, justo como le gustaba.

Un movimiento le llamó la atención hacia el sendero. Dos figuras aparecieron entre los pinos, de vuelta hacia el refugio, y sus voces llegaban colina arriba en ráfagas de risa.

La melena pelirroja de Rachel destacaba como un faro contra la nieve blanca. Martha caminaba a su lado, con el gorro calado y las manos hundidas en los bolsillos del anorak. Dijo algo acompañándolo de un gesto amplio del brazo, y Rachel se echó a reír con la cabeza hacia atrás.

El corazón de Dana dio un vuelco extraño y breve. Irritación, se dijo. O quizá solo las agujetas de la carrera.

Llegaron a una curva del camino donde la nieve se había acumulado más. Martha cogió un puñado, lo apretó y se lo lanzó a Rachel al hombro. Reventó contra el abrigo en una nubecilla blanca.

Rachel miró la marca húmeda medio segundo, luego se agachó a preparar su propia munición. Martha levantó las manos con falsa indignación y retrocedió tambaleándose entre risas mientras esquivaba.

Rachel disparó de todos modos y le dio en la cadera. Martha se llevó la mano al sitio con horror teatral y salió tras ella. Las dos desaparecieron un momento detrás de unos árboles, dejando atrás un rastro de risas.

Dana se dio cuenta de que se había quedado mirando.

A su lado, Lucy se removió y miró en la misma dirección. Se quedaron allí sentadas, viendo a dos adultas comportarse como crías en la nieve.

—Como alguna vez me pidas hacer eso, o siquiera lo intentes —dijo Dana al fin—, te pongo una orden de alejamiento.

Lucy resopló sobre la taza.

—Por eso no te preocupes.

Vieron a la pareja desaparecer tras la esquina del refugio. Las risas se apagaron. Dana se quedó mirando el sendero vacío un segundo más de lo necesario. Luego volvió la vista al paisaje y bebió su café.

La noche cayó sobre el refugio como una manta. La cena había sido misericordiosamente informal: un bufé dispuesto en la isla de la cocina que permitía a cada uno comer cuando quisiera y retirarse a su rincón. Ahora la gran sala estaba en penumbra, iluminada sobre

todo por el fuego que crepitaba en el hogar de piedra y unas cuantas lámparas bajas.

Dana se apropió del extremo más alejado del enorme sofá de cuero, recogió las piernas y se recostó en los cojines. Era el mejor punto de observación de la sala. Desde allí podía ver el pasillo, la puerta de la cocina y las escaleras sin tener que girar la cabeza.

Al otro lado de la sala, en una pequeña mesa de juegos, Lucy y Cheryl estaban enfrascadas en una partida de cartas. Lucy maldecía entre dientes cada vez que Cheryl ganaba una mano. Patricia andaba trajinando en la cocina, probablemente organizando su colección de infusiones.

Rachel y Martha no aparecían por ningún lado. Y ahora que lo pensaba, apenas había visto a Jia y Ethan en todo el día desde lo de la hoguera. Esperaba que ninguno de los dos apareciera muerto a manos del otro. Qué final tan trágico sería.

Sacó el teléfono del bolsillo y la pantalla le iluminó el rostro en la penumbra.

Pasó de largo varios correos del trabajo que se había prometido no mirar y pulsó el contacto de su madre. Con la vista fija en la hoguera, se llevó el teléfono a la oreja y escuchó el tono. La línea se conectó al tercer timbre.

—Espero que no llames para decirme que te olvidaste algo —dijo Clara Finch a modo de saludo—. Porque no pienso conducir durante horas montaña arriba a oscuras.

—Hola a ti también, mamá —dijo Dana en voz baja—. Y no. Lo tengo todo. Solo llamaba para ver qué tal.

—Ver qué tal. —Clara no se lo tragaba—. Pareces cansada. ¿Estás comiendo? Te dije que te llevaras el asado que sobró.

—¿Quién hace eso? Y sí estoy comiendo. La comida aquí es... muy saludable.

—Saludable significa verde e insípido —sentenció Clara—. Hablando de comer, Midge está confundida.

Dana se irguió un poco. —¿Confundida cómo? ¿Está comiendo?

—Apenas. No para de buscarte. Se sienta junto a la puerta y espera. Luego corre a tu habitación. Después vuelve a la puerta. Es desesperante, Dana. Diría que tiene problemas de abandono.

Dana se frotó la sien. —Es una gatita, mamá. Seguro que solo está buscando bichos.

—Sé lo que veo. Echa de menos a su madre. —Se hizo una pausa, y luego se oyó un ruido al otro lado de la línea.

—¿Cómo está papá?

—Desmontando la tostadora ahora mismo.

Dana sonrió, pero la sonrisa se esfumó tan rápido como había aparecido. —Asegúrate de que se ponga guantes, no vaya a electrocutarse.

—Sabe lo que hace, cariño.

Ojalá pudiera tener tanta confianza ciega en alguien. A veces no sabía si podía fiarse ni de su propia sombra.

—Espera, Dany. Le grabé un vídeo antes.

—¿A Midge?

—Estaba haciendo esa cosa que hace con el ovillo. Te lo mando.

—No hace falta.

—Enviado —anunció Clara—. Míralo. Y luego dime que no te necesita.

Dana suspiró, pero apartó el teléfono de la oreja. Un mensaje apareció un segundo después.

Pulsó el archivo.

El vídeo se abrió con la clásica cinematografía temblorosa de Clara: primero enfocaba un trozo de alfombra y luego giraba bruscamente hacia la izquierda. Entonces Midge apareció en cuadro.

La gatita era todo lo contrario de frenética. Estaba como loca con un trozo de papel arrugado. Lo golpeó con la zarpa y lo mandó rodando por el suelo, dio un salto lateral torpe y se abalanzó sobre él, forcejeando con el papel entre gruñidos feroces y diminutos. Se tumbó patas arriba y lo pateó con las patas traseras, con su pequeña cola negra erizada como un cepillo de botella.

A Dana se le curvó la comisura de los labios. Midge se levantó de un salto, resbaló en el parqué y volvió a atacar el papel, con las orejas aplastadas hacia atrás en gesto furioso.

—Parece devastada —dijo Dana al teléfono.

—Lo está —insistió Clara—. Eso es claramente un grito de auxilio.

Dana vio cómo el vídeo se repetía. Midge dio una voltereta y atacó su propia cola. Era ridículo y adorable.

Estaba tan concentrada en la pantalla que no oyó los pasos que se acercaban por detrás del sofá.

—¿Eso es un murciélago? —preguntó una voz justo en su oído.

Dana dio un respingo y casi se le cayó el teléfono. Martha estaba inclinada sobre el respaldo del sofá, con la barbilla apoyada en los brazos cruzados, los ojos fijos en la pantalla.

—Joder. —Dana se llevó el teléfono al pecho.

Martha ni siquiera parpadeó. Se limitó a agitar los dedos. —Déjame ver. ¿Era una rata? Parecía rápido.

—¿Una rata? No, es un gato —dijo Dana, recomponiéndose—. Una gatita. ¿Tú simplemente…?

—¿Una gatita? —Martha parecía encantada.

—¿Miras el teléfono de la gente? —terminó Dana.

Martha giró la cabeza hacia el pasillo sin levantar la barbilla de los brazos. —¡Conroy! Ven aquí. La sheriff tiene una pequeña bestia.

—Es una gatita —volvió a corregir Dana.

Rachel apareció un momento después y entró desde el pasillo con una copa de vino tinto en una mano. Llevaba un jersey verde que hacía juego con sus ojos y unos pantalones de chándal holgados, el pelo suelto y húmedo como si acabara de ducharse. Se detuvo al ver a Martha apoyada sobre el sofá.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

—Revisión de pruebas —dijo Martha. Extendió una mano hacia Dana y flexionó los dedos con gesto expectante—. ¿Puedo?

Dana vaciló un instante y luego se llevó el teléfono a la oreja. —Mamá, te llamo luego. —Colgó sin esperar despedida y le pasó el teléfono.

Martha se enderezó y sorteó el estrecho hueco entre el reposabrazos y la pesada mesa de centro de roble. Sostuvo el teléfono para que Rachel pudiera ver.

—Mira esta violencia —dijo Martha.

Rachel se inclinó. Ahora estaba justo junto al hombro de Dana, invadiendo el espacio que Dana había mantenido con tanto cuidado. Un aroma sutil y enloquecedor le llegó desde arriba: higos y lluvia, un perfume suave que Dana intentó odiar de inmediato. Sin éxito.

Al oír la risa grave de Rachel, Dana se arriesgó a mirar hacia arriba.

—Oh, Dios mío —gimió Rachel sin apartar los ojos de la pantalla —. Mira sus patitas.

—Es una gata —dijo Dana.

—Oh —dijo Martha, rebobinando unos segundos—. Es pequeña.

—Diminuta —coincidió Rachel.

—Y convencida de que es una pantera —añadió Dana.

El comentario arrancó una risita contagiosa a Rachel y Martha.

—¿Cómo se le quedó así la oreja? —preguntó Martha, tocando la pantalla.

—¿Así cómo? —Dana se levantó sin darse cuenta y se asomó por encima del brazo de Martha.

El vídeo estaba pausado en un primer plano de Midge, con la cabeza ladeada, dejando ver la muesca irregular de su oreja derecha. Era una cicatriz que Midge ya tenía cuando Dana la encontró. La veterinaria hizo lo que pudo para arreglarla.

Dana exhaló y se dejó caer de nuevo en los cojines de cuero. —Ya la tenía así cuando la encontré.

—¿La encontraste? ¿Dónde? —preguntó Rachel.

—Detrás de un contenedor en una gasolinera.

—¿La encontraste detrás de un contenedor? —Rachel dio un sorbo de vino y bajó la copa lentamente. Su mirada pasó de la pantalla a Dana, observándola por encima del borde de la copa—. ¿Y te la llevaste a casa?

—Bueno, estaba sola. Y frágil. Así que...

Martha miró de Rachel a Dana, con una sonrisita asomando en los labios. —Aww. ¿Tienes corazón?

Rachel se rio en voz baja. Una risa cálida, pero por un instante fugaz, la diversión se diluyó. Bajo la sonrisa, Dana captó un atisbo del mismo dolor crudo y agotado que había visto la noche del arresto. Una grieta en la armadura, que apareció y desapareció en un segundo.

—Esperamos más vídeos —declaró Martha—. Para la moral.

Rachel se giró y el pelo le cayó sobre la cara al negar con la cabeza mirando a Martha. Se lo echó hacia atrás con un rápido movimiento de muñeca. —Ni hablar. La sheriff no va a montar un canal de gatos.

—No le importa —insistió Martha—. Creo que hasta la vi riéndose. Te ríes, ¿verdad?

Dana negó con la cabeza, con la mirada fija en las manos, pero ya no le quedaban fuerzas para resistirse. No pudo contener la sonrisa que se le extendía por el rostro.

Rachel volvió a reírse y le dio un empujoncito a Martha con el hombro. —Vamos. Deja que vuelva a su teléfono.

—Vale —Martha le devolvió el dispositivo con reticencia teatral.

—Gracias.

—Vamos —Rachel le pasó el brazo por el de Martha y la guio hacia la cocina.

Dana se quedó allí sentada un momento, con el teléfono aún en la mano, el vídeo pausado en la cara borrosa de Midge. Ahora notaba mucho más cerca el calor del fuego.

Al otro lado de la sala, Lucy levantó la vista de su partida de cartas. Miró a Dana y arqueó una ceja con gesto inquisitivo.

Dana le devolvió el gesto con cara de póquer y volvió a mirar el teléfono.

Pero seguía sonriendo.

CAPÍTULO 9

EL SUEÑO SIEMPRE EMPEZABA igual: Dana de pie en un pasillo que olía a polvo viejo y cera de limón. No era su casa ni la de sus padres, ni tampoco la pequeña colonial que había compartido con Vince en Pensilvania, pero la geografía daba igual. Lo que importaba era lo que sentía.

El pasillo se extendía ante ella, vacío e interminable en ambas direcciones; las paredes se cerraban un poco más con cada respiración. Al final del corredor, una puerta estaba entornada. Detrás se movía una figura que iba y venía, tapando la luz.

Entonces llegaba la voz, vibrando en las tablas del suelo bajo sus pies descalzos. Empezaba con una calma aterradora y de pronto, sin aviso, estallaba en un grito que la hacía estremecerse. —¿Cómo pudiste hacerme esto?

El sonido era tan fuerte que le cortaba la piel.

Se giraba para correr, pero el pasillo no tenía fin. El suelo se inclinaba. Las piernas se le movían como si el aire fuera barro. A su espalda, la puerta se abría de golpe, unos pasos pesados retumbaban contra la madera, cada vez más cerca.

No podía respirar, no podía gritar, solo correr hacia una oscuridad que nunca parecía llegar.

Una mano le alcanzaba el hombro—

Dana se despertó jadeando, incorporándose de golpe en la estrecha cama individual. La habitación estaba a oscuras. Aspiró aire

como si hubiera estado bajo el agua. El sudor le empapaba la camiseta, pegada a la piel.

Por un momento, no supo dónde estaba. Luego lo recordó. El albergue. Pine Haven. El suave movimiento de Lucy en la otra cama.

—¿Dany?

Dana se quedó quieta.

—¿Estás bien? —murmuró Lucy.

Se apretó las palmas de las manos contra los ojos y obligó a su respiración a calmarse. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Tragó el pánico amargo.

—¿Dana?

—Sí —graznó. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. Sí. Estoy bien. Solo tengo calor.

—¿Calor? Aquí hace un frío que pela.

Dana se dio la vuelta, metió la mano bajo la almohada y apoyó la mejilla en la tela fresca. —Vuelve a dormir.

Se quedó mirando la oscuridad. El corazón aún le latía desbocado, la piel todavía húmeda de sudor. El sueño se aferraba a ella como el humo, sin querer soltarla. Si cerraba los ojos, volvería a ese pasillo. Todavía sentía el eco fantasmal del grito de Vince, el aguijonazo de la adrenalina.

Apartó las mantas.

En piloto automático, buscó a tientas la ropa de correr en la oscuridad. Mallas térmicas. Camiseta técnica de manga larga. Calcetines de lana.

—¿Adónde vas? —preguntó Lucy, con la voz pastosa de sueño.

—A correr. —Le temblaban las manos y la cremallera se le resistía. Intentó no maldecir.

—Vale. —Lucy se arrebujó más en la manta y cerró los ojos.

Dana cogió las zapatillas y salió sigilosamente. Al pie de la escalera, se sentó y se ató los cordones con dedos entumecidos, luego se lanzó por la puerta principal hacia la oscuridad devoradora.

Sin esperar, bajó por el camino de entrada y echó a correr con un único objetivo: dejar atrás el sueño. Corrió hasta que le ardieron las piernas. No pensó en Vince, ni en el pasado, ni en nada.

Cuando volvió, el cielo se había aclarado hasta un gris plano y acerado, y el pánico había desaparecido. Ahora solo estaba cansada. Y con el cansancio sí podía.

Dana entró por la puerta del lavadero y se quitó las zapatillas. El albergue estaba en silencio, como conteniendo la respiración antes de que el sol terminara de salir.

Entró en la cocina en calcetines, tiritando un poco mientras el calor de la casa le envolvía la piel fría.

Rachel era la única que estaba allí.

Estaba sentada en la isla de la cocina, envuelta en una bata de seda del color de la medianoche, el pelo suelto en suaves ondas sobre los hombros.

Sus miradas se cruzaron al instante.

Rachel tenía las manos curvadas alrededor de una taza de cerámica; el vapor le subía hacia el rostro.

Dana se detuvo. Apenas eran las seis. El cielo aún tenía un tono morado oscuro. Quizá Rachel tampoco había podido dormir.

—Buenos días —dijo Dana, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Rachel levantó la vista, sobresaltada, como si no lo esperara. Una sonrisa tímida le asomó a los labios. Agachó la cabeza con timidez. —Buenos días, sheriff.

Dana se quedó un segundo observándola, luego fue hacia el armario donde Lucy había escondido la bolsa de contrabando y después a la cafetera. Comenzó el ritual. Filtro, cucharada, agua.

—¿Eso es café de verdad? —preguntó Rachel a su espalda—. Quiero decir, no descafeinado.

Dana no se volvió, concentrada en nivelar el café molido. —Sí. Lo encontré ayer. No se lo digas a Patricia. —Miró hacia atrás.

Rachel hizo el gesto de cerrarse los labios con llave y tirarla, con los ojos brillantes de diversión.

Dana soltó una risa suave y pulsó el botón. —¿Quieres una taza?

—Con el té voy bien —dijo Rachel, alzando la taza—. Pero gracias.

—Claro.

La máquina cobró vida con un zumbido y el aroma rico y amargo del café llenó la habitación. Dana se apoyó en la encimera y observó el líquido oscuro gotear en la jarra mientras sentía la mirada de Rachel sobre ella.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rachel.

Dana la miró. —¿Quién?

Los labios de Rachel se curvaron en una sonrisa, un destello de picardía en los ojos. —Tu gatita. A menos que haya alguna otra *ella*.

—No hay ninguna otra ella —dijo Dana, y negó con la cabeza—. Se llama Midge.

—Midge —repitió Rachel. Dio un sorbo al té y observó a Dana por encima del borde—. Es muy mona. Aunque te hacía más de perros.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No lo sé. Me pareces más de perros —dijo Rachel—. No la típica loca de los gatos. ¿Entiendes?

—Pues no, la verdad. Porque no soy una loca de los gatos.

—Sí que lo eres.

—No, no lo soy —dijo Dana, aunque su voz había perdido el filo.

Rachel se levantó y se ajustó el cinturón de la bata. Se acercó un paso, igual que la noche anterior, invadiendo el espacio personal de Dana lo justo para que se notara.

—Sí, lo veo. Lo veo clarísimo.

Dana retrocedió un poco y su cadera chocó con el borde de la encimera.

—¿Ver qué?

—Que eres una loca de los gatos.

Dana negó con la cabeza, pero no pudo evitar que la comisura de la boca se le curvara hacia arriba.

Rachel sonrió y su rostro se transformó por completo, convirtiéndola en alguien que Dana conocía por primera vez. Por un momento, Dana olvidó que tenía frío. Olvidó la pesadilla. Olvidó a Vince.

Se quedaron allí, en la cocina silenciosa, con la cafetera gorgoteando detrás de ellas. Rachel no se alejó. Bajó la mirada hacia el té, luego volvió a mirar a Dana, más seria.

—Uhm —empezó, con la voz un poco más baja—. Quería darte las gracias por... —Se interrumpió, vacilante.

Dana no la presionó, solo esperó, con el cuerpo relajado. *«¿Qué? Continúa».*

Rachel respiró hondo y abrió la boca para hablar.

Entonces la puerta de la cocina se abrió de golpe.

—¡Café! —exclamó Cheryl, que entró con paso firme y Jia justo detrás—. Decidme que huelo cafeína de verdad.

Martha entró flotando un segundo después, despeinada pero alegre.

—Oh, gracias a Dios.

Rachel retrocedió al instante y el momento se evaporó. Se giró hacia la ventana y se ciñó más la bata mientras la cocina se llenaba de ruido.

Dana se quedó mirando la nuca de Rachel, con la pregunta ardiéndole en la garganta. *«¿Gracias por qué?».*

La cocina se llenó rápidamente. Lucy bajó tambaleándose unos minutos después, con el pelo recogido en un moño suelto, y se dirigió hacia la cafetera con determinación absoluta. Ethan entró con aspecto avergonzado, pero agradecido cuando Dana le pasó una taza sin comentarios. Incluso Jia parecía haberse descongelado, apoyada contra la encimera mientras miraba el móvil y mordisqueaba una tostada.

El ambiente se notaba más ligero esa mañana. Las asperezas de los dos primeros días se habían suavizado en algo más familiar. La gente se movía sin disculparse por ocupar espacio.

Patricia entró con paso elegante desde la despensa con una cesta de manzanas. Estaba irritantemente perfecta: jersey de cachemir, pelo impecable, piel radiante.

Dana fue de pronto muy consciente de que no se había lavado los dientes ni duchado desde la carrera. Se pasó una mano con timidez por el pelo enmarañado por el viento.

—El parte meteorológico dice que la tormenta no llegará hasta esta tarde —anunció Patricia mientras dejaba la cesta en la isla—. Pero la mañana está despejada. Si alguien se está volviendo loco de estar encerrado, el sendero al viejo molino está limpio de nieve.

Señaló vagamente hacia la ventana, donde la luz gris clareaba sobre los árboles.

—Hay una cascada congelada a unos tres kilómetros. Es todo un espectáculo si os van ese tipo de cosas. O —añadió con una sonrisa — hay mucha leña si preferís quedaros tumbados.

—Cascada implica senderismo —dijo Lucy contra la taza de café —. Lo que implica cuesta arriba.

—Es un circuito suave —prometió Patricia—. Muy pintoresco. Poco exigente.

—Yo me apunto —dijo Ethan, demasiado rápido. Miró a Jia—. Nos vendría bien el aire fresco, ¿no?

Jia no levantó la vista del móvil, pero asintió.

—Claro. Por qué no. Necesito moverme un poco de todas formas.

—Yo voy —dijo Cheryl—. No he venido hasta aquí para quedarme dentro mirando las mismas cuatro paredes.

—¿Martha? —preguntó Patricia.

Martha se apoyó en el frigorífico mientras pelaba una naranja. Miró a Rachel, que seguía cerca de la ventana, medio vuelta hacia la habitación.

—¿Conroy? —preguntó Martha—. ¿Te apuntas? ¿O estás hibernando?

Rachel se giró. Se había recompuesto, con la vulnerabilidad de antes encerrada tras una máscara de calma. Echó un vistazo

alrededor de la habitación; su mirada se deslizó sobre todos, se detuvo brevemente en Dana y luego encontró a Martha.

—Iré —dijo—. Me vendría bien el paseo.

—Genial —dijo Patricia, y dio una palmada—. Prepararé unos termos. ¿Sheriff? —Miró a Dana—. ¿Vienes? ¿O tu maratón matutino ya fue suficiente ejercicio por hoy?

Dana sintió que la atención de todos se centraba en ella. Dio un sorbo al café, disfrutando del calor amargo.

—Iré —dijo—. Solo dejadme ducharme primero.

—No tardes mucho —dijo Rachel con sequedad—. No querríamos dejarte atrás y que te perdieras.

—Os alcanzaré —dijo Dana. Dejó la taza y volvió a captar la mirada de Rachel—. Y yo no me pierdo.

Rachel levantó la cabeza. La comisura de la boca se le curvó hacia arriba, apenas perceptible, una pequeña sonrisa privada destinada solo a Dana que desapareció en un segundo.

—Ya veremos.

Dana se giró para subir las escaleras, con el fantasma de esa sonrisa acompañándola hasta la ducha.

—Entonces —dijo Lucy, con el aliento formando nubes blancas mientras subían trabajosamente la pendiente hacia las cascadas—, en una escala del uno al diez, ¿cuánto de relajada estás? Sé sincera.

Dana sorteó una maraña de raíces congeladas. —¿Me gano puntos por no haber mirado el correo del trabajo desde anoche?

—No. Eso es lo mínimo para sobrevivir como ser humano —dijo Lucy—. Hablo de tus hombros. ¿Siguen intentando tocarte las orejas?

Dana bajó los hombros un poco. —Están bien.

—Mentirosa. Necesitas el jacuzzi —suspiró Lucy—. Pasé por delante esta mañana. Es enorme. Chorros por todas partes, el vapor subiendo de la superficie. Ayer vi a Ethan y a Jia dentro. Parecía que

se estaban cociendo a fuego lento, pero en el buen sentido. Pienso meterme esta noche y no salir hasta que se me arruguen los dedos.

—Suena bien —dijo Dana.

—¿A que sí? Imagínatelo. El calor calándote hasta los huesos. Una copa de vino. Sin viento. Y si vamos pronto, puede que lo tengamos para nosotras solas.

Dana se lo imaginó. Solo ella y Lucy, tranquilas y a gusto, sin nadie interrumpiéndolas ni pidiéndoles nada. El recuerdo de la última vez que había estado en un jacuzzi afloró en su mente. Un viaje de esquí con Darren y sus padres. Recordaba a su hermano retándola a hacer ángeles de nieve en bañador. Había aguantado exactamente cuatro segundos antes de volver corriendo al agua, gritando mientras Darren se reía tanto que casi se ahoga.

Lo echaba de menos. Echaba de menos a aquella versión de sí misma que hacía tonterías solo por oír reír a su hermano.

Para eso había venido, ¿no? Para relajarse y dejar de agobiarse cinco minutos. Para recordar qué se sentía al existir sin placa ni coraza.

—Quizá —dijo Dana—. Si prometes no retarme a tirarme a la nieve.

—No prometo nada —sonrió Lucy—. Pero el vino lo sirvo yo.

El sendero se niveló y desembocó en un amplio claro dominado por un silencio súbito y absoluto.

—Vaya —dijo Ethan, parándose en seco.

La cascada se alzaba ante ellos, congelada en pleno movimiento. Láminas de hielo cubrían la pared rocosa, estriadas y estratificadas como si alguien hubiera vertido cristal por el acantilado y lo hubiera dejado solidificarse a medio caer. En la base, la poza permanecía sellada bajo una corteza lisa y pálida, con una fina capa de nieve que suavizaba los bordes.

—Parece que el tiempo se hubiera detenido —dijo Cheryl, levantando el móvil.

Jia se acercó y ladeó la cabeza. —Espera. Si está completamente congelada, ¿adónde va el agua? ¿El río simplemente... se para?

—Seguramente sigue moviéndose bajo la superficie —dijo Rachel. Estaba a unos metros, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, la mirada fija en el hielo—. La parte de arriba se congela primero. El agua sigue fluyendo por debajo, donde está aislada.

—Eso da miedo —dijo Jia—. Agua invisible.

—Sí —asintió Rachel—. Caminas sobre ella creyendo que es sólida, pero todo se mueve justo bajo tus pies.

Dana miró a Rachel mientras esta contemplaba la cascada, admirando su aguda observación.

Se quedaron cerca de la base y se dispersaron. Patricia señaló antiguas marcas de crecida en la roca. Cheryl buscaba el mejor ángulo con el móvil. Martha le tiró una bola de nieve a Rachel sin muchas ganas, y esta amenazó con vengarse.

El frío le mordía las mejillas a Dana, pero la vista compensaba el escozor. Toda la escena parecía nítida y silenciosa, como si el mundo hubiera bajado el volumen.

Al final, Patricia miró el reloj. —Deberíamos volver. El viento está arreciando y no quiero estar aquí cuando llegue el frente.

Dana se estaba ajustando la bufanda, lista para volver, cuando notó que Jia aminoraba el paso. Se tocaba la muñeca con los dedos y luego se registraba los bolsillos del abrigo. El tanteo casual se volvió urgente, después frenético. Se quitó el guante, se miró la mano desnuda y giró sobre sí misma, recorriendo con la mirada la nieve donde había estado.

—¿Qué? —preguntó Ethan al ver el movimiento—. ¿Qué pasa?

—Mi pulsera —la voz de Jia sonó débil—. La de eslabones de plata. No está.

—¿La que te regaló mi madre? —el tono de Ethan se endureció.

—Sí. Yo... me la quité para ajustarme el guante en el mirador porque se me enganchaba en la lana. Debí de dejarla en la barandilla. Eso creo —miró a Ethan con los ojos llorosos—. Se me olvidó volver a ponérmela.

—¿Lo dices en serio? —espetó Ethan. El sonido resonó contra el hielo y todos se estremecieron—. Jia, ¿me estás tomando el pelo? Te dije que no trajeras las cosas caras.

—Lo sé, es que...

—¿Es que qué? ¿Se te olvidó? —levantó las manos—. Hace un frío que pela. No pienso volver andando hasta allí porque seas incapaz de cuidar tus joyas.

Jia se encogió y se abrazó a sí misma. —No fue a propósito. Fue un accidente.

—Contigo siempre es un accidente —murmuró Ethan mientras se daba la vuelta—. Pero que yo cometa un error, eso sí que no. Me vuelvo al albergue. Si la quieres, ve a buscarla tú misma. Piérdete y no vuelvas, me da igual.

Jia parecía a punto de derrumbarse.

Dana dio un paso adelante. Odiaba aquello. Odiaba cómo Ethan se cernía sobre ella, cómo Jia se empequeñecía.

—Yo voy a buscarla —dijo Dana con voz firme que cortó la tensión. Puso una mano en el hombro de Jia—. Vuelve con los demás. Hace demasiado frío para quedarse aquí parada. Voy corriendo y la recojo.

—Sheriff —advirtió Patricia con la vista en el cielo—. La tormenta avanza más rápido de lo que pensábamos. Se está haciendo tarde.

—Soy rápida —dijo Dana—. Iré justo detrás de vosotros.

—No tienes que... —empezó Jia mientras se secaba el ojo.

—No te preocupes. No pasa nada.

—Quizá deberías probar a hablarle a tu mujer como si fuera un ser humano —dijo una voz fría.

Rachel se había acercado y miraba a Ethan con un desdén fulminante.

—El listón está muy bajo, pero inténtalo.

Ethan se puso rojo. —¿Perdona? Esto no es asunto tu...

—Deja —lo cortó Rachel, con la voz endurecida— de ser un puto imbécil. Qué aburrimiento.

Ethan abrió la boca, pero Rachel no esperó respuesta. Se dio la vuelta y echó a andar hacia el sendero por el que habían venido, pasando junto a Dana sin detenerse.

—Yo me encargo —gritó Dana—. No hace falta que vengas.

Rachel no aflojó el paso.

—No sabes qué pinta tiene.

—Ya lo encontraré —replicó Dana, trotando unos pasos para alcanzarla—. Soy más rápida.

Rachel por fin miró por encima del hombro. Tenía el rostro mortalmente serio.

—Te llevo mucha ventaja, Finch. Está claro que no eres tan rápida como crees.

Siguió caminando, con las botas crujiendo sobre la nieve.

Dana se quedó allí una fracción de segundo, atónita, luego negó con la cabeza y echó a trotar para alcanzarla, dejando atrás la cascada y a todos los demás.

CAPÍTULO 10

EL SILENCIO ENTRE ELLAS no era incómodo, pero pesaba.

Dana mantuvo un ritmo constante, acompasando sus pasos con los de Rachel mientras subían por el sendero hacia el mirador. El viento había arreciado desde que dejaron al grupo, silbando entre las agujas de los pinos y levantando remolinos de nieve suelta a su paso.

Rachel caminaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, la mirada fija en el camino.

—Ese tipo —dijo, rompiendo el silencio— es un puto imbécil.

Dana dejó escapar algo entre risa y suspiro.

—No te voy a llevar la contraria.

—Le habla como si fuera una niña —dijo Rachel, y pateó un trozo de hielo del camino con más fuerza de la necesaria—. Da pena verlo.

—Sí —admitió Dana—. No está nada bien. Parece... agobiado, pero eso no es excusa.

—Nunca lo es —replicó Rachel—. Se desconecta, está claro. Lo veo constantemente. Está ahí, presente, pero no está *ahí*. Y luego se molesta cuando ella necesita que participe de verdad y haga algo.

La amargura en su voz tenía algo de personal, de vivido.

Dana la miró de perfil. La línea marcada de su nariz, el rubor del frío en los pómulos.

—Hablas como si le hubieras hecho un estudio de caso.

—No necesito ningún estudio. Conozco el tipo de sobra —Rachel negó con la cabeza—. Es agotador, sin más.

—Bueno —dijo Dana, saltando una raíz—, al menos no ha tenido que volver sola.

—Algo es algo.

El mirador era una pequeña plataforma de madera construida sobre el precipicio, expuesta a toda la fuerza del viento del valle. El cielo se oscurecía más allá, con nubes grises y pesadas que devoraban los picos.

—Vale —dijo Dana, recorriendo la plataforma con la mirada—. ¿Dónde estaba?

—Cerca de la barandilla —dijo Rachel—. Se paró a arreglarse el guante.

Rachel fue hacia la esquina del fondo, cerca de un banco casi enterrado en la nieve. Se agachó y empezó a apartar la nieve de la madera con movimientos metódicos de la mano enguantada.

Dana se ocupó del otro lado, junto al cartel con el mapa del sendero. Apartó la nieve suelta con el pie, los ojos entornados contra el viento. Era como buscar una aguja en un congelador.

—¿Algo? —gritó Dana.

—No —dijo Rachel, que se había movido a revisar las tablas del banco—. Todavía no.

Dana se acercó a la barandilla y se asomó con cuidado para revisar la cornisa del otro lado. La caída era pronunciada; se perdía en la neblina blanca del valle. Si se había caído por el borde, adiós para siempre.

Recorrió el riel inferior con los dedos, entumecidos pese a los guantes. Nada más que hielo y madera astillada.

«No puede habérsele caído por el borde», pensó Dana.

Se giró para revisar el hueco entre las tablas de la plataforma.

Al otro lado de la plataforma, Rachel se había acercado al poste de la esquina. Estaba de rodillas, sin importarle la nieve que le empapaba los pantalones, escudriñando el hueco estrecho donde la barandilla se unía al suelo.

—Espera —dijo Rachel.

Se quitó el guante con los dientes, lo dejó caer sobre la nieve y metió la mano desnuda en el hueco.

—Ten cuidado —empezó a decir Dana, acercándose.

—La tengo.

Rachel sacó la mano. De sus dedos colgaba una delicada cadena de plata que se balanceaba con el viento, frágil y brillante contra el cielo gris.

Rachel se levantó. Se puso el guante de nuevo, pero mantuvo la pulsera bien apretada en el puño.

—Se habría vuelto loca si la pierde —dijo en voz baja.

—Sí —Dana se acercó a mirar—. Buen ojo.

Se quedaron ahí un momento, acurrucadas contra la barandilla, contemplando la fina cadena de plata antes de mirarse. Los ojos de Rachel estaban claros, sin barreras, por primera vez en todo el día. Aquello despertó en Dana la misma intriga silenciosa que había sentido en la cocina esa mañana. *«¿Por qué ibas a darme las gracias?»*.

Antes de que pudiera encontrar las palabras, el viento arreció con violencia y sacudió la barandilla. Dana se subió la bufanda.

—Esa es nuestra señal.

Rachel asintió y guardó la pulsera con cuidado en el bolsillo con cremallera.

—Vamos.

Se dieron la vuelta y echaron a andar por el sendero, hombro con hombro contra el frío.

El tiempo se volvió feroz en cuestión de diez minutos. El viento manejable del mirador se había convertido en un asalto aullante. La nieve caía de lado, azotaba la piel hasta dejarla en carne viva, se tragaba el mundo en blanco y gris. Arriba, los árboles se convulsionaban; las ramas restallaban como látigos en el vendaval.

—Tenemos que apretar el paso —gritó Dana por encima del rugido.

Rachel no vaciló. Se ajustó la bufanda hasta que solo se le veían los ojos.

Echaron a correr. El sendero se había vuelto traicionero. Nieve fresca que ocultaba placas de hielo debajo; cada paso, una apuesta. Dana iba delante, con la cabeza agachada, abriéndose camino entre el caos. Detrás, la respiración de Rachel llegaba entrecortada, las botas buscando los mismos puntos de apoyo que Dana abría en la nieve.

—¿Aguantas? —gritó Dana mirando por encima del hombro.

—No pares —respondió Rachel.

Tomaron la última curva, donde el sendero se ensanchaba hacia el albergue. El edificio se materializó entre los árboles, una silueta oscura coronada por la luz ámbar y cálida que se derramaba de cada ventana. Era la imagen misma del refugio.

—Ya casi estamos —dijo Dana.

Aceleró en el tramo final. El suelo se inclinaba aquí, irregular y empinado; el camino bajaba hacia la entrada trasera.

Detrás de ella, oyó un jadeo fuerte y el chirrido de una bota que resbalaba.

Dana se giró justo cuando a Rachel se le iban los pies sobre una placa de hielo oculta.

El instinto borró el pensamiento. Dana se abalanzó, salvó la distancia de una sola zancada y agarró el brazo de Rachel. Tiró de ella hacia arriba mientras su otro brazo le rodeaba la cintura, y las detuvo a ambas en seco con un estremecimiento.

Se quedaron pegadas la una a la otra, con las botas arañando el suelo en busca de apoyo, en equilibrio sobre el filo de una navaja.

Todo desapareció —el viento, la nieve, el mundo— mientras permanecían cuerpo contra cuerpo. Dana sintió el corazón de Rachel latir contra su pecho, el calor que traspasaba las capas de lana y plumón. Las manos de Rachel le agarraban los antebrazos con fuerza suficiente para dejarle moratones, y las mantenía ancladas a ambas.

Rachel echó la cabeza hacia atrás. Tenía los ojos muy abiertos, brillantes de impresión, las pestañas oscuras salpicadas de nieve. No se apartó. Sostuvo la mirada de Dana, los labios entreabiertos, la respiración agitada.

La mano de Dana seguía curvada sobre la cintura de Rachel. Debería apartarla. No lo hizo.

—Tranquila —susurró Dana, apenas audible entre el fragor de la tormenta.

Rachel jadeó. Su mirada bajó a la boca de Dana solo un instante, el tiempo justo, antes de volver a buscarle los ojos.

—Sí —dijo en voz baja—. Tranquila. Joder.

Dana retrocedió despacio y fue soltando el brazo. La separación resultó brusca y fría.

—Vamos —dijo Dana—. Entremos.

CAPÍTULO 11

LA PESADA PUERTA DE ROBLE se cerró de golpe y el viento cesó de repente.

Estar a cubierto resultaba desorientador. Un momento el mundo era ruido blanco y aullidos; al siguiente, solo se oían cremalleras y botas arrastrándose sobre las baldosas.

Dana se apoyó contra la madera y recuperó el aliento apenas un segundo antes de apartarse para quitarse la ropa. A su lado, Rachel se movía deprisa, con las manos temblorosas mientras se bajaba la cremallera del abrigo.

—Dios —se quejó Dana cuando el aire cálido le tocó la piel en carne viva—. Eso se puso feo muy rápido.

—Ni que lo digas —Rachel se arrancó la bufanda; tenía el pelo húmedo y pegado a las mejillas.

Antes de que Dana pudiera abrirse el cuello del abrigo, la puerta interior se abrió de golpe.

—Oh, gracias a Dios, estáis bien —Jia entró corriendo y no esperó. La rodeó con los brazos antes de que pudiera prepararse.

Dana se quedó rígida, con los brazos pegados a los costados. No era persona de abrazos, y estar empapada y helada hacía el contacto insoportable.

—¿La encontraste? —Jia se apartó y le escrutó el rostro—. Por favor, dime que la encontraste.

Dana se zafó del abrazo y liberó por fin los brazos.

—Rachel la encontró.

Jia se volvió hacia el banco donde Rachel estaba de pie, con el rostro sereno, mientras metía la mano en el bolsillo. Sacó la cadena de plata como quien revela un secreto.

—Estaba encajada bajo la barandilla —le dijo Rachel.

A Jia se le escapó algo parecido a un sollozo. Tomó la joya con reverencia, como si fuera de cristal.

—No me lo puedo creer. Gracias. En serio, muchísimas gracias.

—No es nada —dijo Rachel, retrocediendo para evitar un abrazo. Se entretuvo con la bufanda, interponiéndola como un muro entre ella y la gratitud—. Puede que no tengas tanta suerte la próxima vez. No la pierdas otra vez.

—No lo haré. Nunca más.

Dana las observaba y se sentía extrañamente a la deriva. La habitación parecía llenarse. Martha apareció en el umbral con una taza de chocolate caliente mientras Lucy se abría paso junto a ella hacia el vestíbulo.

—Vale, heroína —dijo Lucy, mirando a Dana—. Tienes pinta de estar destrozada.

Dana se pasó una mano por el pelo húmedo.

—Ahí fuera está horrible. La visibilidad es casi cero.

Lucy entrecerró los ojos y estudió el rostro de Dana, el rubor en lo alto de los pómulos y cómo intentaba evitar mirar a Rachel, que hacía lo mismo.

—¿Seguro que estás bien? Pareces nerviosa.

—Estoy jodidamente helada, Luce —dijo Dana mientras se quitaba las botas—. Necesito una copa. Y una chimenea. En ese orden.

—Ya me he adelantado —gritó Martha—. Patricia acaba de encender la chimenea grande. Oficialmente estamos atrapadas por la nieve.

A las tres en punto, el mundo exterior había desaparecido. Las ventanas de la gran sala no eran más que blanco; la tormenta se lanzaba contra el cristal como algo que intentara entrar. Dentro, el

fuego crepitaba y chisporroteaba, el aire cargado de humo de pino y del aroma cálido y especiado de la sidra que Patricia había dejado en el aparador. Pero las paredes parecían más cercanas que el día anterior. El albergue se estaba encogiendo.

—Voy a demandar —anunció Lucy desde el sofá, mirando con pesar por la ventana— a la Madre Naturaleza. Daños personales. Angustia emocional. Por robarme la alegría.

Dana levantó la vista del libro.

—No puedes demandar al clima, Lucy.

—Puedo demandar a quien me dé la gana. Soy estadounidense.

Dana puso los ojos en blanco con fingido disgusto.

—Tenía planes, Dany. El jacuzzi. Una botella de Pinot. Quizá algo de introspección ligera. Ahora mira esto —Lucy gesticuló con dramatismo hacia la ventisca—. Si salgo ahí, me muero. Literalmente me convertiré en una estatua de hielo y tendréis que desenterrarme a cincelazos en primavera.

—Al menos estarías bien conservada —ofreció Cheryl desde el sillón, tejiendo algo que parecía una bufanda para un gigante.

—No ayudas, Cheryl.

Patricia entró con paso decidido cargando una pila de juegos de mesa, las cajas descoloridas por el sol y con las esquinas reblandecidas. Dana estaba segura de que no se habían tocado desde los noventa.

—Ya que escapar ya no es una opción —dijo mientras los dejaba sobre la mesa de centro—, he pensado que podríamos necesitar distracciones.

—Pictionary —Lucy se incorporó como una suricata—. Me pido a Dana.

—Ni hablar —dijo Ethan desde la chimenea, donde barajaba unas cartas con demasiado fervor. No había dejado de moverse inquieto desde que entraron. No paraba de mirar a Jia en el sofá de enfrente, que leía con los pies recogidos debajo, sin devolverle la mirada.

—Vosotras dos tenéis un vínculo telepático. Es prácticamente hacer trampa.

—No es telepatía —dijo Dana, marcando la página—. Son dos décadas viendo cómo dibuja un gato que parece una patata.

—Eso fue una vez.

—Es todas las veces.

Dana dejó vagar la mirada por la habitación. En la superficie, era una escena de catálogo. Fuego, nieve, gente variopinta con jerséis gruesos. Pero la risa de Ethan llegaba medio segundo tarde. Jia pasaba páginas sin leerlas.

Y luego estaba Rachel.

Estaba en la alfombra cerca de la ventana con Martha, un tablero de backgammon entre ellas. Tenía las piernas estiradas y se apoyaba hacia atrás sobre las manos, como si un director de escena la hubiera colocado allí. Martha hablaba y gesticulaba con una ficha, pero la atención de Rachel se escapaba constantemente; cada pocos minutos alzaba la vista para recorrer la habitación hasta posarla, inevitablemente, en Dana. No era una mirada fija, pero Dana la sentía como una mano rozándole la nuca cada vez.

Dana se giró en la silla, intentando concentrarse en el texto que tenía delante, pero las palabras se difuminaban. Era demasiado consciente de la presencia de Rachel, de cómo parecía existir en su propia burbuja de quietud incluso con la habitación llena de ruido. Recordó cómo Rachel casi se había caído y cómo ella la había sujetado. Todavía sentía cómo le agarraba los brazos como si le fuera la vida en ello. Volvió a mirar hacia Rachel porque simplemente no podía evitarlo. Esta vez, sin embargo, Martha la pilló y sonrió con suficiencia, y Dana fingió no darse cuenta.

—Muy bien —gritó Lucy—. Equipos. No podemos hacer chicos contra chicas porque Ethan está en clara inferioridad numérica y, seamos sinceros, no tiene nada que hacer.

—Eso es grosero, incluso viniendo de ti —dijo Ethan, sin mosquearse.

—Yo voy con Conroy. —Martha movió una ficha sin mirar el tablero—. Es despiadada.

Rachel esbozó una media sonrisa. —No lo soy. Solo juego para ganar. Y siempre gano.

—Os machacaremos hasta en nuestro peor día —se jactó Lucy.

—Lo dudo —dijo Rachel. Entonces miró a Dana y no apartó la vista. Arqueó una ceja, una pregunta y un desafío envueltos en aquel pequeño gesto—. ¿Sheriff?

Dana cerró el libro. —Ya veremos —dijo—. Juguemos.

El juego empezó como Pictionary, pero para cuando se puso el sol, había degenerado en un híbrido caótico de mímica y «A ver quién grita más».

Patricia había sacado vino con la cena, un Cabernet intenso y con cuerpo que Lucy abrazó con devoción espiritual. Para la tercera ronda, Lucy estaba en lo que Dana llamaba cariñosamente pedo festivo: desinhibida, efusivamente encantadora con todo el mundo e incapaz de susurrar.

—¡Es un animal! —gritó Lucy, gesticulando como loca mientras Ethan agitaba los brazos—. ¡Un pájaro! ¡Un avión! ¡Un pterodáctilo!

—Es un *pollo* —dijo Ethan, bajando los brazos—. ¿Cómo has sacado pterodáctilo de eso?

—Tienes una envergadura muy agresiva —dijo Lucy, sirviéndose otra copa. Señaló a Dana con la botella—. Te toca, Dany. Déjanos en buen lugar.

Dana se levantó, ignorando el calor en las mejillas que no tenía nada que ver con el fuego. La habitación estaba cálida y ruidosa, una burbuja de seguridad frente a la tormenta que aullaba contra los cristales.

Sacó un trozo de papel del cuenco.

El Titanic.

Fácil.

Dana fue hasta el centro de la alfombra. Se irguió, puso una mano detrás de la espalda y extendió el otro brazo con amplitud, alzando la barbilla.

—¡La Estatua de la Libertad! —gritó Cheryl.

—Espera —dijo Jia—. No, está en un barco. Fíjate en la inclinación.

—¡El rey del mundo! —gritó Martha—. ¡Titanic!

—¡Sí! —Dana señaló a Martha.

—¡Punto para nosotras! —Martha chocó los cinco con Rachel.

Rachel estaba sentada con la espalda apoyada en el sofá, una copa de vino en equilibrio sobre la rodilla. No gritaba como los demás, pero Dana sabía que se lo estaba pasando bien por aquella sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Tu turno, Conroy —dijo Martha, dándole un codazo—. Mantengamos la ventaja.

Rachel se levantó y dejó la copa. Fue al centro de la habitación, cogió un papel, lo miró y suspiró.

Se volvió hacia el grupo. Hizo el gesto de arrancar un coche, luego puso cara de enfado. Golpeó un volante imaginario.

—¡Rabia al volante! —adivinó Ethan.

Rachel negó con la cabeza. Se señaló a sí misma, luego señaló un reloj imaginario. Golpeó el suelo con el pie, impaciente.

—¡Tráfico! —gritó Jia.

—¡Tarde! —ofreció Lucy—. ¡Llegar tarde al trabajo!

Rachel puso los ojos en blanco con exageración teatral, fingiendo gritarle a alguien en el asiento del copiloto imaginario.

—¡Pelea! —dijo Dana.

—¡Discusión! —gritó Martha.

Rachel negó con la cabeza, con una sonrisa bailándole en los labios. Cerró los puños y fingió dar puñetazos al aire rápidamente, uno tras otro.

—¡Hora punta! —gritó Martha—. ¡Por fin! ¡Punto para nosotras!

El juego se descontroló a partir de ahí. Ethan demostró ser un desastre dibujando. Su intento de «girasol» parecía más una explosión, mientras que Martha se tomó la competición demasiado

en serio, discutiendo sobre infracciones del cronómetro y qué constituía una respuesta válida.

Rachel, en cambio, era silenciosa pero letal. Adivinó tres pistas seguidas de su equipo sin despeinarse, concentradísima y sin perderse nada.

—Está haciendo trampas —declaró Lucy desde su sitio en el suelo, señalando a Rachel con un palito de pretzel—. Es imposible.

—Se llama prestar atención —dijo Rachel con frialdad—. Deberías probarlo.

—Borde. —Lucy lanzó el pretzel. Trazó un arco en el aire y aterrizó en la copa de vino de Rachel con un suave plop.

Horrorizada, Rachel miró el pretzel flotando, luego miró a Lucy con una ceja arqueada de incredulidad. —¿En serio?

—Daño colateral —farfulló Lucy, sin el menor arrepentimiento.

La carcajada espontánea de Dana hizo que Rachel se volviera hacia ella. Pescó el pretzel empapado con dos dedos y lo levantó, mirando directamente a Dana.

—Ni se te ocurra reírte, sheriff —advirtió Rachel, con voz baja y burlona—. O te lo tiro encima.

—Lo siento mucho —dijo Dana con una sonrisa socarrona, los ojos fijos en los de Rachel. Apartó la mirada antes de ahogarse en ellos.

—¿Lo sientes? —dijo Lucy—. ¿De qué lado estás?

—Del que no tira comida.

A las once, el ambiente se había apagado. Cheryl se había refugiado en el sillón y cabeceaba. Ethan y Jia hablaban en voz baja en el sofá de dos plazas, la tensión entre ellos por fin suavizada por el cansancio y el alcohol. Martha estaba despatarrada en la alfombra, asegurando que podría dormir allí mismo.

—Esto ha estado bien —murmuró Lucy contra el jersey de Dana —. Esto ha estado muy bien. Me alegro de que hayas venido.

—Yo también —admitió Dana en voz baja.

—La mejor decisión que has tomado en tu vida.

Dana sonrió mientras apartaba un mechón de pelo de la frente de Lucy.

—Puede ser.

—Lo digo en serio. Necesitabas esto. Has estado... tensa. Meses enteros. Me tenías preocupada.

Dana se tensó.

—Estoy bien.

—Estás mejorando —la corrigió Lucy, con los ojos entrecerrados —. Sonríes más. Me gusta.

Antes de que Dana pudiera responder, la cabeza de Lucy se desplomó contra ella con todo su peso. Unos segundos después empezó a roncar suavemente.

—Vale —dijo Dana para sí misma—. Creo que esta ya no da más de sí. Venga, arriba.

—No —protestó Lucy, convertida en peso muerto.

—Sí. —Dana la levantó, sujetándola con un brazo firme por la cintura—. Venga, fiestera. A la cama.

—Te quiero, Dany —dijo, tambaleándose—. Eres la mejor esposa que no he tenido nunca.

—Sí, sí. Mueve los pies.

Se arrastraron hacia la escalera.

Meter a Lucy en la cama resultó más difícil de lo que Dana esperaba. Lucy insistió en lavarse los dientes, así que Dana tuvo que quedarse en la puerta del baño para asegurarse de que no se cayera. Luego quiso agua. Después no encontraba su camiseta de dormir, que estaba debajo de la almohada, donde la había dejado esa mañana.

—Eres una santa —murmuró Lucy mientras Dana le subía la manta—. Una santa gruñona y preciosa.

—Duérmete, Luce.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Lucy se quedó dormida en cuestión de segundos.

Dana se puso una camiseta y unos pantalones de chándal largos, se lavó los dientes y se metió en la cama.

CAPÍTULO 12

EL SILENCIO LA despertó primero.

El sonido constante del sistema de calefacción del albergue se había cortado, dejando una quietud tan absoluta que parecía presionar contra sus tímpanos. Dana abrió los ojos y se encontró con una oscuridad total. La línea de luz que normalmente se filtraba bajo la puerta desde el pasillo había desaparecido.

Se quedó allí tumbada un momento, escuchando. Fuera, el viento seguía azotando el edificio, pero dentro, el aire se estaba volviendo escaso y frío. Al otro lado de la habitación, Lucy roncaba suavemente, completamente inconsciente en su coma etílico.

Dana se dio la vuelta y cogió el teléfono de la mesita de noche, pensando en ver el segundo vídeo de Midge que le había enviado su madre y que aún no había visto. Tocó la pantalla.

Nada. El teléfono se había quedado sin batería.

Cerró los ojos e intentó calmar la respiración y contar hacia atrás desde cien, como le decía su madre cuando era pequeña y no podía dormir.

Por supuesto, no funcionó.

Inquieta, apartó las mantas y sacó las piernas de la cama; sus pies descalzos tocaron las tablas heladas del suelo. Cogió el jersey que había dejado sobre la silla junto a la ventana y se lo pasó por la cabeza, luego se puso los calcetines gruesos que había dejado

hechos una bola en el suelo y salió de la habitación. Se prepararía una taza de té con la esperanza de que le diera sueño.

La única luz en el pasillo provenía del gris pálido de la tormenta que se filtraba por la ventana del rellano. Al acercarse al pie de la escalera, vio a alguien sentado en el suelo frente a la chimenea, con una pesada manta de lana sobre los hombros. Solo cuando Dana se acercó más distinguió el pelo rojo y reconoció la voz tensa de Rachel. Sonaba amortiguada porque hablaba entre lágrimas, igual que la noche en que Dana la arrestó.

—No, no lo haré —dijo con firmeza—. No voy a volver. Me da igual lo que pienses.

Dana esperó. ¿Té o evitar a Rachel? Podría darse la vuelta sin que la vieran y subir de nuevo, dejar a la mujer en paz. Pero antes de que tomara una decisión, Rachel volvió la cabeza y sus miradas se cruzaron.

Tenía el rostro bañado en lágrimas. Se mordió el labio inferior y, antes de poder procesarlo, Dana sintió un peso doloroso en la boca del estómago al verla. La pobre estaba llorando.

Rachel apartó la mirada y volvió a su llamada. —No es no — espetó, tratando de sonar más firme.

Sin volver a mirarla, Dana pasó de largo y entró en la fría cocina.

—No, ya no puedo seguir con esto —fue lo último que le oyó decir a Rachel mientras entraba.

Tenía que ser una ex, o su pareja actual si tenía una. Tratándose de una Conroy, Rachel se había mantenido lo más alejada posible del centro de atención, con todas sus redes sociales en privado. Ahora que lo pensaba, Dana apenas sabía nada de ella aparte de algunos cotilleos sueltos sobre su historial de citas con mujeres. Y luego lo de que era estirada y privilegiada, aunque nada de eso parecía cierto a juzgar por los casi cuatro días que había pasado cerca de ella. Al contrario, se mezclaba con facilidad con el resto del grupo. ¿Y por qué elegiría un lugar como este, sin ánimo de ofender al albergue Pine Haven de Patricia, cuando podría estar en cualquier otro lugar del mundo disfrutando de unas vacaciones de lujo? Seguro que podía permitirse mejor clima.

Dana se movió en piloto automático hacia los fogones. Giró el mando y el quemador hizo clic una vez, dos veces, y se encendió con un suave silbido de llama azul. Gas, gracias a Dios.

Llenó la tetera en el fregadero, con el agua sonando ruidosamente, y la puso sobre el quemador. Encontró dos tazas en el armario y las dejó sobre la encimera. Una caja blanca y amarilla de bolsitas de té se apoyaba contra la cafetera. Sacó dos sobres, echó una bolsita en cada taza y esperó en la oscuridad mientras el agua se calentaba. Cuando la tetera empezó a silbar, la apartó del fuego antes de que pudiera chillar y vertió el agua rápidamente.

El vapor se elevó de las tazas con olor a manzanilla y miel. Rodeó las asas de cerámica con las manos, disfrutando del calor, respiró hondo y volvió a salir, rezando para que las lágrimas de Rachel hubieran desaparecido.

Había terminado la llamada y seguía sentada exactamente donde Dana la había dejado, con las rodillas recogidas y los brazos rodeándolas, mirando fijamente las brasas rojas que se apagaban. El teléfono estaba boca abajo sobre la alfombra, a su lado.

Cuando oyó a Dana, levantó la vista. Tenía el rostro medio oculto en la penumbra, pero Dana pudo ver los restos de lágrimas. Se secó la nariz mientras Dana se acercaba con las dos tazas.

—Hola.

—Hola —respondió Rachel.

—¿Quieres un poco de té? —preguntó Dana, ofreciéndole una taza.

Rachel posó sus ojos cansados y caídos en los brillantes ojos marrones de Dana durante unos segundos antes de aceptar la taza con ambas manos. —Gracias —dijo, e intentó sonreír, pero solo consiguió que le temblaran los labios, y a Dana se le encogió el corazón sin querer. Se dijo que era por pura humanidad, no porque fuera Rachel, ni porque pareciera tan indefensa y sola, ni porque quisiera preguntarle qué le pasaba.

—Necesitaba esto —dijo Rachel—. Hace un frío que pela.

Se llevó la taza a los labios y sopló.

—De nada —dijo Dana, y se dio la vuelta para irse. La taza le calentaba la palma derecha.

—Espera. ¿Te vas? —preguntó Rachel, frunciendo el ceño.

—Sí, no quiero molestar.

—No molestas. No te vayas —dijo Rachel. No era en absoluto una orden—. ¿Por favor?

—Claro —dijo Dana, cediendo casi sin vacilar ante los ojos suplicantes de Rachel.

Rachel se movió unos centímetros.

Dana rodeó el sofá y se dejó caer en la alfombra junto a ella.

Bebieron en silencio al principio. El fuego se había reducido a un resplandor naranja bajo que apenas desprendía calor, solo el suficiente para pintar el perfil de Rachel con una luz suave. Dana sostenía la taza con ambas manos y dejaba que el calor le calara en los dedos mientras el frío del oscuro albergue las envolvía. De vez en cuando, una ráfaga de viento sacudía las ventanas y las viejas vigas crujían con un sonido inquietante en la noche.

Dio un pequeño sorbo, sobre todo para hacer algo con la boca que no fuera llenar el silencio con tonterías.

—¿Tampoco podías dormir? —preguntó por fin, en voz baja, para no romper lo que fuera que se había formado entre ellas, algo frágil.

Rachel negó con la cabeza sin apartar los ojos de las brasas. —No podía. Hacía demasiado frío.

Se arrebujó en la manta.

—Y el silencio —añadió Dana—. Creo que eso me despertó más que el frío.

Rachel sonrió un poco y dio un sorbo al té. —Vaya momento para irse de vacaciones, ¿verdad? ¿O debería decir vaya lugar?

Miró a Dana, a su izquierda.

Rachel tenía las mejillas sonrosadas, la punta de la nariz roja, y una tristeza que se demoraba en sus ojos, que esa noche parecían más verdes.

—Esperaba esquí, jacuzzis y resorts. Al menos eso fue lo que Lucy prometió cuando me arrastró hasta aquí.

Rachel se rio. —El tiempo es bastante impredecible, pero creo que va a mejorar.

—Siempre mejora —dijo Dana, pero sin apartar la mirada del fuego.

—Hablando de mejorar, ¿está bien?

—Es pequeña —dijo Dana—, pero esa mujer es un toro.

Rachel se rio entre dientes. —Está un poco loca, pero solo un poquito —dijo, juntando el pulgar y el índice para enfatizar.

—¿Casi te tumba con un pretzel y dices que solo un poquito? —Dana entrecerró los ojos con escepticismo y miró a Rachel, que se rio—. Solo bromeo. Es genial —dijo Dana, pensando en Lucy dormida en la cama y en cuánto tiempo llevaban siendo amigas.

—¿Siempre vais de vacaciones juntas?

—La verdad es que no. Estamos ocupadas casi siempre. No tenemos tiempo, ¿sabes? No como cuando éramos jóvenes.

—No me hables de tiempo. Ni de ser más joven —dijo Rachel poniendo los ojos en blanco, y sopló sobre su té.

—Y está casada y tiene dos hijos, así que su vida es un caos.

Tras unos segundos, Dana se tocó la barbilla, cayendo en la cuenta. —No creo que haya ido de vacaciones desde que tuvo a los gemelos —dijo. De pronto se sintió egoísta por no haber querido ir con ella al principio, cuando tenía el privilegio de poder dejarlo todo para dedicarse tiempo a sí misma. Lucy no tenía esa suerte—. ¡Maldita sea!

—¿Qué edad tienen sus gemelos?

—Cuatro.

—Cuatro años sin un respiro es mucho tiempo.

—Demasiado. Y encima son chicos.

—¡Vaya! —El rostro de Rachel se iluminó—. Eso es increíble.

—Lo es —dijo Dana con una sonrisa. Los dulces rostros de Jake y Mason flotaron en su mente apenas unos segundos antes de transformarse en caras llenas de travesuras y terror: los niños tirando cosas, rompiéndolo todo, Lucy y Mark gritándoles, y Dana

escapando por la puerta con cualquier excusa patética para justificar su huida.

—O sea, es increíble la primera hora o así, hasta que las cosas se ponen, ya sabes...

Rachel ya se reía antes de que Dana pudiera terminar.

—¿Soy horrible por eso?

—Tengo sobrinos, sobrinas y primos de esa edad, y pueden ser jodidamente horribles.

Dana se rio ante la brutal honestidad de Rachel. —¿A que sí?

—Eso no significa que no los quieras —dijo Rachel, intentando arreglar lo que acababa de soltar.

—Exacto. Pero puedes quererlos desde lejos la mayor parte del tiempo.

—El noventa por ciento del tiempo.

Dana se rio.

Rachel dio un sorbo al té. Su sonrisa se desvaneció y se puso más seria. —Aunque sí quiero tener uno algún día, cuando no esté constantemente enterrada en trabajo. Quizá dos. Quién sabe.

Dana pensó en cómo sería, como siempre hacía. En hacer lo correcto y ser lo que sabía que sus padres esperaban, aunque nunca lo hubieran dicho explícitamente. Que su madre le rogara que quedara con gente era suficiente. Que su padre preguntara de vez en cuando por Vince, quizá con la esperanza de que le dijera que estaba saliendo con otro, era prueba de que querían de ella lo que cualquier padre querría. Si supieran lo difícil que era conectar con alguien, quizá tendrían más empatía y comprensión.

Vince con su gorro de Papá Noel apareció difuso en su memoria.

Lauren...

—¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

—La verdad es que no lo he pensado mucho. No lo sé.

—Lo entiendo. Es una decisión que te cambia la vida. Nada vuelve a ser igual después.

—Sí —dijo Dana, y se llevó el té a los labios. El líquido ya estaba tibio. Ojalá estuviera más caliente para calmarle los nervios y aliviarle los escalofríos.

El té casi se había terminado y no se había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba allí sentada con Rachel. Jamás habría imaginado que se encontraría en una situación así, sentada junto a una Conroy, y mucho menos junto a la que había esposado.

—¿Y tú y Martha? —preguntó Dana, y giró la cabeza para mirarla.

Rachel no entendió la pregunta. —¿Qué pasa con nosotras?

—¿Soléis ir de vacaciones juntas?

—La verdad es que no. Las dos necesitábamos desconectar un tiempo. De hecho, fue su madre quien nos recomendó este sitio. Lo decidimos a última hora. Pero me gusta. Es discreto y tranquilo.

Dana notaba que Rachel era de las tranquilas. No podía imaginarla en un tribunal discutiendo con nadie. Apenas había discutido con ella en la Ruta 9, ni cuando llegó al albergue.

—¿Y a ti?

—De momento, bien.

—¿Excepto el yoga? —bromeó Rachel.

—Dios mío, lo viste —se lamentó Dana, y se frotó la sien derecha avergonzada.

—Pues sí —dijo Rachel entre risas.

—No te rías.

—Lo siento, pero fue tan satisfactorio verte sudar así. Yo pensaba: *no tan dura ahora, ¿eh, Sheriff?*

—Qué mala eres —dijo Dana—. El yoga no es lo mío, desde luego.

—Claramente —Rachel la miró y sonrió.

A Dana le dio un vuelco el corazón.

Rachel era preciosa. Y dulce. Y amable. Y sonreía así. Y definitivamente era hora de que Dana se largara. Se rascó la nuca y volvió a mirar el fuego. Fingió un bostezo, dejó la taza en el suelo a

su lado y estaba a punto de levantarse cuando el teléfono de Rachel empezó a vibrar con fuerza en el silencio de la habitación.

Rachel dejó su taza, cogió el teléfono y miró la pantalla. Arrugó la nariz y el labio superior se le curvó en una mueca de desprecio.

—Por supuesto —murmuró, con el pulgar sobre la pantalla como si fuera a contestar, pero pulsó el botón lateral y lo dejó boca abajo en la alfombra, cortando la vibración en seco. Se quedó allí sentada.

—¿Estás bien? —preguntó Dana.

Rachel no podía fingir. Dana ya la había visto llorando.

—Sí —sorbió por la nariz, pero negó con la cabeza—. No es nada. Solo mi padre siendo mi padre.

Cogió el teléfono y miró la pantalla apagada antes de dejarlo a su lado otra vez.

—Lo siento —dijo Dana, sin pensar ni por un momento que Robert Conroy fuera la causa de las lágrimas de Rachel.

—No lo sientas —dijo Rachel—. Ha sido así últimamente. Discutiendo más de lo habitual. Es... Él es... —se envolvió más en la manta, se encogió y luego se obligó a enderezarse, como si se negara a que la vieran hecha un ovillo—. Me estoy dando cuenta de que nunca va a cambiar, haga lo que haga o por mucho que me esfuerce.

Rachel miraba a la nada, completamente sumida en su propio mundo.

—Odia quién soy, sin más. Odia que sea lesbiana. Todavía me trata como una mierda aunque no esté saliendo con nadie ahora mismo.

Así que no era un rumor lo que Dana había oído. Era verdad. Tan cierto como su propia mentira.

—Puedo volver a casa como él quiere, trabajar para él. Dejar de avergonzarlo con la vida que llevo. Pero seguiría siendo yo al final del día. No va a cambiar, así que me odiará de todos modos —dijo, y poco a poco volvió a ser consciente de dónde estaba.

—Mierda. Joder —se limpió la nariz, que le goteaba, y se manchó los labios.

—¿Qué pasa? —Dana se inclinó un poco más.

—Joder, llorando otra vez. Lo siento mucho —se disculpó como si hubiera hecho lo más horrible del mundo.

—No tienes que disculparte.

Por un breve segundo, Rachel se permitió romperse solo un poco.

—No sé por qué te estoy contando todo esto.

—Porque te está matando y necesitabas decirlo —Dana frunció el ceño, con los ojos escocidos por sus propias lágrimas mientras miraba a Rachel, tan distinta de la mujer llena de risas y luz de hacía un par de horas. Como Dana, tal vez ella también había estado fingiendo y ocultándose. Por jodido que fuera, se sentía menos sola por la mera posibilidad de que eso fuera cierto. Aunque su corazón estaba turbado y su mente le decía que no lo hiciera, la verdad era demasiado amarga para mantenerla oculta bajo la lengua. Sabía a veneno.

—Porque duele. Porque es asfixiante —Dana exhaló y le salió un sollozo silencioso que no esperaba, y ya era demasiado tarde para tragárselo. Se limpió las lágrimas bruscamente con el hombro derecho.

—Sí, duele. Y es asfixiante —dijo Rachel, y Dana supo que no necesitaba decir más. La forma en que Rachel la miraba lo decía todo. Quizá el secreto había dejado de serlo hacía más tiempo del que creía.

—¿Alguien lo sabe? ¿Se lo has dicho a alguien que...? —preguntó Rachel.

—¿Que soy lesbiana? —dijo Dana. Las palabras que la habían asfixiado durante tantos años por fin rezumaron de ella como pus. No sabía por qué le daba tanta vergüenza decirlo cuando sabía que era quien era. Pero al mirar a Rachel, de alguna manera se sintió a salvo para confesarse. Cerró los ojos—. No, no se lo he dicho a nadie. Solo a ti —admitió por primera vez en su vida a la más improbable e inesperada de las extrañas. El pánico no la golpeó como pensó que lo haría, pero el dolor estaba innegablemente ahí.

Abrió los ojos y Rachel estaba más cerca que antes. Se sintió expuesta. O vista.

—Está bien —dijo Rachel.

—No, no lo está —Dana miró al fuego—. No sabes cómo...

—¿Qué? —preguntó Rachel—. Dana.

Dana no sabía si Rachel la había llamado alguna vez por su nombre de pila. Apartó los ojos del fuego y la miró.

—Si mis padres se enteran —empezó Dana—, no querrían saber nada de mí. O casi nada. Y eso me aterroriza —soltó—. ¿Y sabes qué es lo peor?

Rachel esperó pacientemente.

—Me lo merecería.

—No, no te lo merecerías. Nadie merece que lo traten mal por quien es.

—No me conoces. No sabes lo que merezco. No sabes las cosas que he hecho.

—Sé lo suficiente —dijo Rachel—. Créeme, todavía te querrían.

Cuando Dana volvió a mirar a Rachel, se le ablandó el corazón y le vinieron más lágrimas a los ojos. ¿Por qué le creía a una mera extraña cuando ni siquiera podía decírselo a Lucy? ¿O a Mark? Podría habérselo dicho alguna de las veces que él bromeaba con que quizá le gustaban las mujeres, pero se convenció de que estaba mal hacerlo, o de que estaba mal serlo. Que las pocas veces que sucedió fueron errores. Pero sabía que no lo eran.

Ahora se frotó los ojos con los talones de las manos y se secó las lágrimas en el pantalón de chándal gris.

—Entonces, ¿me estás diciendo que soy la desafortunada a la que le has salido del armario y ahora tengo que cargar con tu terrible secreto? —dijo Rachel, con el sarcasmo y la falsa indignación pintados en la cara.

Dana se rio, aflojando la presión que le oprimía el pecho. Había estado conteniendo la respiración demasiado tiempo.

—Supongo que sí —dijo Dana, secándose la última lágrima rebelde de la mejilla—. Perdona por el marrón. No venía con ticket

de devolución.

—Me la quedo igual —dijo Rachel. El brillo burlón de sus ojos dio paso a algo más cálido, algo que Dana no esperaba encontrar aquí, en mitad de la noche, con una mujer a la que había arrestado hacía una semana. ¿Por qué tenía que ser tan amable? Le entraban ganas de echarse a llorar otra vez.

No hablaron mucho después de aquello. No hacía falta. Al final, la alfombra se les hizo demasiado dura y, sin necesidad de decirse nada, se recostaron contra el sofá. Rachel les echó la pesada manta de lana por encima de las piernas y arropó la rodilla de Dana con el borde.

Resultó natural. Y aterradoramente fácil.

A medida que el fuego se consumía hasta quedar en brasas de un rojo vivo, la respiración de Rachel se fue haciendo más profunda. La cabeza le pesaba cada vez más y acabó ladeándose hasta apoyarse en el hombro de Dana.

Dana se quedó inmóvil, con el corazón desbocado a triple tiempo, pero Rachel no se apartó. Solo dejó escapar un suspiro suave y se acurrucó más.

Poco a poco, Dana también se fue relajando, aunque no conseguía dormirse. Tenía la cabeza demasiado llena de ruido, repasando sin parar la última hora, repitiendo las palabras *soy gay* una y otra vez. Se quedó mirando las brasas moribundas y pensó en la vida que la esperaba en Bracken Ridge. Los carteles de campaña. El asado de olla de su madre. Las expectativas de su padre.

Si les contaba toda la verdad sobre el divorcio, sobre quién era en realidad, ¿la mirarían como Rachel? ¿Con aceptación? ¿O la mirarían como a una desconocida?

Dana ladeó el rostro y apoyó suavemente la mejilla en la coronilla de Rachel. Su pelo olía a lluvia, salvaje y limpio.

Observó cómo el fuego se desmoronaba sobre sí mismo, brasa a brasa, mientras la habitación se sumía en sombras más tenues y el peso de Rachel seguía cálido y firme contra ella.

En algún momento, el crepitar se apagó hasta quedar en algún chasquido ocasional. El reloj del pasillo seguía con su tictac. A Dana le ardían los ojos, no de lágrimas esta vez, sino del cansancio, y los dejó entornarse mientras respiraba el olor de Rachel, el humo y el silencio, hasta que los contornos de todo se difuminaron.

Al fin, Rachel se removió. Inspiró hondo, luego otra vez, y se desperezó contra el hombro de Dana. Levantó la cabeza, parpadeando aturdida en la penumbra.

Se miraron. La mano de Dana se crispó en su regazo. Quería alargarla, tocar la mejilla de Rachel, darle las *gracias* por escucharla, por quedarse, por ser la primera persona que la había visto de verdad. Quería tocarla simplemente porque sí.

—Perdona —susurró Rachel con la voz ronca de sueño, frotándose los ojos—. No quería quedarme dormida encima de ti. Resulta que eres una almohada sorprendentemente buena.

—Forma parte del servicio —dijo Dana—. Servir y proteger. Y hacer de cojín.

Rachel sonrió, somnolienta y dulce, y se incorporó un poco. Cogió el móvil de la alfombra y tocó la pantalla. La luz resplandeció, dura y cegadora, en la oscuridad.

—¿Ha llamado?

—No. —Rachel bloqueó el móvil y lo dejó boca abajo. Parecía decepcionada, como si hubiera esperado un milagro que sabía que no iba a llegar.

—Él se lo pierde —dijo Dana con firmeza.

Rachel la miró sorprendida, y luego volvió a asomar aquella sonrisa pequeña y sincera. Echó la cabeza hacia atrás contra los cojines del sofá, dejando al descubierto la línea larga de su garganta.

—Me está matando el cuello.

Una oleada de calor le atravesó el estómago, rápida y desconcertante. La pálida columna de la garganta de Rachel estaba justo ahí, vulnerable y desprotegida, con los tendones tensándose bajo una piel que Dana quería, absurdamente, besar y saborear. El

pensamiento le asaltó sin permiso y le dejó el pulso retumbándole en los oídos mientras obligaba a sus ojos a volver al rostro de Rachel.

Rachel ya la estaba mirando con ojos entornados y soñadores. Despacio, esos ojos bajaron hasta la nariz de Dana, hasta sus labios.

Y entonces, con un chasquido estridente, el albergue volvió a la vida.

La lámpara de araña parpadeó un par de veces y se encendió de golpe. La nevera de la cocina arrancó con un zumbido grave. Las rejillas de la calefacción traquetearon y escupieron aire caliente.

Las dos se sobresaltaron y entornaron los ojos ante el repentino asalto de luz.

—Amén —gimió Rachel, tapándose los ojos con la mano—. Hágase la luz.

—Y la calefacción —añadió Dana. La oscuridad que las había protegido había desaparecido, sustituida por el zumbido mundano de tuberías, cables y paredes.

Rachel recorrió la habitación con la mirada como si la viera por primera vez. Se puso de pie y estiró los brazos por encima de la cabeza; la camiseta se le subió apenas un par de centímetros, dejando a la vista una franja de piel pálida.

Dana apartó la mirada y se levantó deprisa para dejar las tazas en la mesa.

—Debería... —Dana señaló vagamente hacia las escaleras—. Subir. Antes de que Lucy se despierte y piense que me han secuestrado.

—Sí —dijo Rachel. Recogió la manta y la dobló de cualquier manera—. Yo también.

Pero se quedaron un segundo mirándose fijamente hasta que Dana apartó la vista. Caminaron juntas hasta el pie de las escaleras.

—¿Dana?

Dana se detuvo con la mano en la barandilla y se volvió.

Rachel estaba al pie de las escaleras, con la manta apretada contra el pecho. Parecía cansada, con los párpados enrojecidos, pero

en su mirada había también una fuerza serena.

—Gracias —dijo—. Por el té. Y... por todo lo demás.

Dana esbozó una sonrisa ladeada.

—Gracias a ti —dijo—. Por escucharme. No tenías por qué.

—Quería —respondió Rachel con sencillez.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Finch.

Dana subió las escaleras llevándose consigo la calidez del fuego y la extraña ligereza de sentirse, por fin, conocida, hasta llegar a su habitación.

CAPÍTULO 13

CUANDO DANA DESPERTÓ, la habitación parecía distinta. Era una mañana ligera, tenue, silenciosa, que había comenzado sin ella.

La tormenta había pasado. Un sol cegador se derramaba por el hueco entre las cortinas, trazando una línea a los pies de la cama. Parpadeó, protegiéndose los ojos del resplandor.

Durante unos minutos, no se movió. Se quedó completamente quieta bajo el edredón, mirando las motas de polvo en el haz de luz.

Entonces la noche anterior volvió de golpe en una serie de destellos vívidos, inconexos. El fuego moribundo. El olor a sándalo. La cabeza de Rachel sobre su hombro. Olía tan bien.

Solo tú. Soy gay.

Las palabras resonaron en su cabeza con tanta fuerza que se estremeció. De verdad lo había dicho.

El pánico le atenazó el estómago. ¿Podía siquiera confiar en que Rachel no dijera nada? Se incorporó de golpe, aferrándose a la sábana mientras miraba hacia la otra cama.

Vacía. La cama de Lucy estaba mal hecha, el edredón subido de cualquier manera, y sus cosas de aseo habían desaparecido de la mesita de noche.

Dana se frotó la cara con ambas manos. No había sido uno de esos sueños febriles. Se lo había confesado a Rachel Conroy. Que era gay.

—Muy lista, Finch —murmuró a la habitación vacía—. Muy lista.

Pero mientras el pánico retrocedía, una extraña calidez ocupó su lugar. No se sentía enferma ni avergonzada. Por primera vez, se sentía real.

Apartó las mantas y fue al baño. El rostro en el espejo era el mismo de siempre. El pelo castaño oscuro hecho un desastre, marcas de la almohada en la mejilla, pero los ojos se le veían más claros.

Abrió el grifo de la ducha, esperó a que el agua se calentara y entró bajo el chorro.

El agua caliente le picaba la piel; cerró los ojos bajo el chorro. Su mente divagó, sin quererlo, hacia Vince. Hacia mañanas como aquella en su diminuto baño de Pensilvania. Él se metía detrás de ella, le rodeaba la cintura con los brazos, le besaba el hombro, y ella lo dejaba. Sonreía, se recostaba y fingía que era suficiente. Nunca lo fue.

Se frotó el pelo con fuerza, se enjuagó y salió. Se secó, se puso unos vaqueros y un jersey limpio de lana azul marino, y se cepilló el pelo hasta que brilló.

Se miró en el espejo una última vez.

—Contrólate —se dijo—. Es solo el desayuno.

Pero mientras caminaba por el pasillo hacia las escaleras, el corazón le daba brincos.

¿Y si Rachel se arrepentía de haber hablado con ella? ¿Y si la miraba esa mañana con la máscara fría y distante de nuevo en su sitio?

Se detuvo en lo alto de la escalera, aferrada a la barandilla. Los oía abajo. El tintineo de los cubiertos, las conversaciones. La risa alegre de Lucy.

Respiró hondo, contuvo el aire tres segundos y se obligó a dar el primer paso.

Bajó las escaleras; el olor a beicon y café le salió al encuentro. Al entrar en la cocina, compuso una expresión neutra.

Y entonces la vio.

Rachel estaba junto a la ventana, taza en mano, hablando con Martha. La luz del sol arrancaba destellos cobrizos de su pelo, convirtiéndolo en fuego. Parecía relajada, feliz.

Como si sintiera la presencia de Dana, Rachel se volvió.

Sus ojos se encontraron con los de Dana al otro lado de la habitación.

Durante un segundo, el ruido de la cocina se apagó. Patricia dando la vuelta a las tortitas, Ethan discutiendo sobre cera de esquís, Lucy contando un sueño. Todo se difuminó hasta quedar en segundo plano.

Rachel no apartó la mirada. No se puso ninguna máscara. Sonrió. Una sonrisa que decía: *Te veo. Lo recuerdo. Estamos bien.*

Dana notó cómo se le aflojaban los hombros. Soltó el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo, y respondió con un leve asentimiento.

—¡Buenos días, dormilona! —gritó Lucy al verla. Estaba sentada en la isla, agitando un trozo de beicon como si fuera una bandera—. Has dormido como un tronco. Pensábamos que íbamos a tener que tomarte el pulso.

—Recuperando horas de sueño —dijo Dana mientras entraba en la habitación.

Patricia ya estaba poniendo platos en la larga mesa del comedor. Tortitas, huevos revueltos, beicon, fruta fresca. El albergue olía a mantequilla y sirope de arce.

Dana se acercó al aparador donde Patricia había dispuesto un surtido de tarros de cerámica. Pasó de largo el café, por un impulso que no sabía explicar, y cogió la caja de té negro.

Llenó una taza con agua caliente del dispensador y metió la bolsita, viendo cómo los remolinos oscuros enturbiaban el líquido.

Lucy apareció a su lado, llenándose el plato con todo lo que pillaba.

—Me muero de hambre. Creo que quemé mil calorías solo con sobrevivir a esa tormenta. ¿Sabes el frío que hizo anoche? Pensé que se me iban a caer los dedos de los pies.

—Tenías tres mantas —dijo Dana.

—Y las necesitaba todas —Lucy mordió un trozo de beicon—. Por cierto, ¿adónde fuiste? Me desperté sobre las dos de la mañana y tu cama estaba vacía.

Dana apretó el asa de la tetera.

—No podía dormir. Bajé.

—¿Adónde?

—A la cocina. A por té. Al salón —Dana se encogió de hombros como si nada—. Luego volví a la cama.

—¿Té? —Lucy arqueó una ceja—. ¿Desde cuándo bebes té?

—Desde anoche.

Lucy la escrutó.

—Raro. Pero vale.

Fueron a la mesa. Dana se sentó cerca del extremo, Lucy a su lado. Frente a ellas, Ethan y Jia estaban enfrascados en una conversación sobre las mejores pistas de esquí de la zona. Cheryl estaba sentada en el otro extremo, mirando el móvil con una mano y comiendo yogur con la otra.

Martha y Rachel fueron las últimas en llegar a la mesa. Martha se sentó junto a Cheryl, y Rachel ocupó el asiento justo enfrente de Dana.

Sus ojos volvieron a encontrarse un segundo antes de que Dana bajara la mirada al plato, de pronto consciente de lo expuesta que se sentía. De lo vulnerable. Pero también de lo viva.

—Dios, qué noche —dijo Ethan mientras cogía el sirope—. Pensé que íbamos a morir congelados. ¿A alguien más se le fue la luz en la habitación?

—A todos se nos fue la luz —dijo Jia—. Todo el albergue se quedó a oscuras.

—Ya lo sé. Lo que pregunto es si alguien más se despertó en mitad de la noche pensando: «Ya está. Así es como voy a morir. Congelada en un albergue boutique en medio de la nada».

Lucy se rio.

—¿No te parece que exageras?

—¡Lo digo en serio! Fue aterrador.

—No fue para tanto —dijo Martha—. Un poco de frío, nada grave.

Rachel dio un sorbo al té, lanzando una mirada fugaz a Dana.

—Algunas lo llevamos mejor que otras.

A Dana se le aceleró el pulso. Se obligó a mantener la compostura mientras cortaba la tortita.

—El fuego ayudó.

—Habla por ti —gruñó Ethan—. Yo tuve que dormir con el abrigo puesto.

—Podrías haber bajado —dijo Patricia desde la cocina—. El fuego estuvo encendido toda la noche.

—¿En serio? —preguntó Jia—. Ni siquiera se me ocurrió.

—Yo bajé —dijo Rachel en voz baja, con los ojos fijos en Dana. Su rostro era inexpresivo para los demás, pero a Dana le decía mucho—. Hacía más calor junto al fuego.

Dana la miró fijamente un instante más de lo necesario, luego apartó la vista y pinchó los huevos con el tenedor.

Lucy, ajena a todo, se servía más beicon en el plato.

—Bueno, yo solo me alegro de que haya vuelto la luz. Necesito una ducha caliente y unas doce horas de sueño.

—Ducha primero —aconsejó Dana—. Hueles a vino y pretzels.

—Qué borde eres.

Lucy le dio una patada por debajo de la mesa.

—Eso ha dolido. Me las vas a pagar.

La conversación fue derivando. Planes para el día. El pronóstico del tiempo. Cheryl mencionó el teleférico y Patricia se animó: la montaña estaba abierta de nuevo y las vistas serían increíbles después de la tormenta.

—Si alguien quiere una vista que valga el precio del billete, hoy es el día —dijo Patricia.

—Sí. Sin duda. Contad conmigo —dijo Ethan.

Jia puso los ojos en blanco.

—Solo quieres una excusa para derrochar en la tienda de regalos.

—Exacto —dijo él, sin el menor reparo.

Dana escuchaba, pero parte de su atención seguía fija al otro lado de la mesa: en las manos de Rachel rodeando la taza, en cómo sonreía ante algo que decía Martha, en que volvía a alzar la vista como para comprobar que Dana seguía allí.

Lucy le dio un toque en la rodilla por debajo de la mesa.

—Estás haciendo eso otra vez.

—¿El qué?

—Eso de fingir que escuchas cuando en realidad estás en otro sitio.

Dana dio un sorbo al té para ganar tiempo.

—Estoy aquí.

Lucy no parecía convencida, pero lo dejó estar.

—Vale. Pero vas a subir a ese teleférico aunque te mate. No pienso dejar que te saltes la única actividad que consiste en sentarte y admirar el paisaje.

—Claro —dijo Dana.

Frente a ella, Rachel volvió a sonreír y Dana notó que le devolvía la sonrisa antes de poder pensárselo dos veces.

La cola para el teleférico serpenteaba desde la taquilla hasta la plaza cubierta de nieve, un río de chaquetas de esquí de colores y equipo caro. El aire era fresco, aunque el sol se empeñaba en hacer creer que hacía calor.

—¡Cuatro por cabina! —gritó el encargado, que indicaba a la gente que avanzara con una mano enguantada.

Ethan, Jia, Cheryl y Martha iban delante de ellas. Se metieron en una cabina; Ethan grababa algo para su historia de Instagram

mientras las puertas se cerraban. La góndola se elevó y se alejó hasta convertirse en un punto contra el fondo blanco de la montaña.

Lucy avanzó un paso cuando la siguiente cabina aminoró la marcha.

—Supongo que solo estamos nosotras —dijo.

Dana la siguió, esperando que Patricia o quizá algún desconocido se uniera a ellas para completar la cabina. En cuanto pisó el suelo móvil, Rachel entró justo detrás de ella.

—¿Hay sitio para una más? —preguntó Rachel.

—Claro —dijo Lucy, y se sentó en el banco de cara a la montaña.

Rachel se sentó junto a Lucy, de modo que Dana tuvo un banco para ella sola.

El encargado cerró la puerta de golpe y, con una ligera sacudida, se elevaron.

El ruido de la multitud desapareció, sustituido por el sonido del cable y el silbido del viento contra el cristal. El pueblo de abajo se convirtió en una maqueta de tren. Edificios diminutos, coches de juguete, personas reducidas a motas.

Lucy apoyó la mano en el cristal.

—Vale —dijo—. Odio las alturas, pero hay que reconocer que esto es genial.

—No mires directamente hacia abajo —aconsejó Rachel—. Concéntrate en el horizonte. Así engañas al cerebro y cree que estás en tierra firme.

—¿Eso es consejo legal?

Rachel se rio.

—Consejo de supervivencia. Pero puedo cobrártelo si quieres.

Lucy cambió de tema.

—Entonces —dijo—, te dedicas al derecho medioambiental. ¿Eso no hace que la cena de Acción de Gracias sea incómoda? Dado que tu padre es dueño de la mitad de los árboles del condado.

La sonrisa de Rachel apenas le llegó a los ojos; era un tema que no le apetecía tocar.

—Acción de Gracias siempre es incómodo. Hablamos sobre todo del tiempo. O de fútbol americano. Cualquier cosa con tal de evitar que me paso los días demandando a las empresas con las que él juega al golf.

—Debe de ser agotador —dijo Lucy.

—Tiene sus momentos. Creo que espera que un día me despierte y decida convertirme en una tiburona de las finanzas.

—¿Vas a hacerlo?

—Ni en esta vida.

Dana se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas.

—¿Los echas de menos? ¿Los árboles? Ahora vives en la ciudad.

Rachel se giró para mirarla, sorprendida por la pregunta.

—Echo de menos el silencio. La ciudad es ruidosa incluso cuando duermes. Pero tengo muchas plantas. Mi apartamento parece un invernadero.

—Un peligro de incendio —corrigió Lucy.

—Un santuario —replicó Rachel.

Lucy sacó el móvil. —Necesitamos pruebas de que hicimos esto. Foto de grupo.

Levantó el teléfono. Rachel se acercó y su hombro rozó el de Lucy; Dana se acercó por el otro lado. Sonrieron. Clic.

—Envíamela —dijo Dana.

—Hecho.

El teléfono de Dana vibró en su bolsillo. Lo sacó con la intención de ver la foto, pero vio el nombre de su madre en la pantalla.

—Un momento —dijo, y aceptó la videollamada.

El rostro de Clara Finch llenó la pantalla, demasiado cerca de la cámara, como de costumbre. —¡Dana! ¡Mírate!

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás? Parece que estuvieras en una nube.

—Estamos en una telecabina. Subiendo la montaña —Dana giró el teléfono para mostrar la vista y luego lo volvió hacia Lucy y Rachel —. Saludad.

—¡Hola, señora Finch! —Lucy saludó con la mano.

Rachel saludó con un gesto cortés. —Hola.

—Oh, miraos todas —arrulló Clara—. Dana, se te ve descansada. ¿A que se la ve descansada, Wayne?

El rostro de Wayne Finch apareció sobre el hombro de Clara, con las gafas de lectura puestas, pero con el mismo aspecto rudo de siempre. —Parece que tiene frío. Ponte un gorro.

Dana se rio. —Estoy bien, papá. ¿Te estás portando bien?

—Siempre me porto bien —refunfuñó—. Tu madre me tiene reorganizando el especiero. Al parecer, el comino y el cilantro no pueden ser vecinos.

—Chocan —insistió Clara—. En fin, solo quería verte la cara. Te envié un vídeo de Midge antes. Estaba atacando el árbol de Navidad.

—Aún no lo he visto. Lo veo luego.

—Vale, cariño. Ten cuidado. No te caigas de nada.

—Que no. Te quiero.

—Y yo a ti.

La pantalla se apagó. Dana levantó la vista y vio que Lucy y Rachel la miraban.

—¿Un exsheriff reorganizando especias? —preguntó Rachel.

—No lleva bien la jubilación —dijo Dana—. Necesita proyectos. La semana pasada fue el garaje. Esta semana, la despensa.

Rachel sonrió y el aire de la cabina pareció templarse.

Para cuando llegaron a la cima, la conversación había pasado a los méritos de los árboles de Navidad naturales frente a los artificiales. La cabina se detuvo y salieron al mirador.

El viento era más feroz allí arriba y les azotaba el pelo contra la cara; la vista era un despliegue panorámico de picos blancos y cielo azul que se extendía kilómetros y kilómetros.

—¡Foto! —ordenó Lucy de nuevo, y arrastró a Dana hacia la barandilla.

Se hicieron tres selfis más; en todas salían despeinadas por el viento. Se quedaron allí un rato, contemplando el blanco infinito.

Después, Dana y Lucy se separaron del grupo y encontraron un pequeño bistró en el pueblo, al pie de la montaña, para cenar temprano. Bebieron vino, comieron pasta y hablaron de todo menos del trabajo. Fue como en los viejos tiempos.

Cuando volvieron al albergue, el sol se había puesto y las estrellas lucían en todo su esplendor.

Atravesaron la puerta principal; las botas resonaron contra el felpudo en la casa silenciosa. Los demás probablemente seguían fuera o estaban en sus habitaciones.

—Vale —susurró Lucy mientras se bajaba la cremallera del abrigo—. Jacuzzi. Te doy diez minutos para prepararte. No quiero que nadie más entre antes que nosotras. Vamos a intentar acapararlo.

—Estás obsesionada —le susurró Dana.

—Soy perseverante. Vamos.

Subieron las escaleras corriendo hasta su habitación, se pusieron los bañadores y los albornoces, y salieron hacia el jacuzzi.

Fuera, el aire estaba casi bajo cero. El vapor se elevaba en gruesas columnas fantasmales desde el jacuzzi, teñido de azul por las luces subacuáticas. El agua parecía irresistible y estaban deseando meterse.

Lucy llegó primero, se quitó el albornoz blanco y se deslizó en el agua con un gemido a medio camino entre el dolor y el éxtasis.

—Dios mío —dijo, y se hundió hasta que el agua le lamió la barbilla—. Esto es vida. Ahora vivo aquí. Dile a Mark que no vuelvo a casa.

Dana colgó el albornoz en el gancho y entró tras ella. El calor fue un shock: primero le mordió los dedos de los pies y luego la envolvió como una manta. Se acomodó en el banco frente a Lucy y dejó caer la cabeza hacia atrás contra el borde.

Sobre ellas, el cielo era una vasta oscuridad clara, perforada por estrellas tan brillantes que parecían afiladas.

—Vale —dijo Lucy, ahora con voz más suave—. Hablemos en serio. ¿Cómo estás?

Dana abrió un ojo. —Estoy bien. Ya te lo dije.

—Ya sé lo que me dijiste. Pero se te ve diferente. Como si ya no llevaras el peso de todo el departamento del sheriff en el sujetador.

Dana se rio y movió las piernas suavemente en el agua. —Quizá solo necesitaba unas vacaciones.

—Quizá —Lucy la observó a través del vapor—. O quizá es otra cosa.

Dana pasó de relajada a rígida. ¿Qué quería decir Lucy con eso?

—¿Otra cosa como qué?

—Como soltar lastre. Has estado muy tensa desde el divorcio, Dany. Desde todo lo de Vince. Es agradable verte simplemente existir.

Dana miró las estrellas. —Sienta bien simplemente existir.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Lucy—. Sé que te obligué. Sé que al principio lo odiaste. Pero me alegro de que estés aquí.

—Yo también —admitió Dana. Y lo decía en serio. Si no hubiera venido, estaría sentada en su oficina ahora mismo, revisando informes, sola. No habría conocido a Rachel de esta manera. No habría dicho aquellas palabras en voz alta.

—Por nosotras —dijo Lucy, alzando una copa imaginaria—. Y porque no hay niños pidiendo merienda a gritos.

—Por nosotras.

Se dejaron llevar por el burbujeo de los chorros y el viento entre los pinos. Era perfecto.

Entonces la puerta trasera se abrió de golpe.

—¡Lo sabía! —La voz de Ethan retumbó por el patio—. ¡Se lo están quedando todo para ellas!

—Joder. —Lucy se hundió cada vez más en el agua—. Si lo mato y lo entierro en el bosque, ¿me arrestarías?

—Demasiado oscuro, Lucy. Demasiado oscuro —dijo Dana.

Ethan apareció al borde del jacuzzi con una botella de vino y unos vasos de plástico apilados. Jia venía justo detrás, envuelta en

un mullido albornoz blanco.

—¿Hay sitio para dos más? —preguntó, quitándose ya las zapatillas—. Traemos regalos.

—¿Ese es el Pinot bueno? —preguntó Lucy, asomando la cabeza.

—Es el Pinot mediocre —informó Ethan.

—¿Tiene alcohol?

—Por supuesto.

—Podéis entrar —decidió Lucy.

Se metieron y el nivel del agua subió con un chapoteo. El santuario de tranquilidad se esfumó, engullido por la charla y las risas. Ethan relató cómo casi se mata en una placa de hielo del aparcamiento. Jia se burló de su grito.

Dana aceptó un vaso de vino y se recostó, dejando que el ruido la envolviera. Recorrió con la mirada el patio, la puerta trasera, las ventanas del albergue.

Ni rastro de Rachel.

Se dijo que no importaba. Se dijo que era feliz solo con estar allí, con Lucy y sus nuevos amigos.

Pero en algún momento, entre las risas y el vino, se descubrió pensando en qué habitación estaría Rachel. Si estaría despierta. Si estaría pensando en la noche anterior.

CAPÍTULO 14

DANA ESTABA TUMBADA BOCA ARRIBA en la oscuridad, con la mirada fija en el techo. Lucy dormía en la otra cama, con un brazo sobre los ojos. El jacuzzi la había dejado agotada, pero Dana estaba completamente despierta, y su mente repasaba el día a retazos. El teleférico. La vista. La sonrisa de Rachel.

El teléfono vibró en la mesilla de noche y la sobresaltó un poco.

Alargó la mano para cogerlo y entornó los ojos ante la pantalla. Un mensaje de Jamal.

Jamal [23:42]: Jefa. Reiben otra vez. Dice que el de la quitanieves le bloqueó la entrada. Quiere presentar una queja.

Dana suspiró y respondió.

Dana [23:43]: Dile que hablaré con obras públicas cuando vuelva. Suaviza las cosas.

Jamal [23:44]: Entendido. Le va a encantar esa respuesta.

Dana [23:44]: ¿Algo más?

Jamal [23:44]: No. Todo tranquilo. ¿Qué tal las vacaciones?

Dana [23:45]: Bien

Dejó el teléfono y cerró los ojos, intentando obligarse a dormir. Pero su cuerpo se negaba. Estaba demasiado alerta.

El teléfono volvió a vibrar. ¿Por qué le respondía Jamal? ¿No había sido su respuesta de una sola palabra lo bastante cortante?

Cogió el teléfono, pero no era él.

Número desconocido [23:46]: Hola.

Dana frunció el ceño ante la pantalla y tecleó.

Dana [23:46]: ¿Quién es?

Número desconocido [23:47]: Adivina.

Dana [23:47]: ¿Quién es? ¿Cómo has conseguido mi número?

Aparecieron los tres puntos. Desaparecieron. Volvieron a aparecer. Dana contuvo la respiración.

Número desconocido [23:48]: Tengo mis métodos.

Dana [23:48]: ¿Rachel?

Número desconocido [23:48]: Bingo

Dana se quedó mirando la pantalla mientras el calor le subía a la cara. Se incorporó y se apoyó contra el cabecero.

Dana [23:49]: En serio, ¿cómo has conseguido mi número?

Puntos. Diez segundos. Dana los observó, con el corazón en la garganta.

Número desconocido [23:50]: Patricia guarda una lista de huéspedes con contactos de emergencia. Puede que haya echado un vistazo.

Dana [23:50]: Eso roza lo inquietante.

Número desconocido [23:50]: O lo ingenioso. Depende de cómo lo mires. ¿Qué haces?

A Dana se le escapó una sonrisa.

Dana [23:51]: En la cama. Viendo un vídeo de Midge que me ha mandado mi madre.

Número desconocido [23:52]: ¿Puedo verlo?

Dana [23:52]: Claro.

Dana abrió la galería de fotos, encontró el vídeo y lo envió al número. Observó el pequeño círculo girando mientras el archivo se cargaba, hasta que desapareció.

El teléfono sonó con el número desconocido en la pantalla.

Contestó.

—Hola.

—Hola —la voz de Rachel sonaba tan cerca que parecía hablarle directamente al oído—. No puedo abrirlo. Dice que el archivo está corrupto o algo así.

—Qué raro —Dana frunció el ceño mirando el teléfono.

Entonces, un estruendo fortísimo al otro lado de la línea: cerámica que se hacía añicos contra las baldosas, seguido de un «joder» apagado.

Dana se incorporó más.

—¿Qué ha sido eso? ¿Dónde estás?

—En la cocina —dijo Rachel, distraída.

—¿Haciendo qué?

—Preparando una tabla de embutidos. Bueno, un plato de embutidos. No encontré ninguna tabla.

—¿A estas horas?

—Me muero de hambre. El vino y la tarta de queso no cuentan exactamente como cena.

Dana suspiró.

—¿Y qué has roto, Rachel?

Una pausa.

—El plato.

Dana reprimió una carcajada.

—¿Necesitas ayuda?

—Me encantaría —dijo Rachel, ahora con una sonrisa en la voz —. ¿Traes el teléfono para que pueda ver a Midge?

—Dame dos minutos.

Dana colgó y se quedó mirando la pantalla. Tocó el contacto y lo guardó con una sola letra: **R**.

Se levantó de la cama, se puso los pantalones de chándal y la sudadera, y salió de la habitación con el mayor sigilo posible.

La cocina estaba a oscuras, iluminada solo por el resplandor del frigorífico abierto. Rachel estaba agachada en el suelo, recogiendo fragmentos de cerámica blanca y dejándolos caer en el cuenco de la mano.

—No te muevas —dijo Dana desde la puerta.

Rachel levantó la vista, sobresaltada.

—¿Por qué? ¿Estoy detenida otra vez?

Dana se rio.

—Solo llevas calcetines. ¿Dónde están tus zapatos, señora?

—Arriba. Intentaba no hacer ruido.

Dana cruzó hasta la encimera, encendió la pequeña lámpara colgante sobre el fregadero y cogió el recogedor y el cepillo del armario. Se agachó junto a Rachel y barrió los trozos más pequeños, amontonándolos.

Rachel dejó caer los fragmentos en la basura.

—Qué vergüenza. Soy una adulta perfectamente funcional. Nada torpe. Te lo juro.

—Ajá.

—Que no. Tengo un título en Derecho y todo.

—Y aun así no puedes sujetar un plato.

Rachel soltó una carcajada que resonó en la cocina silenciosa. Dana se sorprendió riéndose también, sin más razón que el hecho de que Rachel se reía y estaban las dos agachadas en el suelo en mitad de la noche, como adolescentes robando comida a escondidas.

Rachel se puso de pie y se sacudió las rodillas.

—Vale. Crisis evitada. Ahora, la comida.

Abrió el frigorífico y empezó a sacar cosas. Un bloque de queso. Uvas. Salami. Un tarro de aceitunas.

Dana encontró una tabla de cortar en uno de los armarios bajo la isla y la puso sobre la encimera.

—Encontré una —dijo.

—Genial.

—Pásame el queso.

Rachel se lo pasó.

—Eres mandona en la cocina.

—Soy mandona en todas partes.

—Ya me he dado cuenta.

Dana cortó el queso y colocó galletas saladas en la tabla mientras Rachel encontraba un tarro de mermelada de higo en el fondo de la despensa y lo alzaba como un trofeo.

Dana lo añadió al surtido.

Cuando terminaron, Dana dio un paso atrás y contempló su obra.

—Tiene muy buena pinta, la verdad.

Rachel sonrió con suficiencia.

—La tiene, ¿verdad? Pero ni se te ocurra preguntar.

—¿Preguntar qué?

—Si puedes comer. Dijiste que no tenías hambre hace literalmente dos minutos.

Dana arqueó una ceja.

—Nunca dije que no tuviera hambre.

—Lo diste a entender.

—¿Cómo?

—Dije que me moría de hambre, que no podía esperar para comer, y me miraste como si estuviera exagerando.

—Estabas exagerando. Y nunca dije que no tuviera hambre.

Rachel puso los ojos en blanco y deslizó la tabla entre las dos.

—Vale. Sírvete.

Dana cogió una galleta con queso y mermelada y le dio un mordisco. Estaba perfecta. Dulce y salada, justo lo que necesitaba sin saberlo.

Rachel se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados, observándola con una sonrisa pícara.

—¿Qué? —preguntó Dana.

—Nada.

—Te estás riendo, así que no digas que no es nada.

—No me estoy riendo.

—Estás a punto de reírte.

Rachel se mordió el labio, pero acabó cediendo.

—Vale, de acuerdo. Pensé que Lucy y tú estabais juntas.

Dana se quedó paralizada a medio masticar.

—¿Qué?

—Siempre estáis juntas. Dormís en la misma habitación. Di por hecho que... No fue hasta anoche, cuando mencionaste que estaba casada y tenía dos hijos, que me di cuenta de que no erais, ya sabes... —Cruzó los dedos índice y corazón imitando unas tijeras.

Dana tragó y notó que se le encendían las mejillas.

—No. Somos amigas desde siempre.

—Ahora lo veo. —Rachel se metió una aceituna en la boca—. Buenas amigas.

—Las mejores.

—Qué suerte tiene ella.

Dana alzó la vista de golpe, pero Rachel ya se había dado la vuelta y estaba cogiendo la tetera.

—¿Has traído a Midge? —preguntó mientras llenaba la tetera de agua.

Dana echó la cabeza hacia atrás.

—No. No he traído a Midge. Pero sí he traído el móvil.

Rachel se rio.

—Ya sabes a qué me refiero. —Puso la tetera en el fuego y giró el mando. La llama prendió—. Voy a hacer té. ¿Quieres?

Dana miró el reloj del microondas. Casi la una de la madrugada. El té le parecía demasiado sensato.

—Creo que quiero vino.

—Rebelde.

Dana fue hasta el botellero junto a la despensa y repasó las etiquetas. Sacó una botella de blanco, algo fresquito, y cogió una copa del armario.

Rachel apagó el fuego y apartó la tetera.

—¿Sabes qué? Yo también tomaré vino.

Dana volvió al armario y sacó otra copa.

—¿Has cambiado de opinión?

—Constantemente.

—Genial. Así no bebo sola.

—Ven —dijo Rachel, cogiendo la tabla de cortar—. Sentémonos junto al fuego.

Dana la siguió hasta la zona de estar, con la botella en una mano y las dos copas en la otra. El fuego se había consumido hasta quedar en brasas que proyectaban una luz cálida por toda la habitación.

Se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Dana sirvió vino en una copa y luego en la otra. Le pasó la segunda a Rachel. Sus dedos se rozaron cuando Rachel la cogió, y Dana sintió el contacto subirle por todo el brazo.

Rachel le sostuvo la mirada un instante más de lo necesario, luego sonrió y dio un sorbo.

—Excelente —dijo Rachel, acomodándose contra el sofá—. Enséñame a Midge.

Dana desbloqueó el teléfono y abrió el vídeo. Se acercó para que Rachel pudiera ver la pantalla.

Midge estaba en modo ataque total, lanzándose contra una tira de espumillón que colgaba del árbol de Navidad. Falló, cayó de lado y se levantó de un salto como si nada.

Rachel se rio.

—Está loca.

—Ahora es problema de mi madre. Solo hoy me ha mandado dos vídeos.

—¿Siempre ataca todo?

—Llevamos cuatro días de asalto. Mi madre ha tenido que subir los adornos a la mitad de arriba del árbol.

—Gatita mala.

Vieron el vídeo dos veces más antes de que Dana bloqueara la pantalla. Dejó el teléfono en la alfombra, a su lado, y cogió una galleta salada.

—¿Puedo ver a tus padres? —preguntó Rachel.

Dana la miró.

—¿A mis padres?

—Si no te importa. Los vi un poco durante la videollamada de antes, pero no pude verlos bien. Tú ya sabes cómo son los míos. Solo tengo curiosidad. No tienes que enseñármelos si no quieres.

—Me parece justo.

Dana cogió el teléfono y fue pasando fotos hasta encontrar una del Día de Acción de Gracias. Sus padres de pie frente a la mesa del comedor, Clara con una fuente en las manos, Wayne fingiendo estar molesto.

Inclinó la pantalla hacia Rachel.

Rachel estudió la foto, con la cabeza tan cerca que Dana percibió el aroma de su champú. ¿Por qué tenía que oler tan bien?

—Te pareces a tu madre —dijo Rachel—. Los mismos ojos.

—Todo el mundo dice eso.

—Es verdad. También tienes su sonrisa. Esa forma de torcerse un poco hacia un lado.

—No sabía que se torcía.

—Pues sí. Me gusta.

Rachel levantó la vista, con los rostros a escasos centímetros, y enseguida volvió a mirar la pantalla.

—¿Crees que te pareces a tus padres? —preguntó Dana.

—A mi padre, sobre todo. La misma mandíbula testaruda.

Rachel dio un sorbo de vino.

—Mi madre es más dulce. Pero heredé su genio.

—¿Tienes mal genio?

—Cuando me provocan.

—Bueno es saberlo.

Dana estudió el rostro de Rachel a la luz del fuego.

—Eres la mezcla perfecta de los dos.

—¿Tú crees?

—Se nota. Lo mejor de cada uno.

Rachel bajó la vista hacia su copa, con una leve sonrisa en los labios.

—Gracias.

Siguieron comiendo mientras el fuego crepitaba suavemente. El vino le calentaba el cuerpo por dentro y de pronto se sintió cansada tras el largo día, aunque deseaba que aquello no terminara nunca. Reprimió un bostezo.

—¿Tienes frío? —preguntó Rachel.

—Un poco.

Rachel alargó el brazo hacia atrás y cogió la manta del respaldo del sofá. La extendió sobre las piernas de ambas y su mano se

demoró un segundo en la rodilla de Dana mientras ajustaba la tela.

Dana siguió sintiendo aquel contacto mucho después de que Rachel apartara la mano.

—¿Mejor? —preguntó Rachel.

—Sí. Gracias.

Dana miró el teléfono. Casi las dos.

—¿Tienes sueño? —preguntó, observando el perfil de Rachel.

—Solo tengo frío —dijo Rachel, subiéndose más la manta—. ¿Por qué? ¿Quieres irte a la cama?

—No —susurró Dana, mirando el fuego. No quería moverse. Quería quedarse allí todo el tiempo que pudiera, sintiéndose así, con alguien que la conocía y la aceptaba tal como era.

—Oye —dijo con seriedad—, me muero por preguntarte algo.

—¿Qué?

—En la cocina la otra mañana. La primera vez que preguntaste por Midge.

—Lo recuerdo.

—Ibas a dar las gracias. ¿Por qué ibas a dar las gracias?

Rachel se quedó callada un momento, con los ojos verdes clavados en el suelo.

—Por no contarle a todo el mundo por qué me arrestaste, aunque sea de dominio público. Lo descubrirán si quieren. Pero no lo pregonaste para hacerme sentir peor de lo que ya me sentía. La verdad, pensé que lo airearías.

—Nunca haría eso.

—Ahora lo sé.

Rachel levantó la vista, con los ojos vidriosos a la luz del fuego.

—No es mi mejor momento. No quiero decir que no soy así cuando es exactamente lo que hice y demuestra exactamente quién soy.

—No creo que eso te defina —dijo Dana con suavidad.

Rachel se sonrojó y agachó la cabeza, todavía avergonzada.

—Todos hacemos cosas en algún momento de las que no estamos orgullosos —añadió Dana.

—Gracias por no dejarme marchar así —dijo Rachel en apenas un susurro—. Estaba tan enfadada que podría haber tenido un accidente.

—¿Te importa si te pregunto qué pasó?

—Creo que a estas alturas ya te lo imaginas.

—¿El querido papá?

Rachel sonrió y soltó una risa breve.

—Estaba empeñada en volver a casa para cantarle las cuarenta. —Cerró las manos en puños alrededor de la manta mientras los recuerdos se reflejaban en sus ojos tristes—. No habría acabado bien para mí. Nunca acaba bien. A veces solo quiero decirle: «vete a la mierda». Pero, claro, no lo haré.

—¿Quieres que se lo diga yo? Porque lo haré.

Rachel sonrió de oreja a oreja.

—¡Sí! Por favor, díselo palabra por palabra.

—Esas cuatro palabras no son difíciles de recordar. No me tientes.

Rachel se rio, con la nariz arrugada, y luego se quedó mirando a Dana con los mismos ojos tristes.

Dana quería acariciarle la cara y decirle que todo estaba bien. Más que nada, quería abrazarla, pero en lugar de eso cogió la copa casi vacía que tenía al lado y dio un sorbo al vino, que ahora le sabía agrio.

Pasaron varios minutos y los ojos de Rachel estaban ya medio cerrados, con la cabeza apoyada en el cojín del sofá. Dana también sintió cómo el sueño tiraba de ella, pero no se movió.

Rachel extendió la mano y rozó con los dedos una miga del borde de la manta, cerca de la cadera de Dana. El contacto fue inocente y casual, pero la piel de Dana ardió bajo la tela del pantalón de chándal. Quería tocarle la mano, sentir su piel.

—Ahora vuelvo —dijo Rachel de repente mientras apartaba la manta de las piernas.

Dana se incorporó al mismo tiempo que ella.

—¿Adónde vas?

—Necesito hacer pis —respondió Rachel, y se sacudió las migas del pantalón de chándal gris—. ¿Puedo?

Dana sonrió, algo avergonzada de mostrarse tan necesitada.

—Claro.

—No te muevas de aquí.

—No me moveré. Te lo prometo.

Rachel desapareció por el pasillo.

Dana apoyó la cabeza en el sofá y se quedó mirando el fuego. Luego se deslizó hasta la alfombra y se tumbó de lado, de cara a donde se había ido Rachel. La manta se le enredó en las piernas y le calentó los pies. Dobló un brazo bajo la cabeza y cerró los ojos. Solo un segundo. Solo hasta que Rachel volviera.

El calor del fuego, el vino, el silencio. Su respiración se fue calmando. Aquello era la gloria.

—Eh.

Dana abrió los ojos. Rachel había vuelto y estaba de pie junto a ella, recortada contra la luz mortecina del fuego.

En su estado de casi euforia, Dana estuvo a punto de alargar la mano para atraerla hacia sí, como si siempre hubieran sido así, aferradas la una a la otra no solo emocionalmente, sino también físicamente.

—Hola —dijo Dana con la voz pastosa de sueño.

Rachel se tumbó a su lado, en la misma posición, de modo que quedaron cara a cara. Subió la manta y la arropó tapándole el hombro a Dana.

Se quedaron así, simplemente mirándose, libres de contemplarse como si quisieran grabarse mutuamente en la memoria.

A Dana volvieron a pesarle los párpados.

—Dormilona —susurró Rachel con tono burlón.

—No estoy dormida.

—Estás a punto.

—Puede.

Rachel extendió la mano despacio y le apartó el pelo de la frente. Con el pulgar le recorrió la pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda, y a Dana le bajó un escalofrío por la espalda. El corazón le galopaba, la respiración se le atascó.

—¿De dónde te salió? —preguntó Rachel.

Dana tardó unos segundos en responder, consciente de que respiraba demasiado fuerte por culpa de aquel contacto.

—Persiguiendo a un ladrón.

—¿Lo pillaste?

—Sí.

—Cómo no —dijo Rachel, y siguió acariciando la cicatriz mientras a Dana le latía el pulso en la garganta.

Rachel ya no tocaba la cicatriz: la acariciaba. Se inclinó y posó los labios suavemente sobre ella.

Dana cerró los ojos e intentó quedarse quieta. Pero no pudo evitar acercarse más a Rachel ni que su mano le buscara la mandíbula mientras ella le besaba la frente con los labios entreabiertos, lo justo para que Dana sintiera la punta de la lengua contra la piel.

Dana se acercó más aún, hasta que no quedó espacio entre ellas.

Rachel bajó un poco más y le rozó el puente de la nariz con los labios. Cuando Dana volvió a abrir los ojos, se encontró directamente con los de Rachel, apenas entornados. Le apartó el pelo de la cara con dedos temblorosos. Le recorrió el contorno de los labios rosados, que estaban tan cerca de los suyos que no supo en qué momento se encontraron; solo sintió la boca suave, cálida y trémula de Rachel contra la suya. Oyó el leve gemido cuando sus labios se abrieron para encajar a la perfección y fundirse en un beso tan dulce y tan bueno que dolía.

Dana se dejó llevar. Se dejó caer en la lujuria mientras la lengua de Rachel trazaba círculos sensuales alrededor de la suya, y al instante el clítoris empezó a palpitarle y los pezones se le

endurecieron. Gimió y le devolvió el beso, le chupó la lengua, y el pensamiento obsceno de chuparle el coño le invadió de golpe la mente pervertida. Hacía años que no tocaba a nadie ni nadie la tocaba a ella. Prácticamente había olvidado lo que era aquello. El calor y el hambre. La humedad entre las piernas. Se había negado a acercarse a nadie, lo cual siempre le había resultado fácil porque nunca se había enamorado. Ahora, Rachel la dejaba desesperadamente indefensa. No había defensa posible contra aquella lengua deslizándose contra la suya.

Dana se inclinó hacia ella y le agarró el pelo con el puño, atrayéndola todo lo posible mientras los besos se convertían en pura necesidad y deseo en carne viva.

Rachel la agarró de la cintura y la atrajo contra su cuerpo. Despacio, le pasó una pierna por encima y empezaron a moverse juntas en un vaivén lento y obsceno que hizo jadear a Dana contra su boca. Cada roce de caderas acumulaba más presión y la acercaba más al paraíso.

La mano de Rachel se deslizó desde la cintura de Dana; sus dedos trazaron un camino agonizante por la curva de su cadera hasta engancharse en la cinturilla. A Dana se le quebró la respiración y tembló de deseo al sentir esos dedos descender más y más hacia el origen de su anhelo. Sabía que en cuanto Rachel la encontrara, húmeda y ardiente, se correría al instante. Estaba tan desesperada por sentirla que podría correrse incluso antes de que sus dedos llegaran. Metió la lengua en la boca de Rachel, la agitó, la chupó. Sabía tan bien que Dana quería comérsela.

Joder. Sabía que se correría antes de que Rachel la alcanzara. Lo sentía acercarse con cada movimiento que hacía mientras Rachel tiraba de su ropa interior y le provocaba fricción en el clítoris.

Pero cuando Rachel bajó más, un crujido atravesó el silencio y todo el cuerpo de Dana se paralizó. El terror se encendió ante la idea de que las pillaran así.

Se liberó de los hambrientos besos de Rachel y le agarró la muñeca. Alzó la vista con ojos de águila que escudriñaban el entorno.

¿Había sido una pisada?

—¿Qué pasa? —preguntó Rachel, sin aliento.

—He oído algo —dijo Dana—. ¿Tú no has oído nada?

Rachel se apoyó en los codos y miró hacia atrás. No había nada ni nadie, ni se oía ningún sonido. Se volvió hacia Dana y le sostuvo el rostro entre las manos.

—Cariño, tranquila.

Dana gimió y cerró los ojos al oír a Rachel llamarla cariño con ese tono sensual.

—No es nada —dijo Rachel, y apoyó la frente contra la de Dana y la besó, empezando con la lengua.

Era difícil resistirse. La respiración de Dana se aceleró de nuevo mientras sus bocas se fundían la una en la otra; las lenguas pesadas se arrastraban, lamían y saboreaban con ternura. Sin embargo, en el fondo de su mente, Dana sabía lo que había oído. Podía ser cualquiera. Dios, podía ser Lucy, a quien le daría asco verla así, en ese estado lujurioso con otra mujer, con la pierna de Rachel encima y bajándole los pantalones y la ropa interior. Dana la deseaba tanto que se estremeció. Quería sentir sus caricias tiernas. Ya sentía que se volvía loca, que perdía la consciencia ante la pasión.

Pero sus pensamientos se interpusieron. Abrió los ojos y no dejó que Rachel fuera más lejos. No podía. Se apartó con suavidad y le retiró la mano de los pantalones deportivos, pero mantuvo la frente contra la de ella, mirándola a los ojos verdes y adormilados.

—No puedo —gimió Dana con una voz que parecía salir de lo más profundo de su ser.

—¿Por qué no? —preguntó Rachel, e hizo ademán de volver a tocarla.

—No lo hagas.

Sus ojos se desviaron hacia los labios de Rachel. Todavía quería besarla, quedarse allí en sus brazos. Quería amarla y dejar que le hiciera lo que quisiera. Por mucho que le doliera, soltó a Rachel y al instante se sintió sola y vacía.

Alterada, con el corazón desbocado y la excitación todavía incómodamente pegajosa en la ropa interior, buscó el teléfono debajo de la manta, pero lo encontró cerca del sofá. Se quedó sentada medio minuto mirando la pantalla en blanco. No quería dejarla, pero sabía que debía hacerlo. Cuando volvió a mirar a Rachel, un escalofrío repentino y una sensación de malestar le subieron a la garganta al ver las lágrimas en sus ojos.

Joder, la había herido, y herirla era lo último que quería. Si se quedaba allí sentada un momento más, se disculparía, volvería a arrastrarse a sus brazos y ya lidiaría con las consecuencias después. Así que apartó los ojos de Rachel, se levantó y se fue.

CAPÍTULO 15

DANA SE DESPERTÓ con la luz gris que se colaba por las cortinas y el sonido de Lucy al moverse en la cama del otro lado de la habitación. Abrió los ojos pero no se movió, las extremidades pesadas, la mirada fija en el techo mientras su mente repasaba la noche anterior con brutal detalle.

El fuego. El vino. La boca de Rachel sobre la suya, con ese sabor a algo que Dana conocía pero nunca había probado. Cómo Rachel la llamó cariño e intentó tocarla. El sonido, real o imaginado, que las separó. Cómo la dejó allí en el suelo, magullada y casi llorando. No debería haber hecho eso.

Cobarde.

Sonó la alarma de Lucy.

Dana oyó cómo tanteaba el teléfono, el gemido, el crujido de las mantas al apartarlas. Mantuvo los ojos cerrados, con la respiración lenta y acompasada, fingiendo dormir.

Lucy se movió por la habitación en silencio, probablemente intentando no despertarla, mientras Dana seguía los sonidos con los ojos cerrados. El cajón de la cómoda al abrirse. La puerta del baño al cerrarse. El agua al correr. El clic de la puerta cuando Lucy se fue.

Dana esperó otros dos minutos para asegurarse, luego se incorporó y se frotó la cara con ambas manos antes de coger su ropa de correr.

Se cambió sin hacer ruido, se recogió el pelo y salió sin que nadie la viera.

El aire fue implacable desde la primera bocanada. La nieve lo cubría todo y sumía el mundo en silencio. Dana trotó en el sitio en el porche para entrar en calor, luego echó a correr por el camino de entrada a un ritmo que sabía demasiado rápido, insostenible.

Pie izquierdo. Pie derecho. Repetir.

Las piernas le ardieron en el primer kilómetro y medio. La respiración se le volvió áspera e irregular mientras se esforzaba más, más rápido, tratando de dejar atrás lo que no podía nombrar.

El albergue desapareció detrás de los árboles y se negó a mirar atrás.

La mente le daba vueltas como un buitre picoteando los restos. Rachel. Rachel. Rachel.

Y luego el pánico. El terror profundo de que alguien las hubiera visto. Cómo se había acobardado y había dejado a Rachel en el suelo. Sola. Herida. Rechazada.

Soy una cobarde. La besé y salí corriendo como una puta cobarde.

Dana pisó una placa de hielo y tropezó; se agarró al tronco de un árbol. La corteza se le clavó en la palma. Se quedó allí doblada, jadeando, mientras el sudor o las lágrimas le nublaban la visión.

El teléfono le vibró en el bolsillo, pero lo ignoró.

Se enderezó, se limpió la humedad de la cara y siguió corriendo.

Quisiera o no, el sendero acababa volviendo hacia el albergue. Para cuando el edificio apareció a la vista, le temblaban las piernas y los pulmones le gritaban en protesta. Aminoró el paso hasta caminar, luego se detuvo del todo en el borde del claro.

Dentro, la gente estaba despierta. Veía movimiento a través de las ventanas. Desayuno. Café. Normalidad.

Y en algún lugar ahí dentro, Rachel.

Dana se quedó plantada en la nieve con las manos en las caderas, mirando el albergue como un campo de batalla que tenía que cruzar. El teléfono le vibró de nuevo, así que lo sacó.

Lucy [8:47]: ¿Dónde estás? He hecho café.

Dana se quedó con los dedos suspendidos sobre el teclado. No escribió nada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Aún no podía entrar. No podía enfrentarse a ninguna de ellas. No podía enfrentarse a *ella* después de lo que había hecho.

Pero el frío ya le atravesaba las capas y las piernas se le estaban entumeciendo. No tenía otra opción.

Respiró hondo, vio cómo el aliento empañaba el aire frente a ella y caminó hacia la puerta.

El vestíbulo estaba vacío cuando Dana entró. Se quitó los zapatos cubiertos de nieve y se despojó de la ropa exterior húmeda para colgarla en los ganchos de la pared. Tenía los dedos rígidos por el frío, torpes al forcejear con la cremallera de la chaqueta.

Voces, risas y el tintineo de platos llegaban desde la cocina.

Dana se armó de valor y entró.

Lucy estaba junto a la encimera, vertía café en una taza y el vapor subía en espirales perezosas. ¿Fue ella quien las pilló anoche?

En la mesa de la cocina, Martha estaba sentada con las piernas cruzadas, absorta en el teléfono. Frente a ella, Rachel sostenía una taza, el pelo rojo suelto sobre los hombros.

A Dana se le encogió el estómago.

Lucy levantó la vista primero.

—Ahí estás. Te estuve buscando por todas partes.

—¿Ah, sí? —Dana fue hasta la nevera sin mirar a nadie a los ojos —. Salí a correr temprano.

Abrió la puerta y cogió lo primero que vio: una botella de zumo de naranja.

—Podrías haberme avisado —dijo Lucy—. Habría ido contigo.

—Fue cosa del momento —Dana desenroscó el tapón de la botella. Le temblaban ligeramente las manos y las obligó a estarse quietas—. No podía dormir.

—Debió de ser larga —dijo Martha sin levantar la vista del teléfono—. Has estado fuera horas.

—Supongo que sí —Dana se llevó la botella a los labios y bebió; se obligó a tragar el zumo demasiado frío, demasiado dulce.

Rachel se removió en la silla y Dana sintió su mirada antes de verla, como un tirón en la mejilla.

Dana mantuvo los ojos fijos en la etiqueta del zumo de naranja, leyó los ingredientes como si importaran, luego volvió a enroscar el tapón y metió la botella en la nevera sin mirar a Rachel. No podía. Si la miraba, vería el dolor de anoche, y no quería enfrentarse a esa culpa.

Lucy cogió otra taza del armario.

—¿Quieres café? Acabo de hacer una cafetera.

—No, estoy bien.

—¿Segura? Parece que tienes frío —dijo Lucy.

—Tengo un frío de cojones —Dana se rio—. Necesito entrar en calor en la ducha ya mismo —cerró la nevera y se apoyó contra ella, intentando recomponerse.

Lucy echó leche en el café mientras miraba a Dana con leve preocupación.

—¿Estás bien? Pareces un poco rara.

—¿Rara? No, solo cansada —Dana cogió un paño de cocina de la encimera y se secó las manos aunque las tenía secas.

—Vale —dijo Lucy, aunque no parecía del todo convencida—. Bueno, el desayuno está en veinte minutos si tienes hambre.

Dana asintió y salió al pasillo, negándose a mirar atrás aunque sabía que Rachel la observaba. Entró en su habitación y cerró la puerta. Se apoyó contra ella, los ojos bien cerrados. —¡Joder!

Se dio una ducha larga y se quedó en su habitación el resto del día. Pasó de la cama a la silla del escritorio y vuelta, durmió como una hora y luego se tragó varios episodios de *Alone* en el portátil. Vio dos vídeos de Midge que le había mandado su madre sin contestar a ninguno.

La habitación se hacía más pequeña con cada hora que pasaba.

Cuando la puerta se abrió sin avisar, ni se inmutó.

Lucy estaba en el umbral. —Te has saltado el almuerzo.

Dana clavó la mirada en la pantalla del portátil. —No tenía hambre.

—Y te vas a perder la cena también si sigues así. —Lucy se acercó y cerró el portátil de golpe.

—Eh, lo estaba usando.

—¿Qué está pasando?

—Nada.

—No me vengas con esas.

—Solo necesitaba un respiro. Ya sabes cómo me pongo.

Lucy la miró con escepticismo y se sentó en el borde de la cama. —¿Ha sido mala idea este viaje? ¿Habrías preferido algo más... aislado?

Dana soltó una risa a pesar de lo fatal que se sentía.

—Sabía que era una mala idea.

—No pienses eso. Esto es genial de verdad. Y no es que intente mostrarme agradecida porque te hayas molestado en organizar todo esto. De verdad que estoy disfrutando del albergue y de todo lo que hacemos. Lo necesitaba —dijo con sinceridad, y pensó en contárselo todo a Lucy. Que había besado a Rachel y le había encantado de una forma que jamás había sentido con su marido ni con nadie. Que ella había sido la razón de que rompieran. Guardarse aquello dentro la hacía sentir que iba a vomitar en cualquier momento. ¿Y si se lo contaba y Lucy era tan comprensiva como Rachel? ¿Y si era todo lo contrario? La mataría que Lucy y ella dejaran de ser amigas. Las dos venían de un sitio donde no se aceptaba nada que se saliera de los valores cristianos tradicionales. Lucy venía de una familia conservadora, se había criado en la iglesia, tenía principios y valores muy estrictos. Contarle que era otra persona acabaría con su amistad. Y con su carrera, seguro. El padre de Rachel la destruiría chasqueando los dedos. Todo el mundo la miraría con otros ojos, y no precisamente buenos.

—¿Echas de menos tu casa? ¿A Midge? ¿A tus padres? ¿Es eso?

Dana asintió, agarrándose a la mentira. —Sí, un poco. —Contuvo las lágrimas que amenazaban con debilitarla aún más.

El rostro de Lucy se suavizó con compasión. —Lo entiendo. Pero esconderte aquí arriba no te ayuda. Antes lo estabas pasando genial. Quiero que vuelva esa versión de ti.

—Lo estoy intentando, Luce.

—Pues baja conmigo. Están todos ahí fuera viendo las estrellas y voy a ser la única sentada sola. Venga, hay vino y whisky.

Dana reprimió una sonrisa.

—Hay mantas, chocolate caliente si quieres, aunque sé que no quieres ni de coña chocolate caliente.

Dana se rio. —Puede que sí.

—Será tranquilo. Sin presiones. —Lucy hizo una pausa, observando la reacción de Dana—. Sal un ratito. Que te dé el aire.

Dana vaciló. Solo pensar en volver a ver a Rachel le revolvía el estómago. Pero quedarse en aquella habitación un minuto más iba a asfixiarla.

—Y mañana —añadió Lucy, inclinándose hacia delante— haremos algo. Solo nosotras dos. Spa, compras en el pueblo, lo que quieras. Nada de planes en grupo. Te lo prometo.

El alivio la inundó tan rápido que se desplomó en la silla. Un día entero sin tener que esquivar a Rachel. Sin tener que fingir que lo de anoche no había pasado, lo cual, pensándolo bien, debería ser relativamente fácil. Total, volverían a sus vidas. Dana, sheriff. Rachel, Conroy. Dos mundos completamente distintos. Rachel seguramente ya se había olvidado de todo. Solo había sido un beso. Uno que casi le hace explotar el clítoris, pero un beso al fin y al cabo.

—Vale —aceptó Dana.

—¿Vale? —Lucy se animó, no esperaba que Dana cediera tan fácilmente.

—Sí. De hecho, no tienes ni idea de lo bien que suena un día de spa.

—Lo sé. —Lucy sonrió—. ¿Entonces bajas conmigo?

Dana suspiró. —Bajo contigo.

Lucy se levantó y cogió la chaqueta de Dana del respaldo de la silla. Se la lanzó. —Bien. Abrígate. Hace frío fuera. Y las estrellas están... —Lucy hizo una reverencia y un gesto de chef besándose los dedos.

Dana la atrapó y se la quedó mirando en el regazo. —¿Lucy?

—¿Sí?

—Gracias. Por no rendirte conmigo.

Lucy se detuvo en la puerta. —Soy tu mejor amiga, Dany. Es literalmente mi trabajo. —Sonrió y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Dana se quedó allí sentada, mirando la chaqueta que tenía en las manos. Se levantó y se la puso, subiéndose la cremallera despacio. Respiró hondo, abrió la puerta y bajó tras Lucy.

El grupo estaba en el jardín trasero, donde habían dispuesto mantas y sillas Adirondack en un amplio círculo. En el centro crepitaba un fuego bajo, y en una mesa auxiliar descansaban varias botellas de vino y una licorera de whisky junto a tres copas boca abajo.

—¿No habías dicho que habría chocolate caliente, Luce? —dijo Dana.

—Eso pensé. Pero ¿no es esto mucho mejor?

—Sin duda —dijo Dana mientras echaba un vistazo rápido al jardín.

Cheryl estaba tumbada en una manta, señalando las constelaciones. Jia y Ethan estaban sentados en sillas separadas, guardando las distancias, quizás por otra de sus peleas. Los ojos de Dana se encontraron con los de Martha, que estaba sentada sola en una manta en el extremo más alejado del círculo, envuelta en un abrigo grueso, con una copa de vino tinto casi vacía en la mano. Martha sonrió y levantó la copa hacia ella. Dana le devolvió el gesto, pero solo podía pensar en dónde estaba Rachel. Quizás había ido al baño. Dana empezó a derretirse solo de pensar en volver a verla. El sabor de sus besos y cómo la hacía sentir la recorrieron como un sofoco.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Lucy.

—Voy a tomar lo mismo que tú.

—¿Estás segura de que puedes con lo que yo voy a tomar? Porque puede que necesite que me lleves en brazos escaleras arriba cuando acabe.

Dana soltó una carcajada tan fuerte que todos se volvieron a mirarlas.

—Eh, habéis venido —canturreó Cheryl, dirigiéndose más a Martha que a Dana.

—Pues claro.

¿A quién pretendía engañar Lucy cuando dijo que sería la única sentada sola si Dana no venía? Jamás se quedaría sola estando rodeada de gente. Era el alma de la fiesta; la gente se sentía atraída por su espíritu libre y su forma de disfrutar de la vida como las hormigas por un terrón de azúcar. Y antes de que acabara la noche, había cumplido su misión de emborracharse, bebiendo tanto whisky como solía beber cuando no estaba casada y los hijos ni se contemplaban. Dana disfrutó cada segundo y no le importó tener que pedir ayuda a Martha, que tampoco sirvió de mucha ayuda porque estaba casi tan borracha como Lucy, para subirla por las escaleras.

—Chicas, estoy bien aquí, confiad en mí —refunfuñó Lucy a mitad de las escaleras, con la lengua trabada—. Puedo dormir aquí mismo. Chicas, lo digo en serio.

Dana y Martha se rieron entre dientes, cargando cada una con un pesado brazo de Lucy sobre los hombros mientras la arrastraban escaleras arriba.

—Ya casi llegamos, cariño —le aseguró Dana.

—No me dan más las piernas —se quejó Lucy.

—Solo unos escalones más —dijo Dana mientras Martha se reía.

—Unos pocos escalones más me parecen una eternidad.

Cuando llegaron a la puerta y Dana soltó a Lucy para abrirla, Martha casi se cae con todo el peso de Lucy encima.

—Bien hecho por no soltarla —la felicitó Dana.

—Pesa como un saco de arena —Martha recolocó el brazo de Lucy alrededor de su hombro.

—Qué poco apetecible. ¿Tengo que ayudarte a llegar a tu habitación también? —preguntó Dana mientras abría la puerta.

—No digas tonterías.

Entraron tambaleándose en la habitación a oscuras; Martha casi tira una lámpara de escritorio y soltó una carcajada.

—¿Cuál es su cama?

—La que está junto a la ventana.

Llegaron a la cama y Lucy se desplomó sobre ella como un peso muerto, rebotando en el colchón.

Dana casi se cae encima de ella y se rio, un poco sin aliento después del trajín.

—Pensaba que era más fuerte —le dijo a Martha.

Se incorporó y Lucy ya estaba roncando suavemente.

—¿En serio, Luce? —le dijo a una Lucy inconsciente.

—Al menos está disfrutando de lo lindo de estas vacaciones —dijo Martha mientras se dirigía hacia la puerta, con cuidado de no chocar con la mesa otra vez.

—¿Tú no?

—Yo sí.

—No ha tenido unas en años, así que está justificado.

Martha sonrió y salió por la puerta.

—Oye, Martha.

—¿Sí? —se dio la vuelta y miró a Dana desde el umbral.

—Eh... —Dana intentó esbozar una sonrisa, pero estaba nerviosa; se le secó la boca y el corazón se le aceleró. Por mucho que hubiera intentado no pensar en ella ni en dónde estaba, en si se había ido para siempre y en por qué no había respondido a los dos mensajes que Dana le había enviado a lo largo de la noche, simplemente no podía quitárselo de la cabeza. Sin Rachel, sentía que le faltaba algo. Se tragó el orgullo y dejó que la desesperación

pudiera con ella. Echó un vistazo a Lucy para asegurarse de que no estaba despierta y pudiera oírla.

—¿Qué pasa, sheriff?

—¿Has visto a Rachel? —le salió en un susurro apremiante.

La sonrisa de Martha se desvaneció lentamente y luego reapareció, esta vez traviesa.

—No, es solo que yo... —Dana quería darse de bofetadas por tartamudear como un cortacésped que se niega a arrancar—. No la vi por ahí, así que solo quería saber, eh... —se miró las manos mientras jugueteaba con los dedos— si está bien.

Sonaba preocupada y demasiado pendiente del bienestar de Rachel. Ahora sí que quería darse de bofetadas.

—Sí —dijo Martha—. No la he visto desde el desayuno, pero seguro que está bien esté donde esté. Ya es mayorcita.

—Cierto —murmuró Dana. No se atrevió a preguntar si iba a volver—. Vale.

—Vale. Buenas noches —Martha se dio la vuelta y bajó las escaleras.

—Buenas noches.

CAPÍTULO 16

DANA ESTABA TUMBADA EN LA CAMA aquella noche, mirando al techo, sin poder dormir.

Cogió el móvil de la mesita de noche; la pantalla brillaba demasiado en la oscuridad. Se quedó mirando el contacto de Rachel hasta que por fin lo abrió y escribió.

Dana [22:18]: Hola de nuevo. No pretendo acosarte. Solo quería saber si estás bien.

Pulsó enviar y vio cómo el mensaje aparecía en el hilo, debajo de los dos que había mandado mientras miraban las estrellas. Los dos entregados. Los dos sin respuesta.

Un segundo después, la pantalla mostró **Leído 22:19.**

Dana contuvo la respiración. Esperó, pendiente de los tres puntos que podrían aparecer. Esperanzada.

Nada.

Se dejó el móvil sobre el pecho y cerró los ojos, pero los abrió casi de inmediato.

Sin pensarlo, sin saber qué iba a decir, llamó.

Sonó una vez. Dos. Tres.

Sin respuesta.

Se apartó el móvil de la oreja y se quedó mirándolo. Podía volver a llamar. ¿Debería? No. Ya estaba siendo demasiado obsesiva.

Dejó el móvil a un lado y se apretó los ojos con las palmas de las manos.

Pasaron cinco minutos. Diez.

Lucy se dio la vuelta en la cama, murmurando algo ininteligible, todavía sumida en un sueño profundo.

Dana no podía seguir tumbada en aquella habitación mientras sus pensamientos la devoraban viva.

Se levantó de la cama con cuidado, se puso la chaqueta encima de la sudadera y fue de puntillas hasta la puerta. Echó un último vistazo a Lucy antes de salir al pasillo y cerrar.

Abajo, el albergue parecía desierto. En el salón brillaba una lámpara que alguien había olvidado apagar. Dana se acercó a la ventana principal y miró hacia la entrada.

Vacía.

El coche de Rachel seguía sin estar.

Se apartó de la ventana y se quedó allí plantada, sin saber qué hacer. Subir de nuevo le parecía imposible. Quedarse allí era aún peor, así que cogió una manta del sofá, abrió la puerta y salió al porche.

El frío le mordió la piel y le hizo lagrimear los ojos. Se echó la manta sobre los hombros y se sentó en el escalón de arriba, con las rodillas recogidas.

La noche le devolvió la mirada. El viento soplaba entre los árboles. A lo lejos, la nieve se arremolinaba.

Dana se quedó allí sentada, esperando.

No sabía si Rachel volvería esa noche. O nunca. Pero estar allí sentada era mejor que quedarse tumbada en la cama sin hacer nada. Al menos allí fuera podía ver la entrada y estar pendiente de los faros.

Primero se le entumecieron los dedos de las manos, luego los de los pies. Se metió las manos bajo los brazos y mantuvo la mirada al frente.

Los minutos se arrastraban. Cuántos, no sabría decirlo.

Entonces, por fin, unos faros rasgaron la oscuridad.

Dana se irguió y contuvo el aliento mientras el coche aminoraba la marcha y giraba hacia la entrada.

El BMW plateado de Rachel.

Algo se aflojó en su interior, algo que había estado demasiado tenso todo el día. Rachel estaba allí. Había vuelto.

Dana se levantó y dejó que la manta cayera sobre el escalón, a su espalda.

El coche se detuvo y el motor se apagó. La puerta del conductor se abrió y Rachel bajó; su pelo rojo brillaba bajo la luz del porche.

Con una mano aún en la puerta del coche, se quedó quieta al ver a Dana.

Se miraron fijamente, inmóviles.

Entonces Rachel cerró la puerta y echó a andar hacia la casa; sus botas crujían sobre la grava helada. Se quitó los guantes con los dientes, primero una mano, luego la otra. Aminoró el paso al pie de los escalones del porche, se guardó los guantes en el bolsillo del abrigo y siguió subiendo.

—Hola —dijo Dana, nerviosa, cuando Rachel llegó a su altura.

Rachel carraspeó a modo de respuesta y pasó de largo, ignorándola.

—Rachel, ¿puedes esperar, por favor?

Rachel se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres, Dana?

—Intenté mandarte mensajes y llamarte.

—Ya, estaba ocupada.

Dana la miró a los ojos, a la nariz, a los labios, y otra vez a los ojos.

—Pensé que te habías ido.

Rachel le sostuvo la mirada, con el ceño fruncido.

—Pues no.

Dana asintió.

—Bien.

—Me estoy helando y estoy agotada. ¿Qué coño quieres?

—Vaya. Estás cabreada. Lo pillo.

—Ve al grano, Finch. Que hayas dejado de ignorarme no significa que tenga que quedarme aquí escuchándote.

—Ya sé que no.

—¿Qué. Es. Lo. Que. Quieres?

Había tantas cosas que Dana quería que no sabía por dónde empezar.

—Quiero pedirte perdón por lo de anoche.

—Ya me ha quedado claro. No tienes por qué disculparte.

—Pero quiero hacerlo. Rachel, lo siento.

Los ojos de Rachel se empañaron de pronto y a Dana le ardían las manos por tocarla.

—Lo siento muchísimo. Nunca quise...

—Creo que las dos estábamos un poco, no sé, idas. Y dejamos que las cosas llegaran demasiado lejos cuando no deberían haberlo hecho. Eso es todo.

Dana negó con la cabeza.

—Eso no es todo. Y creo que lo sabes.

—No tenemos por qué hacer esto. No tenemos por qué hablarnos —dijo Rachel.

Dana se acercó más a ella, con el corazón dolorido y los huesos entumecidos por el ambiente gélido. —Eso no es lo que quiero —dijo en voz baja.

—¿Entonces qué quieres? ¿Que seamos así cuando no hay nadie? ¿Y después ignorarme?

—No —dijo Dana, sintiendo el escozor de las palabras de Rachel.

—Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntas, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Dana.

—Cuando estamos juntas, eres tan diferente conmigo. Me tratas simplemente como a mí. —Los ojos de Rachel brillaron—. Pero cuando no estamos a solas, actúas como si no me vieras. Como si te diera vergüenza.

Dana se secó las lágrimas antes de que cayeran. —No me avergüenzo —dijo, con los labios temblorosos y los ojos enrojecidos.

—Pero sí te avergüenzas.

—No me avergüenzo —negó Dana—. Me gustas demasiado. Y no puedo dejar de pensar en ti. —Dana sintió que le fallaban las piernas —. Es lo único que hago. Pensar en ti.

Rachel parpadeó despacio. —Tú también me gustas demasiado. —Puso los ojos en blanco un instante.

Dana sonrió.

—Pasó muy rápido.

—Sí.

—Y me asusta. Por eso no puedo hacer esto.

—¿Hacer qué? —preguntó Dana, de pie frente a ella, con los rostros tan cerca que sus alientos se mezclaban.

—Sé que no has salido del armario, y...

—Eso no tiene nada que ver —la interrumpió Dana, pero Rachel la ignoró.

—Sé que aún no has salido del armario y sería injusto por mi parte pedirte que hagas cosas con las que no te sientes cómoda o que seas alguien que no puedes ser.

—¿No acabas de oír lo que te dije? —replicó Dana, frunciendo el ceño—. Esto no tiene nada que ver con que no haya salido del armario.

—¿No?

—No, no tiene nada que ver. —Dana dio un paso más hacia ella.

—Lo que te digo es que no voy a ser tu secretito sucio, Dana. No puedo. No quiero que me hagan daño.

Dana volvió a secarse los ojos, sin darse cuenta de cuánto le dolía también a ella estar haciéndole daño a Rachel.

—No te haré daño. Y no eres eso. Te lo prometo, no lo eres.

—¿Entonces qué soy? —Rachel escrutó los ojos de Dana.

—Eres la que me hace querer dejar de esconderme. Y de mentir.

Una lágrima cayó del ojo derecho de Rachel y se la secó con el dorso de la mano. —No me eches esa mierda encima. —Se dio la vuelta, de espaldas a Dana, con la mano en el pomo de la puerta.

Dana se pegó a la espalda de Rachel, hundiendo el rostro en su largo cabello fragante. —Dime que te deje en paz y lo haré. Te dejaré en paz. Ni siquiera te miraré —dijo—. Dejaré de mirarte fijamente. Y dejaré de pensar en ti. No pensaré en besarte. —Le rodeó la pequeña cintura con los brazos, atrayéndola hacia sí—. No pensaré en chuparte entera. —Al oír eso, sintió que Rachel se estremecía—. O puedes quitar la mano del pomo y te prometo aquí y ahora que no te haré daño —le susurró al oído.

Rachel dejó caer la frente contra la puerta con un golpe sordo. Luego apoyó la cabeza en el pecho de Dana.

—Dios —jadeó, rindiéndose. Su mano resbaló del pomo. Se dio la vuelta y al instante se encontró con los labios ardientes y desesperados de Dana.

Dana le sujetó la nuca con la mano derecha y la atrajo con la izquierda, las bocas abiertas mientras se devoraban sin prisa. Ya no había vacilación ni pánico, solo la boca de Rachel y la sensación de que todo lo que había estado conteniendo por fin se liberaba.

Las manos de Rachel subieron para enmarcarle el rostro y Dana la besó con más fuerza, deslizando la mano de su cintura a sus pechos para amasarlos.

Le rozó la lengua con la suya y Rachel gimió, tan debilitada que se desplomó contra la puerta.

—¿Qué me has hecho? —dijo, apretándole la mandíbula a Dana hasta que abrió la boca, llena de deseo. Le metió el índice y lo deslizó por su lengua—. Quiero correrme en tu boca, joder, lo deseo tanto.

Dana jadeó, lamiéndole los labios y luego la lengua. Bajó la mano para desabrocharle los vaqueros. —Quiero saborearte y sentirte dentro de mí. —Miró los ojos entornados de Rachel—. Creo que me moriré si no te tengo. —Se estremeció, abrumada por el deseo.

Cruzaron la puerta principal a trompicones, Rachel guiándola de la mano escaleras arriba. Dana la siguió con la respiración agitada, cada nervio a flor de piel.

El pasillo estaba en penumbra, con todas las puertas cerradas. Rachel la llevó hasta el fondo, deteniéndose en la última puerta a la derecha.

Apenas cruzaron el umbral, Dana ya tenía a Rachel inmovilizada contra la madera, el clic del cerrojo ahogado por el choque repentino de sus bocas.

Se desnudaron sin ninguna delicadeza. Arrancaron la ropa y la tiraron en un montón enredado en el suelo hasta que el aire frío de la noche les golpeó la piel febril. Se quedaron de pie en las sombras plateadas de la habitación, piel contra piel por primera vez.

Dana se detuvo con una inspiración brusca, las pupilas dilatadas mientras contemplaba maravillada a Rachel bajo la pálida luz de la luna. Su piel parecía mármol pulido, los pezones erectos y oscuros contra la curva de sus pechos, el coño depilado y reluciente de excitación.

A Dana se le hizo la boca agua; la realidad de Rachel desnuda resultaba más embriagadora que cualquier fantasía que hubiera acariciado jamás.

Volvió a adentrarse en el calor, agarró a Rachel y la besó con fuerza. Sus manos estaban por todas partes, recorriendo la curva de la cintura de Rachel y el peso firme de sus pechos; las palmas se deslizaron sobre el calor sedoso de sus costillas y luego sus caderas, los pulgares se hundieron en los hoyuelos de su espalda baja mientras fundía sus cuerpos en uno.

Su boca trazó un camino de fuego por la garganta de Rachel hasta el hueco sensible de su clavícula. Enganchó las manos bajo sus muslos y la alzó con una fuerza impulsada por la adrenalina.

—¡Uh! —gritó Rachel cuando Dana la levantó. Sus piernas se enroscaron instintivamente alrededor de la cintura de Dana, los brazos alrededor de su cuello, los talones clavados en sus glúteos mientras Dana la llevaba hacia el escritorio de roble contra la pared.

Cuando Dana la depositó sobre la madera fría, el choque de temperatura arrancó un jadeo entrecortado de los labios de Rachel; su espalda se arqueó mientras Dana se colocaba entre sus rodillas abiertas.

Rachel se recostó sobre el escritorio y clavó la mirada en Dana mientras sus dedos separaban los pliegues húmedos para encontrar el botón sensible, ya hinchado y palpitante. Usó el pulgar para trazar círculos y presionar, sin apartar los ojos del rostro de Rachel mientras observaba cómo su compostura se deshacía lentamente.

Dana no esperó mucho más. Bajó la cabeza y su lengua encontró la sal y la miel del coño de Rachel. Estaba empapada, su clítoris hinchado latía con una exigencia que Dana estaba encantada de satisfacer. El toque de Dana fue preciso e implacable; su lengua trazó círculos alrededor del clítoris endurecido hasta que Rachel sollozó su nombre, los talones repiqueteando contra la mesa de madera. Y cuando llegó el clímax, fue una rendición total, devastadora. Una convulsión violenta que dejó su cuerpo vibrando con las réplicas.

Rachel gimió y se apretó los pechos y pezones mientras Dana trepaba hacia ella.

Rachel le apartó el cabello de la cara a Dana y la besó con suavidad, con adoración; luego intentó moverse, pero Dana la mantuvo en su sitio. No había terminado.

Apoyó la palma de la mano derecha contra el coño de Rachel y deslizó dos dedos dentro; sintió cómo se apretaba alrededor de ellos de inmediato. La estrechez era casi dolorosa.

Rachel arqueó la espalda despegándola de la mesa y gruñó; sus caderas ondulaban mientras Dana empujaba lenta y profundamente, curvando los dedos en cada embestida. El calor espeso de los dedos de Dana la llenaba; cada bombeo medido se arrastraba contra la cresta sensible de su interior.

Los muslos de Rachel temblaban, abiertos sobre el borde del escritorio, los músculos estremeciéndose por el esfuerzo de mantenerse separados.

Dana ajustó el ángulo y presionó el pulgar con firmeza contra el clítoris hinchado de Rachel mientras sus dedos se hundían más profundo.

Las manos de Rachel arañaban la madera, las uñas raspaban buscando algo a lo que aferrarse mientras Dana la follaba. Cuando la boca de Dana cubrió su pecho y la lengua trazó círculos alrededor del pezón antes de que los dientes rozaran su pico sensible, Rachel se perdió.

Su coño se apretó más alrededor de los dedos de Dana, contracciones que arrancaron un grito desde lo más profundo. Todo su cuerpo se tensó, la espalda se arqueó despegándose del escritorio, los dedos de los pies se curvaron. Sus muslos se cerraron alrededor de la muñeca de Dana. Olvidó cómo respirar.

Dana la guió hasta el final, los dedos moviéndose en embestidas superficiales mientras las réplicas la recorrían en temblores decrecientes. Solo cuando el cuerpo de Rachel se relajó, Dana se detuvo por fin. Se retiró lentamente y Rachel gimió ante la pérdida.

Dana depositó un beso suave en su esternón, luego en la clavícula, luego en la mandíbula. Los dedos de Rachel se entrelazaron en los mechones oscuros del cabello de Dana mientras la atraía hacia un beso profundo y agradecido.

Se incorporó de la mesa sin romper el beso e intercambió sus posiciones, tumbando a Dana boca arriba.

Las piernas de Dana temblaron cuando Rachel las levantó. Le tocó el cabello, luego la barbilla mientras la miraba. No solo quería esto; estaba hambrienta de ello, su cuerpo por fin recibía lo que había estado pidiendo a gritos. Hacía años que no se permitía estar así. No solo desnuda con otra persona, sino vulnerable.

Rachel besó los labios de Dana, el cuello, luego bajó la boca recorriendo la curva de su pecho. Cuando Rachel succionó su pezón, Dana se estremeció y se aferró al escritorio como si fuera a caer sin él.

Rachel se tomó su tiempo, alternando entre lo suave y lo brusco. Luego su mano se deslizó por el vientre de Dana, entre sus muslos.

La anticipación era casi insoportable, y mientras los dedos de Rachel la frotaban de arriba abajo, se retorció y gimió debajo de ella, las caderas embistiendo ante el contacto. Rachel se movió lentamente al principio, explorando, aprendiendo qué hacía jadear a Dana. Luego guió la cabeza hacia el coño empapado de Dana.

Al primer deslizamiento caliente de la lengua de Rachel contra su hendidura, se aferró a los hombros de Rachel, las uñas clavándose. La habían tocado antes, pero nunca así, nunca de una forma que la hiciera sentir que literalmente enloquecería de placer. Para cuando Rachel introdujo los dedos dentro de ella y se aferró a todo su coño con la boca, sorbiendo y lamiendo, Dana se hizo añicos; su cuerpo convulsionó, el nombre de Rachel cayó de sus labios como una plegaria. Su cuerpo se arqueó indefenso hacia la dicha del clímax. Pensó que iba a desmayarse. Sus muslos se cerraron alrededor de la cabeza de Rachel y un sonido animal brotó de su garganta mientras su cuerpo convulsionaba, completamente a merced del orgasmo.

Rachel siguió moviéndose, la lengua suave ahora pero persistente, extrayendo cada último temblor hasta que el cuerpo de Dana quedó laxo y no pudo hacer nada más que existir.

Cuando volvió en sí, la vista le permaneció borrosa durante unos segundos más; Rachel estaba encima de ella, la besó con ternura y luego dejó caer todo su peso sobre ella.

Con la respiración entrecortada, temblaron en la languidez posterior a sus orgasmos hipnóticos, la atmósfera cargada con el aroma de su calor compartido.

Rachel se echó hacia atrás lo justo para mirar a Dana; sus dedos trazaron la línea húmeda del labio inferior de Dana antes de deslizar las manos bajo sus brazos y enterrar el rostro en el hueco de su cuello.

Los músculos de Dana se contrajeron con las réplicas de un solo orgasmo que la había vaciado por completo. Jamás habría imaginado que correrse una vez la dejaría tan agotada, apenas capaz de moverse o respirar. Pero Rachel había tocado un punto dentro de ella que no sabía que existía. Y el placer puro la dejó casi paralizada.

Rodeó a Rachel con los brazos, sus cuerpos desnudos húmedos de sudor y ligeramente pegajosos. Le besó la coronilla, inhalando la sal y el almizcle de su piel mientras la adrenalina por fin comenzaba a disiparse. La desesperación frenética de la última hora se suavizó en una intimidad profunda y densa que Dana sintió en lo más hondo de su ser.

Permanecieron allí envueltas en la neblina de la luz de la luna, sin hablar, simplemente dejando que la realidad de su conexión calara hasta los huesos mientras flotaban en la tenue luminiscencia que había dejado su entrega absoluta.

CAPÍTULO 17

—¿Has estado con mujeres antes? —preguntó Rachel, con los labios contra la oreja de Dana mientras las dos estaban tumbadas en la cama.

Dana estaba echada sobre ella, con la cabeza pesada sobre el pecho de Rachel; su respiración por fin se había normalizado después del cuarto orgasmo.

Durante un instante, la habitación se desvaneció. Dana ya no estaba en aquella lujosa suite; estaba de vuelta en la cocina de Pensilvania, envuelta en una sábana blanca. Y el rostro de Vince, convertido en una máscara de odio. *«Asquerosa»*, le había escupido. *«Eres un puto animal»*.

—¿Cariño? —la voz de Rachel la devolvió al presente.

—Solo con unas pocas —dijo, avergonzada incluso ahora—. Tuve un par de rollos de una noche. Eso es todo. Nunca dejé que las cosas fueran más allá —murmuró Dana, retorciendo los dedos en las sábanas—. ¿Por qué lo preguntas? —Levantó la vista—. Joder, ¿es tan obvio? ¿Tan mala soy en esto?

Rachel se rio, una risa cálida y profunda que llenó la habitación oscura. Le tomó el rostro entre las manos y le acarició la línea de la barbilla.

—¿Mala? Dana, eres increíble. Follas como si acabaras de salir de aislamiento.

—Nunca había estado tan cachonda. Ni había tenido tantos orgasmos en tan poco tiempo.

—No creía que nadie pudiera agotarme de verdad, pero aquí estamos.

Dana suspiró aliviada. Volvió a esconder la cabeza entre los pechos de Rachel; el latido constante de su corazón la tranquilizaba.

—Sentí como si mi cuerpo estuviera... esperándote —confesó en voz baja y sincera.

Rachel le besó la cabeza y se sumieron en el silencio de la noche; el único sonido era el silbido lejano del viento contra el albergue.

Dana paseó la mirada por la habitación por primera vez. Era más grande que la suya y la de Lucy, con una cama de matrimonio grande en lugar de dos individuales. Una chimenea fría y apagada en la esquina. Un sillón junto a la ventana. Una estantería con lomos que apenas podía leer en la penumbra. La habitación olía al perfume de Rachel y a sexo.

Se preguntó cómo sería el apartamento de Rachel, y qué pensaría ella de su pequeño piso. Pensó en volver. A Bracken Ridge. A su casa vacía con Midge. Y la comisaría, y sus padres a tres calles. Estar sin Rachel. Le daban ganas de llorar solo de pensarlo.

—¿Estás bien? Tu corazón late muy rápido —susurró Rachel.

Dana la miró; la luz de la luna revelaba la plata en los ojos de Rachel.

—Es que estoy muy feliz ahora mismo.

—Yo también —dijo Rachel mientras le acariciaba el pelo—. ¿Podemos no salir nunca de esta cama?

Las palabras le inundaron el cuerpo de calor otra vez. Sintió el tirón en lo bajo del vientre, el deseo que no había quedado del todo saciado.

—No me tientes.

Rachel se rio con un brillo juguetón en los ojos.

Dana trepó por su cuerpo hasta quedar cara a cara; Rachel abrió las piernas para hacerle sitio. Sintió el coño desnudo de Rachel,

cálido contra su estómago, y la sensación la mareó.

Le tomó el rostro con ambas manos.

—Eres jodidamente preciosa. ¿Lo sabes?

—Y tú eres jodidamente guapa. Y estás tan buena... —replicó Rachel, y le frotó la nariz con la suya antes de soltar una risa repentina y traviesa.

—¿Qué? ¿Qué es tan gracioso? —preguntó Dana, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Nada. No es nada —dijo Rachel, todavía riéndose.

—No me mientas. ¿Qué pasa?

Rachel se mordió el labio, con los ojos chispeantes.

—Martha te llama la Sheriff Buenorra.

Dana se encogió visiblemente; el calor en las mejillas no tenía nada que ver con la excitación.

—Oh, Dios mío, no —gimió, y hundió la cara en el cuello de Rachel.

—Sí —sonrió Rachel—. Va y dice *«ahí está la Sheriff Buenorra»* cada vez que puede.

—Eso es horrible. Es literalmente lo peor que he oído en mi vida.

—Qué va —bromeó Rachel—. Mírate. Estás colorada. Es adorable.

Se miraron; la risa se fue apagando. Dana sintió el calor entre ellas reavivarse, sintió cómo Rachel se humedecía más contra su estómago. Se movió y se colocó para que sus caderas se alinearan, hasta que sintió el coño de Rachel encajar contra el suyo con una perfección agonizante. Ese primer contacto les arrancó un jadeo a las dos.

Dana empezó a moverse, a frotarse despacio contra ella; la sensación era absolutamente enloquecedora. Calor húmedo y fricción resbaladiza; el clítoris de Rachel deslizándose contra el suyo le nubló la visión.

Las manos de Rachel le agarraron las caderas para guiarla, para animarla.

—Así, justo así —jadeó—. Oh, sí, justo así.

Dana aumentó la presión y cambió el ángulo para que cada vaivén de sus caderas las acercara más. Sentía la excitación de Rachel mezclarse con la suya, la humedad obscena entre ellas que hacía que cada movimiento fuera sin esfuerzo.

La cabeza de Rachel cayó hacia atrás contra la almohada, con la boca abierta; pequeños gemidos se le escapaban con cada embestida.

Dana la observó, fascinada por cómo el placer le transformaba el rostro. Cómo se le juntaban las cejas. Cómo se le separaban los labios. El rubor que le bajaba por el cuello.

—Abre los ojos —dijo Dana.

Rachel abrió los ojos, oscuros y vidriosos, y los clavó en los suyos.

Aquella intimidad le robó el aliento. Esto no era solo sexo. Era algo completamente distinto. Algo crudo y vulnerable que la aterrorizaba incluso mientras lo perseguía.

Se movió más rápido, frotándose con más fuerza; la fricción iba creciendo hasta hacerse insoportable. Rachel le respondía embestida por embestida, sus cuerpos moviéndose juntos en perfecta sincronía.

—¡Ah! —gimió Rachel. Sus dedos se clavaron en las caderas de Dana. Su coño palpitaba contra el de Dana, hinchado y duro, y Dana sentía su propio orgasmo gestándose en la base de la espalda.

Cambió ligeramente el ángulo y Rachel gritó, arqueándose entera.

—Justo ahí —jadeó Rachel—. Así.

Dana mantuvo el mismo ritmo, la misma presión, frotándose contra Rachel hasta que las dos temblaban.

Cuando Rachel se corrió, fue con el nombre de Dana en los labios. Dana sucumbió por quinta vez esa noche; el placer la atravesó en oleadas tan intensas que pensó que iba a desmayarse de verdad.

Se desplomaron juntas, jadeantes. A Dana le fallaron los brazos y cayó sobre Rachel, con los cuerpos aún pegados.

—Joder —suspiró Rachel.

Dana no podía hablar. Apenas podía pensar. Se quedó allí, destrozada, escuchando el corazón de Rachel latir como una canción.

Al cabo de un rato largo, Rachel le acarició el pelo. —¿Estás bien, cariño?

—No creo que pueda moverme —murmuró Dana contra su piel.

Rachel se rio bajito. —No pasa nada. Quédate aquí conmigo.

Se quedaron así, enredadas la una en la otra, sin que ninguna quisiera romper la conexión. Fuera, el viento arreció y la ventana vibró. Dentro, envuelta en los brazos de Rachel, Dana se sintió más segura que nunca.

Al fin reunió fuerzas para levantar la cabeza. Rachel la miraba con tanta ternura que amenazaba con deshacerla otra vez.

—Hola —susurró Rachel.

—Hola —le susurró Dana.

Rachel la atrajo para besarla, lento y dulce, completamente distinto de la desesperación de antes. Cuando se separaron, Dana volvió a acomodarse contra ella, con el rostro hundido en la curva del cuello de Rachel.

Se quedaron allí en silencio, los dedos trazando dibujos perezosos sobre la piel.

—¿Qué hora es? —preguntó Dana al cabo de un rato.

Rachel giró la cabeza para mirar el reloj de la mesita. —Las tres y pico.

—Ni siquiera hemos dormido.

—No —dijo Rachel en voz baja—. ¿Y quién lo necesita?

Pero la realidad se impuso. Dana sabía que tenía que irse. Lucy se despertaría pronto, notaría la cama vacía. Pero marcharse le parecía imposible.

—Lo siento —dijo.

—Lo sé. —El rostro de Rachel se había vuelto triste, resignado. Sabía lo que venía sin que Dana tuviera que decirlo.

Dana le dio un beso en el hombro y luego, a regañadientes, se separó de ella. Perder el contacto fue como arrancarse la piel.

Se movió por la habitación recogiendo la ropa de donde había quedado esparcida. La sudadera junto a la puerta. El sujetador cerca del escritorio. Los pantalones en un montón junto a la cama.

Se vistió despacio, consciente de que Rachel la observaba desde debajo de las sábanas.

Cuando estuvo vestida del todo, volvió a la cama y se inclinó. Rachel salió a su encuentro y sus labios se unieron en un beso que sabía a despedida aunque no lo fuera.

—Nos vemos luego —susurró Dana contra su boca.

Rachel asintió, pero no dijo nada.

Dana la besó una vez más y se obligó a caminar hacia la puerta. Miró atrás por última vez para grabar la imagen en su memoria: Rachel enredada en sábanas blancas, el pelo rojo extendido sobre la almohada, los ojos siguiendo cada movimiento de Dana.

Luego salió al pasillo y cerró la puerta en silencio tras de sí.

CAPÍTULO 18

—¿Tienes fiebre? —la voz melódica de Lucy, empapada de una preocupación clínica sin filtrar, delataba los demasiados años que había pasado en salas de triaje.

Antes de que Dana pudiera articular una respuesta, el colchón se hundió con el movimiento de Lucy. Se inclinó hacia ella y le puso la palma en la frente.

El aire de la Habitación Aspen olía a sueño y al calor seco y artificial que bombeaban las rejillas de ventilación del albergue. Dana entreabrió los párpados; la luz gris de la mañana convertía las motas de polvo en estática.

—No estoy segura —dijo Dana, con la mentira como hiel atragantándola.

Lucy le recorrió la mandíbula con los dedos, un roce que invadía un espacio que Dana había reservado para otra persona. —Estás un poco acalorada, Dany. Tienes la piel pegajosa.

—Me pica la garganta —dijo Dana, sumando capas al engaño que le revolvía el estómago—. Y tengo un dolor de cabeza terrible. Como un latido detrás de los ojos.

Entonces sintió una náusea real, no por enfermedad, sino por lo aterrador que resultaba manipular a la persona que mejor la conocía.

—Quizá deberías venir de todos modos. El spa te vendría bien —sugirió Lucy, posando la mano en el hombro de Dana y dándole un

apretón—. ¿Que el vapor te despeje?

—No —dijo Dana; la palabra le salió con un filo que lamentó de inmediato. Suavizó la postura y se hundió más en las almohadas para meterse mejor en el papel de enferma—. De verdad creo que debería quedarme. Dormir mientras la casa está tranquila. No quiero ser la que tosa mientras los demás se relajan.

Lucy suspiró con resignación maternal. —¿Estás segura? Puedo quedarme contigo.

—Ni hablar —Dana forzó una sonrisa cansada—. Ve. Déjate mimar. Voy a ser un bulto bajo estas mantas hasta que vuelvas.

Observó a Lucy dirigirse hacia la puerta; el golpeteo de sus pasos resonaba al ritmo de los latidos de su corazón.

Cuando la puerta por fin se cerró con un clic, Dana no se movió. Se quedó allí tumbada, mirando la cama vacía frente a ella, con la culpa acumulada en el estómago como plomo.

Rachel había aparecido en sus sueños al menos tres veces antes de que el sol asomara siquiera por encima de los árboles. El recuerdo de cómo la llamaba *cariño* era una marca que no podía dejar de tocar. Cogió el teléfono de la mesita de noche. Miró el mensaje que había enviado hacía apenas unas horas, poco después de volver tambaleándose a su habitación con el sabor de Rachel todavía en los labios.

Dana [3:37 AM]: Quédate conmigo más tarde. Seremos solo nosotras cuando todos se vayan.

R [3:47 AM]: Me encantaría.

Dana se incorporó, olvidado ya el dolor de cabeza inventado, y fue hacia la ventana. Apartó la cortina apenas un par de centímetros para observar el camino de entrada, a la espera del revelador crujido de la grava, de la confirmación visual de que su santuario se vaciaba. El todoterreno de Martha salió primero, seguido del sedán de Cheryl. Luego, el obstáculo final: el coche de alquiler de Jia y Ethan.

Cuando las luces traseras desaparecieron en la curva del camino de montaña, Dana por fin exhaló. Estaba sola. Estaban solas.

Se quitó la camiseta de dormir y se vio reflejada en el espejo de la cómoda. La piel pálida, los ojos con ojeras por la guerra interna que había estado librando, pero había algo nuevo bullendo bajo su piel. Pasó diez minutos en la ducha, dejando que el agua caliente le frotara el olor persistente de sus mentiras a Lucy. Se cepilló los dientes dos veces, luego se puso las mallas más suaves que tenía y un jersey que no parecía un uniforme.

El pasillo era una tumba de madera pulida y silencio de montaña. Llegó a la puerta de Rachel y dio tres golpes nerviosos.

—Adelante —la voz de Rachel llegó desde el otro lado, amortiguada y suave.

Dana giró el pomo y entró. Rachel estaba de pie junto a su cama, bañada por la luz pálida e implacable de una mañana de invierno, el pelo rojo hecho un caos sedoso alrededor de los hombros, con nada más que una camiseta fina y holgada que le llegaba a medio muslo.

Dana se detuvo justo dentro de la puerta, con la mano todavía en el pomo. Rachel tenía los brazos cruzados holgadamente sobre el abdomen y cambiaba el peso de un pie al otro. Se miraron sin saber muy bien por dónde empezar.

—Buenos días —dijo Dana por fin, con la voz extraña en la habitación silenciosa.

—Buenos días —dijo Rachel, y sus labios se curvaron en una dulce sonrisa—. No estaba segura de si cambiarías de opinión.

—¿Y volverme loca echándote de menos el resto del día? Ni hablar.

Rachel se relajó y la actitud defensiva se derritió. Fue hacia Dana, que la encontró a medio camino y cerró el espacio entre ellas en tres pasos. El abrazo fue inmediato: los brazos de Rachel se envolvieron con fuerza alrededor de la cintura de Dana mientras esta la atraía hacia sí.

—Me alegro de que me pidieras que me quedara —dijo Rachel contra su cuello.

—Necesitaba esto muchísimo —dijo Dana, con la palma en la nuca de Rachel y los dedos perdidos en la seda roja de su pelo.

—Yo también —dijo Rachel, y se acurrucó contra ella.

Se abrazaron, ninguna dispuesta a soltar a la otra primero. La mano de Dana se deslizó arriba y abajo por la espalda de Rachel; sus labios encontraron la mejilla de Rachel y depositaron besos suaves allí.

Rachel emitió un sonido quedo, entre suspiro y gemido, e inclinó la cabeza para capturar la boca de Dana.

El beso fue lento, profundo y sin prisa. Rachel estaba tan cálida y sabía a pasta de dientes de menta fresca. Cuando la lengua de Dana se deslizó contra la suya, Rachel dejó escapar un gemido arrastrado desde lo más hondo de la garganta que hizo flaquear las rodillas de Dana.

Un hilo de saliva todavía las conectaba cuando por fin se separaron. Rachel lo extendió con el pulgar por los labios de Dana y luego la besó de nuevo antes de cerrar los ojos y apoyar la frente en la de Dana. —Me encanta... —Rachel hizo una pausa, como si se contuviera— estar así contigo.

Dana sostuvo el rostro de Rachel con ambas manos. —Siento como si te conociera de toda la vida —la abrazó de nuevo para ocultar los ojos abiertos de par en par, llenos del miedo repentino de perderla. Pero sabía que tenía que soltarla, sabía que la estaba reteniendo con demasiada fuerza y no quería asustarla, así que intentó apartarse, pero Rachel no la dejó.

—¿Dos minutos más, por favor? —suplicó Rachel.

Puede que pasaran más de dos minutos abrazadas antes de que el estómago de Rachel rugiera.

Dana se rio.

—Alguien tiene hambre.

—Me muero de hambre. Llevo despierta desde... —miró a Dana con sus preciosos ojos verdes, que brillaban a la luz del sol—. Creo

que no he dormido nada.

—Pobrecita —Dana la abrazó de nuevo y le besó la sien—. Vamos a darte de comer cuanto antes o te va a dar un patatús del hambre.

Bajaron las escaleras con los dedos apenas entrelazados, el albergue despojado de su habitual caos matutino. Ni ruido de platos. Ni voces que se colaran por las paredes. La ausencia de la alegre hospitalidad de Patricia se sentía como territorio robado.

Dana empujó la puerta de la cocina. Estaba vacía. Las amplias encimeras relucían bajo la fría luz invernal; el frigorífico industrial tarareaba su canción solitaria.

—Parece que nos hemos colado —dijo Rachel.

—Salvo que se supone que debemos estar aquí —Dana se dirigió hacia la cafetera, con los ojos entornados por el brillo y el dolor sordo que le latía detrás—. Primero café o no sirvo para nada.

—¿Tan mal? —preguntó Rachel, ya junto al frigorífico.

—No tienes ni idea —Dana midió el café molido en el filtro—. ¿Qué quieres comer?

Rachel inspeccionó el contenido del frigorífico con exagerada concentración.

—¿Huevos? Creo que puedo hacer huevos.

—¿Puedes? —Dana se apoyó en la encimera con los brazos cruzados y una sonrisa bailándole en los labios.

—He dicho que creo —Rachel sacó un cartón y lo apuntó hacia Dana—. Eso no es ninguna garantía.

—¿Debería preocuparme?

—Depende —Rachel dejó los huevos sobre la encimera y se giró —. ¿Cuánto aprecias esta cocina?

Dana se rio.

—¿Me estás diciendo que fuiste a un internado, a una universidad de la Ivy League, y no sabes hacer huevos?

—Fui a Yale para el grado, de hecho. Y no —Rachel cascó un huevo en un bol con sorprendente seguridad—. Teníamos comedor incluido. Luego la facultad de Derecho. Después un trabajo exigente y comida a domicilio. Es un milagro que siga viva, sinceramente.

—Yale —repitió Dana, cogiendo pan para las tostadas—. Cómo no.

—¿Pasa algo?

—No. Solo lo añado a la lista de cosas que te hacen... —Dana hizo una pausa, buscando la palabra.

—¿Que me hacen qué? —Rachel alzó la vista del bol, con una ceja arqueada.

—Sorprendente.

La sonrisa de Rachel fue lenta, complacida.

—¿Sorprendente en el buen sentido o en el malo?

—Aún lo estoy decidiendo.

Trabajaron codo con codo: Rachel removía los huevos mientras Dana untaba mantequilla en las tostadas, con la cafetera borboteando detrás. Cada vez que Rachel pasaba junto a ella para coger la sal o la pimienta, Dana sentía su cercanía en lo más profundo del alma.

—Entonces, ¿cuál es tu excusa? —preguntó Rachel, señalando los fogones con la cabeza—. Está claro que sabes lo que haces.

—Sé hacer unas cinco cosas sin quemar la casa. Esta es una de ellas —Dana colocó las tostadas en los platos—. Mi madre intentó enseñarme. No me interesaba.

—¿Rebeldía adolescente?

—Algo así.

Cuando terminaron, llevaron todo a la pequeña mesa junto al ventanal, desde donde se veían pinos blancos y nieve virgen.

Dana se sentó frente a Rachel; sus rodillas se rozaron bajo la mesa. Mientras empezaban a desayunar, el silencio no necesitaba llenarse. Dana no había pensado ni una sola vez que la mañana

siguiente fuera a ser incómoda o llena de tanteos e incertidumbre. Solo había pensado en verla. Y Rachel parecía igual de a gusto, con el pelo aún revuelto.

¿Cuatro días y esto se habría acabado?

Dana suspiró; los huevos en su plato la miraban fijamente.

—¿No te gustan? —preguntó Rachel.

—Sí me gustan.

—Porque tienes que admitir que están bastante buenos. Hago unos huevos buenísimos —presumió Rachel.

—De acuerdo —Dana se rio—. Y sigo viva. Sin envenenar.

—Eso es un plus.

Dana sonrió e intentó no quedarse embobada mirando lo guapa que era Rachel, y se pellizcó para asegurarse de que no había soñado la noche anterior. El recuerdo le vino a la mente y le despertó un deseo tan intenso que cruzó las piernas para sofocarlo, pero sirvió de poco. Aún lo sentía, ahora más en el corazón, pero la salvó el pitido del móvil en el bolsillo de la sudadera.

Puntual como siempre, su madre le había enviado un vídeo de Midge. Esta vez, Dana respondió *«gracias, mamá»* antes de abrirlo.

Midge corría de un lado a otro por el salón de sus padres; lo mejor del vídeo era cuando la felina saltaba sobre el árbol de Navidad y rompía la estrella dorada.

Mamá: [9:49]: No la he visto desde esta mañana cuando hizo eso. Estaba oscuro. Y le grité. Perdona.

Dana: [9:50] Ya aparecerá. Seguro que está escondida por el ruido que hizo.

—Tiene que ser una mujer la que te hace sonreír así —dijo Rachel.

—Mira —Dana le tendió el teléfono.

El rostro de Rachel se iluminó.

—Midge —arrulló—. Qué mona, cómo lo destroza todo —dijo con sarcasmo, y se inclinó para ver mejor el vídeo.

—Me da igual —dijo Dana—. En cuanto llegue a casa voy a cogerla en brazos, abrazarla y llenarla de besos.

—Típico de las locas de los gatos —bromeó Rachel, sonriendo mientras daba otro mordisco a la tostada.

Dana se rio.

—Es mi niña. La adoro.

—Qué bonito. Lo digo de verdad —Rachel adoptó un tono serio mientras tomaba un sorbo de café.

—Gracias —dijo Dana con timidez, mirando el móvil—. Oye, intenté stalkearte. Un fracaso total de mierda. Lo tienes todo bloqueado. Instagram, Facebook, X.

—Bien —Rachel trazó un círculo lento con el dedo alrededor del borde de la taza—. No necesito que mis clientes encuentren mis fotos de la universidad. Son bochornosas.

Dana aguzó el oído.

—¿De qué tipo de fotos estamos hablando?

—Época de cortes de pelo horribles. Un semestre lamentable en el que creí que el flequillo me quedaba bien —Rachel dio un sorbo al café, observando a Dana por encima de la taza.

—Vaya —Dana estaba decepcionada—. Yo quería fotos en bikini y frases motivacionales.

Rachel soltó una carcajada.

—¿Las chorradas? No se me dan bien las chorradas.

Dana se puso seria.

—He visto algunas públicas. De senderismo. Fotos de galas benéficas y de clubs de campo que andan por ahí.

Rachel se sonrojó avergonzada y Dana se sintió como una imbécil.

—No quería decir...

—No pasa nada —dijo Rachel—. Lo hago sobre todo por mis padres. Ya no me muevo mucho en esos círculos.

Dana percibió la línea trazada en la arena. Aun así, la empujó con suavidad.

—¿Por qué no?

—Porque a esa gente en realidad le das igual —dijo Rachel—. Les importa tu apellido y lo que puedes hacer por ellos. Es agotador.

Dana la observó desde el otro lado de la mesa: los dedos de Rachel se apretaban alrededor de la taza de café, un pequeño músculo le palpitaba en la mandíbula. Quería seguir preguntando, profundizar más, pero algo en la postura de Rachel le indicó que esperara.

—Que les den —dijo Dana.

Rachel se rio.

—Podemos hacernos amigas en redes, ya que eres tan cotilla.

—Soy cotilla y lo acepto sin problema.

Rachel esbozó una sonrisa mientras sacaba el móvil y tecleaba rápidamente.

—Pero te aviso, mi Instagram es básicamente plantas y café.

—Me vale —dijo Dana, deseando ver cómo era Rachel en su intimidad.

Intercambiaron nombres de usuario; aquel pequeño gesto parecía más importante de lo que debería.

El móvil de Dana vibró un momento después.

Rachel Conroy te ha enviado una solicitud de amistad.

Dana la aceptó de inmediato y abrió el perfil de Rachel.

El feed era exactamente lo que había prometido: suculentas en alféizares, arte latte, algunas fotos de senderos de montaña. Pero entre ellas había fotos de la propia Rachel: riéndose con amigas en un parque, con una copa de vino en un balcón en los Hamptons, pillada de perfil en plena conversación.

Y luego estaban las publicaciones más antiguas. Rachel con el brazo alrededor de una mujer rubia, ambas sonriendo en un desfile del Orgullo. Otra con una mujer morena dándole un beso en la

mejilla. Más atrás, una rastafari exótica de piel oscura con eyeliner verde y chaqueta de cuero, la mano posesiva en la cintura de Rachel. Dana no podía compararse.

Los celos la invadieron tan rápido como las fotos pasaban ante sus ojos. Se quería morir. Rachel debería ser así con ella y solo con ella.

—¿Ya estás cotilleando a fondo? —preguntó Rachel con tono ligero, aunque sus ojos permanecían alerta.

—Solo miro.

—¿Ves algo interesante?

Dana levantó la vista.

—¿Saliste con una jamaicana?

Rachel se rio.

—Es de Texas.

—Ah. Has salido con muchas.

—No muchas. Unas pocas. Eso sí, ningún rollo de una noche —replicó Rachel, y luego inclinó la cabeza—. ¿Te molesta mi pasado amoroso?

—No —dijo Dana, y luego recordó que estaba harta de mentir—. Puede que un poco —no soportaba la idea de que Rachel tocase a otra persona o que otra persona tocase a Rachel.

Rachel llevó la mano desde debajo de la mesa hasta la muñeca de Dana y se la rodeó con los dedos, sin apretar.

—Todas son ex por una razón, Dana.

—Lo sé.

—¿De verdad?

Dana dejó el móvil boca abajo sobre la mesa.

—Sí, lo sé.

El momento era delicado y sincero. Entonces el pulgar de Rachel le rozó la muñeca, justo donde latía el pulso, y la tensión se disipó.

—¿Y tú qué? —preguntó Rachel, ahora con voz cautelosa—. Me refiero a tu exmarido. Vince, ¿no?

Dana se tensó.

—¿Cómo lo sabes?

—Investigué un poco.

—Claro que sí. Se me olvidó que tienes tus contactos.

—¿Y? —Rachel se inclinó ligeramente hacia delante—. ¿Qué pasó? —ya parecía arrepentida antes de que Dana pudiera decir nada.

Dana pudo verlo de nuevo: la cocina de Pensilvania. El rostro de Vince deformado por la rabia y el asco. El sonido de la foto de boda al estrellarse contra la pared. Su voz restallando como un látigo: *Eres una mentirosa. Eres asquerosa. Ni siquiera puedo mirarte.*

—¿Dana?

Dana se centró en el rostro de Rachel, la preocupación marcada en las líneas alrededor de su boca.

—Lo siento, es que... No funcionó entre nosotros. No pudimos...

—Oye —Rachel alargó la otra mano y cubrió la de Dana por completo—. No tienes que hablar de ello. Cuando estés lista, aquí estaré. Y si no lo estás nunca, también está bien.

Dana se sentía preparada para contárselo a la persona más amable del mundo, pero no se fiaba de su propia voz. No sabía si Rachel la vería igual después, ni si lo entendería. Y peor aún, ¿qué había que entender? Dana se consideraba la peor de todas.

—¿Dana?

Dana alzó la vista hacia ella.

—Todos hacemos cosas de las que no estamos orgullosos. Eso no significa que nos definan —le recordó Rachel.

Se quedaron así, con las manos entrelazadas sobre la mesa, la cocina en silencio, el frigorífico con su respiración acompasada, el silbido lejano del viento entre los aleros.

La mirada de Dana bajó hasta la boca de Rachel, mientras recordaba el sabor y la sensación de su lengua en cada rincón de su cuerpo. Parecía ser lo único que la mantenía a flote. Quería decírselo, pero no sabía cómo.

—Si sigues mirándome así —murmuró Rachel—, nunca vamos a terminar el desayuno.

—Quizá no quiero terminar el desayuno.

CAPÍTULO 19

—No suelo hacer esto.

La voz de Rachel sonaba suave junto al hombro de Dana, su aliento cálido sobre la piel aún encendida por el esfuerzo. Estaban enredadas en el sofá del salón principal, desnudas bajo una manta que Dana había cogido del respaldo de un sillón. El fuego crepitaba en la chimenea de piedra.

Fuera, la mañana se había consumido. Media tarde, quizás. Dana había perdido la noción del tiempo hacía horas. Cada vez que habían intentado moverse, proponer vestirse o preparar algo de comer, una tocaba a la otra y volvían a perderse. El sofá. La alfombra junto al fuego. Contra la pared cerca de las escaleras. El cuerpo de Dana le dolía de la mejor manera posible, con un agradable entumecimiento.

Ahora yacían quietas, con Rachel abrazándola por detrás, los dedos acariciándole la piel de la cadera.

Dana contemplaba el fuego, viendo cómo los troncos se desmoronaban en brasas.

—¿Hacer qué? —preguntó Dana.

—Acostarme con alguien tan rápido —Rachel le besó el hombro —. Lo que pasa es que nunca había tenido esto.

Dana se giró para mirarla, con la incredulidad pintada en el rostro.

—¿Nunca tuviste esto? No digas eso. *Yo* nunca tuve esto. Jamás. Ni una sola vez —se le arrugó la frente mientras la seriedad se

apoderaba de sus rasgos. Se dio la vuelta y volvió a fijar los ojos en el fuego.

—No estoy mintiendo —dijo Rachel, con un deje de molestia—. Así que no actúes como si lo estuviera.

—No estoy actuando como si estuvieras mintiendo. Al menos tú has salido con mucha más gente que yo. O sea, nunca he estado tan...

—¿Tan qué? —preguntó Rachel.

A Dana se le cerró la garganta. Las palabras estaban ahí mismo, posadas en su lengua como cristales rotos. Sentía a Rachel esperando, paciente y cálida a su espalda.

—¿Dana? —la instó Rachel—. Estoy harta de tener que preguntarte siempre qué piensas o qué quieres decir. Háblame, sin más.

—Podrías pensar que soy la peor persona del mundo por lo que hice.

Rachel la estrechó con más fuerza.

—No me importa lo que hayas hecho, nunca pensaría eso de ti. Nunca.

Dana exhaló con un suspiro tembloroso.

—Yo soy la razón por la que mi matrimonio se acabó. Lo destruí. Hice algo imperdonable —le bajó la voz—. Si pudiera dar marcha atrás, lo haría. Él no merecía lo que le hice. Ni siquiera sentía nada por ella, no de esa manera.

Rachel la atrajo hacia sí.

—La conocí antes que a Vince. Lauren. En la academia —a Dana le ardían los ojos—. Era tan asquerosa. Sabía lo que quería de ella desde el principio. Solo que... se suponía que yo no debía ser *así*. Así que me casé con él. Lo intenté. Dios, joder, cómo intenté que funcionara. Lo quería. Creía que lo quería. Pero no pude.

Entonces llegaron las lágrimas, calientes e implacables, deslizándose por su rostro hasta el cojín bajo su mejilla.

—Una noche volvió antes de un seminario y nos pilló. A Lauren y a mí. En la cama que compartíamos como marido y mujer —se le

quebró la voz en la última palabra—. Le arruiné la vida. Lo humillé. Merecía todo lo que me dijo. Soy todo lo que dijo que era. Una mentirosa. Una infiel. Una puta.

—No —Rachel la rodeó con los brazos—. No lo eres.

—Sí lo soy —Dana intentó apartarse, pero Rachel la sujetó con firmeza.

—No lo eres —repitió Rachel, con los labios junto al oído de Dana—. Pasó. Cometiste un error al intentar ser alguien que no eres.

—Sus amigos y su familia me odian —dijo Dana entre lágrimas —. Lo destruí.

—Primero te destruiste a ti misma. Y siento mucho que pasara.

—No sé por qué te hago esto, Rachel. Soltarte toda mi mierda encima.

—Me alegro de que seas sincera.

—Rota —sollozó Dana—. Jodida.

—Aun así te quiero.

En cuanto las palabras salieron de los labios de Rachel, Dana la sintió quedarse rígida, sin respirar, sin emitir sonido, sin latido.

Se giró en los brazos de Rachel, los rostros a escasos centímetros. Rachel estaba aterrada. No podía creer lo que acababa de confesar.

Se miraron fijamente; la habitación estaba tan silenciosa que Dana podía oír su propio pulso en el cuello.

—Yo también te quiero —dijo Dana—. Te quiero muchísimo — levantó la mano y la posó en la mejilla de Rachel—. Te quiero.

—¿De verdad?

—No sé qué otra cosa puede ser esto. Nunca había sentido nada igual. Dudo que vuelva a sentirlo.

Las lágrimas de Rachel brotaron justo después de que Dana dijera esas palabras. Apoyó la frente en la de Dana y cerró los ojos.

—Quería decírtelo desde anoche —le besó la nariz y luego posó los labios sobre los suyos, manteniéndolos ahí unos segundos antes de abrir la boca—. Te quiero.

—Te quiero. Te quiero —la lengua de Dana, dulce y cálida, buscó primero la de Rachel en un roce lento.

Rachel gimió mientras Dana profundizaba el beso con todo lo que tenía.

Las manos de Dana recorrieron el cuerpo de Rachel, urgentes y necesitadas, mientras Rachel se arqueaba hacia sus caricias. No podía creer la sed que tenía de esa mujer después de horas follando sin parar. Pero ahora, esto era diferente.

Dana la puso boca arriba y la manta resbaló al suelo, dejándolas completamente desnudas. Sin romper el beso, se tumbó a medias sobre Rachel mientras su mano le recorría el estómago.

Entonces, unos faros barrieron las ventanas. Alguien le dio al botón de pausa.

La mano de Dana se quedó a medio camino entre las piernas de Rachel.

Rachel se quedó de piedra. —¡Joder! —soltó.

El inconfundible crujido de neumáticos sobre la grava. Un portazo. Luego otro. Voces.

—Joder. —Rachel se levantó de un salto y casi tiró a Dana del sofá.

—Joder, joder, joder. —Dana se puso en pie de un salto y recorrió el suelo con la mirada. Sus leggings estaban medio metidos bajo la mesita. Su jersey colgaba del brazo del sillón.

Chocaron la una con la otra mientras intentaban vestirse: Rachel a la pata coja para ponerse los vaqueros, a punto de caer de bruces sobre el sofá, y Dana peleándose con el sujetador.

—Esto no puede estar pasando —dijo Rachel con la cara ardiendo mientras forcejeaba con el sujetador.

—Pues sí que está pasando.

—¿Mi pelo está...?

—Está bien —mintió Dana mientras intentaba alisarse el suyo—. Estás bien.

—Estás mintiendo —dijo Rachel.

—Estoy mintiendo. Tienes pinta de haber estado follando seis horas seguidas.

—Pues sí. —Rachel soltó una risa entrecortada, casi histérica, justo cuando se abrió la puerta principal.

La voz de Ethan fue la primera en llegar al salón. —Solo digo que si me hubieras dejado llevar el GPS...

—No parabas de querer ir por la ruta panorámica —le cortó Jia, exasperada—. Estuvimos perdidos veinte minutos.

—No estábamos perdidos. Estaba explorando rutas alternativas.

Aparecieron en la puerta, todavía discutiendo, y se pararon en seco al ver a Dana y Rachel plantadas en medio del salón.

—Ah, hola —dijo Ethan frunciendo el ceño con expresión de extrañeza—. No sabía que había alguien.

Dana se volvió hacia Rachel, que tenía el pelo hecho un desastre. ¿Y por qué demonios estaba sujetando una vela blanca de la repisa y mirándola como si fuera un objeto de museo?

—Solo nosotras —dijo Dana, intentando sonar natural pero quedándose más bien en histérica—. Aquí, pasando el rato.

—Junto al fuego —añadió Rachel innecesariamente, poniéndose roja como un tomate—. Porque hace frío.

Otra cosa más que Dana tenía que añadir a su lista de cosas sorprendentes sobre Rachel. Para ser abogada, no sabía disimular en según qué situaciones.

Los ojos de Jia fueron de Dana a Rachel, recelosa pero al final sin mayor interés. —Claro. Hace frío. —Suspiró y volvió a centrarse en Ethan—. No hemos terminado con esta conversación.

Desaparecieron en la cocina sin dejar de discutir.

Dana todavía estaba soltando el aire cuando entró Lucy.

Se paró nada más cruzar la puerta y miró de Dana a Rachel y de vuelta. Entornó los ojos, fijándose en las mejillas sonrojadas de Dana, el pelo revuelto de Rachel con una vela en la mano, la manta tirada de cualquier manera sobre el respaldo del sofá. Reconocimiento, confusión, más confusión, pero lo disimuló enseguida y su cara se iluminó con una alegría forzada.

—Holaaa —dijo, alargando la palabra.

—Hola. —Dana intentó imitarla.

—¿Cómo estás? —Hizo una pausa, estudiándola.

—Bien, bien. Estoy bien.

—Tienes mucho mejor aspecto que esta mañana. —Hizo una pausa, realmente atónita.

—Ya, ¿verdad? —Se le erizó el vello de la nuca—. Eh... descansé un poco. —Notaba a Rachel detrás de ella.

—Ya lo veo —dijo Lucy, y pasó junto a Dana hacia el interior del salón—. Hola, Rachel.

—Hola —a Rachel se le quebró la voz y tosió un poco.

A espaldas de Lucy, Dana le hizo señas a Rachel para que soltara la vela, y Rachel obedeció al instante.

—Te he traído esto —dijo Lucy al volverse hacia Dana.

Dana ni siquiera se había fijado en la bolsa de papel que Lucy llevaba en la mano.

—Sopa. O wontons si te apetecen. Intenté llamarte para ver qué querías, pero el teléfono sonaba y sonaba.

¿Dónde coño estaba su teléfono? A Dana le dio un vuelco el cerebro.

—Creo que me lo dejé por la cocina. —Cogió la bolsa y cambió de tema—. ¿Qué tal el spa?

—Genial. —Lucy la cogió del brazo y la guio hacia la cocina—. Te ponen sueros intravenosos para quitarte la resaca de golpe. Me siento como nueva.

—Y se nota, desde luego. —Dana echó un vistazo por encima del hombro hacia Rachel.

En ese momento entró Martha, quitándose el abrigo. —Rachel, te has perdido el mejor masaje con piedras calientes de tu vida.

—¿En serio? —preguntó Rachel mientras Dana y Lucy entraban en la cocina.

Jia y Ethan seguían a lo suyo con el fiasco del GPS, sin ningún reparo en hacerlo delante de dos prácticamente desconocidas.

Dana se sentó en la isla y dejó la bolsa. —¿Habéis ido todos al spa?

—Culpable. —Lucy acercó un taburete—. Cheryl me preguntó qué tenía planeado y no pude mentirle. Quiso apuntarse y los demás la siguieron.

—Mierda —dijo Dana, y luego susurró—: ¿Te molestó tener que estar con todos cuando querías un día para ti sola?

Lucy torció el gesto, pensativa. —No. La verdad es que estuvo bien.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado.

—Ojalá hubieras estado allí. ¿Te resultó molesto tener a Rachel cerca?

Dana no la miró. —No —dijo secamente, y entonces vio su teléfono al otro extremo de la mesa. Se levantó y lo cogió. La batería estaba al 12%. Las notificaciones inundaban la pantalla: llamadas perdidas de Lucy, de su madre, de Jamal. Un recordatorio para volver a tramitar el papeleo de la campaña. Era lo último en lo que quería pensar. Se lo metió en el bolsillo de la sudadera y volvió a sentarse junto a Lucy.

—Gracias por esto. Tengo mucha hambre. Con sopa no me habría bastado.

Abrió la caja y justo entonces entraron Rachel, Martha y Cheryl, una tras otra, y llenaron la cocina de parloteo.

—La verdad, eso huele de maravilla —dijo Martha, asomándose por encima del hombro de Dana para mirar dentro de la caja—. Debería haber pedido lo mismo.

Dentro había seis wontons gordos, dorados y relucientes, con la masa plegada como pequeños monederos. De la superficie se elevaba el vapor, trayendo consigo el aroma del jengibre y el aceite de sésamo.

—Huele bien —dijo Rachel, aunque miró a Martha con gesto acusador fingido.

—¿Qué? —preguntó Martha.

—Sabes que me quedaba en casa. ¿Qué me has traído?

—Pff. ¿Que qué te he traído?

—Sí.

—No me juzgues. Te he traído algo.

—¿Qué me has traído?

Martha se lo pensó un momento. —Bueno, tengo cuatro galletas de la fortuna en mi...

—Que te jodan —dijo Rachel.

La cocina estalló en carcajadas.

—¿Qué? ¡Si te encantan! —protestó Martha—. Chicas, le encantan. Se lee toda la mierda que ponen dentro como si fuera el evangelio.

—Vale. Bien. Gracias —dijo Rachel, cruzada de brazos y fingiendo enfado.

—Puedes coger de los míos —ofreció Dana.

Rachel se volvió hacia ella con las cejas arqueadas. —¿En serio? ¿Segura?

—Son muchos. No me los puedo comer todos. Sírvete.

Rachel se relamió, primero para Dana, luego por la comida. —Pues no me voy a hacer de rogar.

En lugar de coger un tenedor o unos palillos, pescó un wonton directamente de la caja con dos dedos y se lo metió entero en la boca.

Dana y Lucy apartaron la mirada en el mismo instante. Dana se mordió el interior de la mejilla; la risa contenida amenazaba con acabar con ella allí mismo.

—Sí, es un poco salvaje —dijo Martha, negando con la cabeza—. Yo procuro no ir a restaurantes con ella.

Las miradas de Dana y Rachel se cruzaron por encima de la encimera.

Incapaz de contenerse más, Dana se dejó llevar por la risa y Rachel la siguió. Se miraron boquiabiertas y se quedaron sonriendo por algo íntimo que solo ellas dos compartían.

Rachel apartó la mirada primero, sin perder la sonrisa pese a los carrillos hinchados.

Dana mordió un wonton y saboreó la explosión de sabor. Cuando miró a la izquierda, Lucy la observaba con una pequeña sonrisa interrogante.

—Te preguntaría si estás bien, pero parece que sí —dijo Lucy más tarde esa noche, mientras las dos estaban tumbadas en la habitación.

Los fettuccine alfredo que Martha había preparado para cenar le pesaban en el estómago como una piedra. El vino que había bebido tampoco ayudaba. —Estoy bien —dijo, con la mirada fija en el techo.

—¿Así que ahora tú y Rachel os lleváis bien?

La pregunta la pilló desprevenida y Dana giró la cabeza para mirar al otro lado de la habitación.

Lucy la miraba igual que antes, esa tarde en la cocina, mientras ella y Rachel compartían los wontons. Sus sentimientos por Rachel eran tan intensos que no le extrañaría que Lucy hubiera visto que quería estirarse por encima de la mesa y besarla en ese mismo instante.

—Me alegro si es así —continuó Lucy con suavidad—. La vida es demasiado corta para guardar rencor. No deberías malgastarla enfadada.

Dana tragó saliva para deshacer el nudo que se le formaba en la garganta. Quería contárselo todo a Lucy, pero una parte de ella temía que nunca lo haría.

—Quiero que seas feliz, Dany. Te he visto infeliz demasiado tiempo. Quiero que vuelvas a encontrarte a ti misma, sea como sea. Quiero recuperar a mi amiga.

Dana no dijo nada. No pudo. En la oscuridad, siguió con la mirada clavada en el techo mientras las lágrimas le resbalaban por las sienes y le entraban en los oídos.

Debía de haber pasado una hora más o menos cuando el teléfono vibró en la mesita de noche. Esperó, atenta a la respiración de Lucy. Luego lo cogió con cuidado y la pantalla le iluminó la cara.

R [00:23]: Te echo de menos.

Dana la añoraba con todo su ser.

Dana [00:24]: Yo también te echo de menos.

R [00:24]: ¿Puedes escabullirte y venir a mi habitación?

Dana [00:25]: Quiero, cariño. Tanto que no te haces una idea.

Miró a Lucy, que dormía con el rostro sereno.

R [00:25]: Entonces ven.

Dana [00:26]: No puedo.

R [00:26]: Por favor. 10 minutos.

Dana [00:26]: Lucy está despierta.

Se quedó mirando los tres puntos.

R [00:28]: Vale.

Dana [00:28]: Lo siento. ¿Mañana?

R [00:29]: Vale.

Dana [00:30]: Bn. Te quiero.

R [00:31]: Yo también te quiero.

Dana se quedó mirando las palabras sin parpadear hasta que se le aguaron los ojos. Luego dejó el teléfono boca abajo sobre el

pecho y cerró los ojos, sabiendo que no dormiría.

CAPÍTULO 20

DANA NO QUERÍA correrse.

Cada vez que sentía que se acercaba —esa presión ardiente que se enroscaba en su estómago y la hacía querer rendirse— se apartaba, jadeando, con los muslos temblorosos. Quería quedarse suspendida en ese momento para siempre, boca abajo en la cama de Rachel, el culo en alto, la boca de Rachel sobre ella como si nunca hubiera dejado de desearla.

La lengua de Rachel era despiadada: lamía su clítoris con movimientos lentos y tentadores antes de descender más abajo para saborearla por completo. Dana enterró el rostro en la almohada para amortiguar los sonidos que no podía dejar de hacer, la sábana retorcida entre sus manos mientras Rachel le sujetaba las caderas y la mantenía en su sitio.

Dana intentó aguantar, intentó hacer que durara, pero la lengua de Rachel se aplanó contra su clítoris y ejerció una presión perfecta y devastadora. El orgasmo la atravesó, todo su cuerpo en tensión mientras gritaba contra la almohada. Las piernas le temblaban, los músculos se le contraían alrededor de la nada mientras implacables oleadas de placer la recorrían.

Todavía jadeaba en busca de oxígeno cuando Rachel se subió encima de ella, la montó por detrás y su coño húmedo se aplastó contra el culo de Dana. Las manos de Rachel se deslizaron por su espalda, posesivas y seguras, y luego le dio la vuelta.

Dana apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que Rachel se posicionara entre sus muslos y le abriera más las piernas. Bajó y sus coños se encontraron. Rachel movió las caderas, se frotó contra Dana, sus clítoris se deslizaron juntos de una manera tan dulce que a Dana se le nubló la vista.

—Qué bien se siente —suspiró Rachel mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Cada movimiento enviaba oleadas de placer a través de su cuerpo. Era como si Rachel estuviera dentro de ella, la presión y la fricción tan intensas que Dana no podía distinguir dónde terminaba ella y dónde empezaba Rachel. Su humedad se mezclaba, el sonido obsceno llenaba la habitación junto con su respiración agitada; Rachel se movía más rápido, más fuerte, persiguiendo su propia liberación.

Dana sentía que volvía a acumularse en ella, imposiblemente, su clítoris hipersensible palpitaba con cada roce del de Rachel contra él.

—Voy a correrme —jadeó Rachel; sus movimientos se volvían erráticos.

—Córrete para mí —la instó Dana mientras igualaba sus embestidas—. Quiero sentirlo.

Rachel se tensó, la boca se le abrió mientras se corría con un grito entrecortado. La visión de ella y la sensación de su coño pulsante hicieron que Dana se corriera de nuevo, con las uñas clavadas en los muslos de Rachel.

Se quedaron así durante un minuto, conectadas y temblorosas, ambas demasiado agotadas para moverse.

Luego Rachel se derrumbó a su lado y atrajo a Dana entre sus brazos para quedar enredadas.

La luz de la mañana entraba dura y brillante por la ventana e iluminaba el sudor en su piel.

Esa carrera temprana había merecido totalmente la pena. Diez kilómetros por senderos cubiertos de nieve habían despertado su apetito insaciable por Rachel. Cuando regresó, Lucy se había ido.

Había dejado una nota en la mesita de noche: *Caminata matutina con Cheryl. De vuelta a las 11.*

Tan anticuado. Tan propio de Lucy. Era adorable.

Dana se había duchado, cambiado, y luego se había dirigido directamente a la habitación de Rachel. Menos mal que estaba allí.

Rachel había abierto la puerta con solo una camiseta puesta, los ojos todavía cargados de sueño. Había metido a Dana dentro sin siquiera un buenos días. El resto era historia.

Ahora, tumbada tras lo ocurrido, Dana besó la cabeza de Rachel mientras respiraba el aroma de su cabello. —No sé cómo voy a arreglármelas sin esto. Sin ti.

—Solo nos quedan tres días más —dijo Rachel en voz baja.

Las palabras sonaron como una cuenta atrás.

—¿Qué pasa cuando vuelvas? —preguntó Dana—. A Chicago. Al trabajo.

Rachel se movió en sus brazos y se apoyó sobre un codo. —Supongo que me sumergiré de nuevo en los casos. Horas facturables. Declaraciones. La rutina de siempre.

—¿Por qué derecho ambiental? —preguntó Dana—. De todas las cosas que podrías haber hecho.

—Porque mi padre lo odia —bromeó Rachel.

Dana se rio.

—Pero en serio —dijo Rachel—. Porque la gente con dinero y poder cree que puede hacer lo que quiera. Envenenar ríos, talar bosques, destruir comunidades y salirse con la suya porque pueden permitirse mejores abogados. Yo quería ser la abogada del otro lado. La que les hace pagar.

—Podría decir lo mismo de ser policía. La gente no debería salirse con la suya por quiénes son. Pero, sinceramente, en muchos sentidos me hice policía porque huía de cosas.

—¿De qué?

—De mí misma. De la verdad. Era más fácil ser la sheriff Finch que ser lo que realmente soy.

El ventilador de techo de Rachel, que giraba sobre ellas, era hipnotizante, y Dana se había quedado adormilada con su zumbido antes de que Rachel volviera a hablar.

—Todavía no estás lista. Para dejar de huir.

No era una pregunta.

Dana se puso rígida, incómoda. Quería decir *sí, estoy lista, quiero esto, te quiero a ti.* Pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Rachel se incorporó y se envolvió en la sábana. —Está bien —dijo con amargura—. Sé lo que dije antes, pero podemos simplemente estar aquí ahora y olvidar lo que hay más allá de estas cuatro paredes. Cuando te vayas, puedes guardarte esto en un rincón de la cabeza y volver a tu vida. Está bien.

No estaba bien. Era lo más triste que Dana había oído en su vida. —¿Es eso lo que quieres? —preguntó mientras se incorporaba también.

Rachel la miró fijamente, y Dana pensó por un momento —más bien esperó— que fuera a decir que no.

—Como ya te dije, no voy a ser el secreto de nadie. Así que sí, es lo que quiero.

Se puso de pie, dejó caer la sábana y cogió su ropa. —Es lo que tú también quieres, ¿verdad? —Se puso la camiseta sin mirar a Dana —. O sea, ¿esconderte?

Dana sintió como si le hubieran dado un puñetazo. —No.

—¿No? No has dicho nada sobre lo que podría pasar a partir de ahora, así que me podrías haber engañado.

—No quiero esconderme. Te quiero a ti. Quiero conocer a tus amigos y agobiarme pensando si les caeré bien. Quiero que mis padres te conozcan. Quiero despertarme a tu lado y no tener que escabullirme antes de que alguien me vea. Lo quiero todo.

—¿Pero? —Rachel se giró con los brazos cruzados sobre el estómago, como si tuviera retortijones.

—Pero estoy aterrada —Dana se tapó con las sábanas—. No sé qué van a pensar mis padres.

—Tienes treinta y cuatro años, Dana, no trece.

—No lo entiendes. He pasado cuatro años construyendo esta vida. Esta carrera. Si salgo del armario, joder, lo pierdo todo. Puedo perderlos.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé —a Dana se le llenaron los ojos de lágrimas—. Somos del mismo sitio. Bracken Ridge no perdona a la gente como yo, lo sabes.

La expresión de Rachel se suavizó, pero solo un poco. —¿Entonces qué me estás diciendo? ¿Que simplemente terminamos con esto cuando nos vayamos?

—No lo sé. No sé ni lo que estoy diciendo.

Rachel la miró durante un largo momento, con el dolor escrito en la cara. Luego se volvió hacia la ventana y se puso los vaqueros. —Así que esto es no hacerme daño, ¿no? Sabía que no debería haber hecho esto. Debería haberlo visto venir. No sé qué esperaba.

Dana se arrebujó más en la sábana. —Rachel, por favor.

—¿Por favor qué?

Entonces la puerta se abrió de golpe con tanta violencia que Dana buscó instintivamente el arma que no llevaba en la cintura.

Pero solo era Martha en el umbral, con la boca formando una O perfecta ante lo que estaba presenciando. —Mierda. Lo siento —pero no se fue. Ni siquiera parecía arrepentida en lo más mínimo. Se quedó allí plantada, con los ojos yendo de Rachel medio vestida junto a la ventana a Dana enredada en las sábanas. Entonces una enorme sonrisa le iluminó la cara—. Volveré —dijo sin moverse.

—Tienes que irte para poder volver —dijo Rachel, visiblemente irritada.

—Por supuesto. Perdón —Martha retrocedió y cerró la puerta. Luego la volvió a abrir de inmediato—. No lo siento. ¡Bien! —aplaudió bajito, radiante—. Me alegro muchísimo por vosotras. Lo vi venir, ¿eh? Vale, adiós.

La puerta se cerró con un clic.

Dana y Rachel se miraron.

Entonces, a pesar de todo, Rachel soltó una risa ahogada, arrugando la frente.

—Bueno —dijo Dana—. Pues eso ha pasado.

—Sí, ¿verdad? Y el mundo sigue girando —la sonrisa de Rachel se apagó y terminó de vestirse.

—Rachel.

—¿Sí? —Rachel esperó algo que no creía que fuera a llegar.

—No pretendo hacerte daño.

—Ya.

—Solo necesito tiempo.

—Tiempo —Rachel asintió, apretó los labios e hizo una reverencia—. Yo también. Nos vemos por ahí —dijo, y se fue.

Dana se quedó sentada en la habitación vacía. Las sábanas aún conservaban el calor de Rachel.

¿Qué cojones significaba «nos vemos por ahí»?

Se obligó a moverse y vestirse. Recogió la ropa que había dejado en un montón en el suelo de Rachel: mallas de correr, sujetador deportivo, la sudadera que había llevado para su carrera de diez kilómetros esa mañana. En el teléfono eran las 10:47. Lucy volvería pronto de su excursión, si no había vuelto ya.

Salió sigilosamente de la habitación de Rachel tras comprobar que el pasillo estaba vacío. Dio tres pasos hacia la habitación Aspen cuando le llegaron voces desde abajo. Risas, platos.

Brunch.

Podía volver a su habitación y esconderse hasta que Lucy regresara. Pero eso solo generaría preguntas sobre por qué se escondía. Y además, tenía un agujero enorme en el estómago que pedía comida a gritos.

Bajó las escaleras con cautela, agarrada a la barandilla. En el comedor, Lucy y Cheryl ocupaban un extremo de la larga mesa, riéndose de algo en el teléfono de Cheryl. Martha y Rachel estaban en el otro extremo: Martha hablaba animadamente mientras Rachel removía la comida en el plato.

Patricia salió de la cocina con una fuente de fruta fresca. —¡Dana! Justo a tiempo. He vuelto a hacer demasiada comida.

—Eso es bueno —Dana se acercó al bufé y se sirvió huevos revueltos y tostadas.

—¿Buena carrera esta mañana? —preguntó Lucy desde su sitio.

—Sí. Me despejó.

—Te perdiste una excursión genial. Cheryl encontró un sendero con vistas al valle. Precioso. Creo que repetiremos mañana.

Dana ocupó el asiento vacío junto a Lucy, en diagonal a Rachel. Sentía su presencia como un tirón magnético, pero no la miró.

—Entonces, ¿qué planes tenéis para hoy? —preguntó Patricia mientras rellenaba las tazas de café—. Puedo preparar el equipo de raquetas de nieve si a alguien le apetece.

—En realidad —dijo Rachel, dejando el tenedor—, estaba pensando en acercarme al pueblo. Hay un museo de historia local que quería ver. ¿El Museo del Patrimonio Maderero? Vi un folleto en el vestíbulo.

Martha se animó. —Oh, me encantan los museos. ¿Puedo ir?

—Claro.

—¿Alguien más? —Martha miró alrededor de la mesa.

Dana mantuvo los ojos en el plato. «Di algo», pensó. «Pide ir con ellas». Pero se le cerró la garganta.

—Yo paso —dijo Cheryl—. Hoy no pienso hacer nada más que meterme en el jacuzzi. Puede que hasta me quede dormida dentro.

—¿Lucy? —preguntó Martha.

—Yo también estaba pensando en ir al pueblo. Aunque por otra razón. Tengo que comprar regalos para mis chicos. Mark no para de escribirme diciéndome que lo están volviendo loco preguntando cuándo vuelvo y qué les voy a llevar. —Miró a Dana—. ¿Quieres venir? Podríamos pasarnos por esa juguetería de Redstone.

Dana asintió, agradecida por tener una excusa. —Sí. Suena bien.

Rachel la miró entonces, apenas un instante. Luego apartó la vista.

El resto del desayuno transcurrió entre conversación ligera: Patricia contó historias reconfortantes sobre huéspedes anteriores, Cheryl compartió recomendaciones de spa, Martha debatió si quedarse un día más.

Dana comió mecánicamente, odiando cómo Rachel le revolvía el estómago cada vez que la miraba.

Cuando todos empezaron a recoger los platos, Rachel y Martha subieron a prepararse y Dana ayudó a Lucy a llenar el lavavajillas.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy en voz baja.

—Sí. ¿Por qué?

—Estás muy callada.

—Es el cansancio. Tanto aire fresco.

Lucy la estudió un momento y se encogió de hombros. —Bueno, prepárate. Salimos en veinte minutos.

El viaje a Redstone duró cuarenta minutos de carreteras de montaña serpenteantes y la playlist de Lucy. Dana miraba por la ventana, viendo los pinos nevados desdibujarse a su paso.

—Vale, en serio —dijo Lucy, bajando la música—. ¿Crees que tendrán abierta esa cafetería tan temprano? ¿La de los rollos de canela de escándalo?

—Acabas de comer.

—No he venido hasta aquí para no comprarme algo.

Dana se rio. —Tienes razón. Iremos después. A lo mejor nos llevamos algo de repostería para luego.

—Fijo.

El pueblo de Redstone era pequeño y encantador hasta la exageración. Escaparates de ladrillo decorados para las fiestas, guirnaldas de luces cruzando la calle Charlotte, un enorme árbol de Navidad frente al juzgado. Lucy aparcó cerca de la juguetería y pasaron una hora curioseando.

Estuvo debatiendo entre un camión volquete y un camión de bomberos para Jake, y al final compró los dos. Dana compró demasiados juguetes para los gemelos y aun así hizo sitio para dos alces de peluche y una rata de peluche para Midge, todo mientras intentaba prestar atención a la cháchara de Lucy sobre cómo enseñar a los niños a usar el váter y los dramas del preescolar.

Pero no podía dejar de pensar en la cara de Rachel cuando dijo: «Nos vemos por ahí». Sonó tan definitivo.

En una librería, mientras Lucy deambulaba por la sección de superventas, Dana sacó el móvil.

Sin mensajes.

Escribió: ¿Dónde estás?

Lo borró al recordar que estaba en el museo.

Lo intentó de nuevo: ¿Qué tal? ¿Estás bien?

Le dio a enviar antes de pensárselo demasiado.

R [16:23]: Sí.

Dana [16:23]: Quiero hablar.

R [16:24]: Vale.

Dana [16:24]: ¿Esta noche?

R [16:25]: Claro.

CAPÍTULO 21

DANA SALIÓ A LA terraza trasera. Un millón de estrellas titilaban en el cielo y las aves nocturnas emitían sus cantos a lo lejos. Sacó el móvil y miró la hora. 22:23.

Entró en el chat de Rachel y le escribió.

Dana [22:24] ¿Dónde estás? ¿Todavía vamos a hablar? Se está haciendo bastante tarde.

R [22:25]: Perdona, olvidé que le prometí a Martha que saldríamos. Hablamos luego.

Dana leyó el mensaje dos veces. Sabía que era una excusa de Rachel para no verla. Quería escribirle que solo les quedaba un día completo, que necesitaba verla. Pero al final, se limitó a responder: OK.

Se quedó en la terraza mirando las estrellas. El frío le calaba la chaqueta, pero no se movió. Dentro, se oían risas en el salón.

Cuando ya no pudo aguantar más el frío, volvió a entrar y subió a la habitación Aspen, donde Lucy organizaba su maleta con su eficiencia habitual. Aunque no viajaba precisamente ligera de equipaje, mantenía todo en cierto orden y listo para volver a hacer la maleta en cualquier momento, como si siempre estuviera preparada para salir corriendo. Dana había aprendido a hacer lo mismo.

—Hola —dijo Lucy.

—Hola. —Dana se puso el pijama y se metió en la cama.

—Patricia va a organizar una última excursión en grupo mañana por la mañana. Un sendero de cresta con vistas. ¿Te apuntas?

—Por supuesto que me apunto. —Dana suspiró y cruzó los tobillos—. No dejo de pensar en volver al trabajo y todo eso. Me parece surrealista.

—No me metas eso en la cabeza ahora. Todavía me queda un buen día. Lástima que no pueda emborracharme porque tendré que conducir de vuelta.

—Sabes que puedo conducir yo. Por favor, dime que sabes que puedo conducir.

Lucy se rio.

—Venga, disfruta de lo que queda de esto.

—Creo que ya he tenido suficiente.

—Seguro que por las dos. —Dana se tumbó en la cama, con las manos sobre el estómago, mirando el techo blanco. Aguzó el oído para captar el sonido de un coche entrando, neumáticos sobre la grava, voces en el camino de entrada, si es que tenía tan buen oído. Esperaría despierta a Rachel y hablaría con ella cuando volviera.

Pero el agotamiento se apoderó de ella y, finalmente, se quedó dormida.

Cuando se despertó, ya era de día, y Lucy parecía no haberse acostado.

Vestida con ropa de senderismo, estaba sentada en su cama atándose las botas. —Buenos días —dijo mientras Dana bostezaba y se estiraba—. Salimos en cuarenta minutos.

—Te veo abajo.

Dana se incorporó. Lo primero que pensó fue en Rachel y en a qué hora habría vuelto anoche. Miró el móvil, pero no tenía mensajes ni llamadas de ella.

Se duchó y bajó. En el comedor, Patricia había preparado un desayuno continental. Cheryl y Jia se servían fruta y bollería. Martha estaba sentada a la mesa con un café, mirando el móvil.

Ni rastro de Rachel.

Dana se sirvió café y se sentó frente a Martha. —Buenos días.

—Hola. —Martha levantó la vista—. ¿Lista para la excursión?

—Siempre. —Luego, en voz baja—: ¿Rachel viene?

—Dijo que sí. Lo que pasa es que esta mañana va lenta. —Martha sonrió—. Puede que anoche volviéramos un poco tarde.

Dana forzó una sonrisa y dio un sorbo al café.

Quince minutos después, apareció Rachel, con el pelo recogido en una coleta suelta, ojeras bajo los ojos. Cogió una barrita de cereales y una botella de agua sin sentarse.

—¿Todos listos? —preguntó Patricia desde la puerta, ya con el abrigo y las botas puestos.

La excursión fue brutal. El sendero ascendía con fuerza, estrecho y helado en algunos tramos. Patricia iba en cabeza, señalando formaciones rocosas y plantas autóctonas que a Dana no le interesaban lo más mínimo. Cheryl y Jia la seguían de cerca, charlando sobre sus planes para las vacaciones. Martha y Rachel caminaban juntas hacia la mitad del grupo.

Dana empezó al lado de Lucy, escuchando a medias a su amiga hablar de lo mal que envolvía Mark los regalos y de las listas de deseos navideños de los gemelos. Pero cuando el sendero se ensanchó y Lucy se adelantó para preguntarle a Patricia por la altitud, Dana aprovechó la oportunidad.

Aceleró el paso hasta colocarse justo detrás de Rachel.

—Oye, ¿Rachel? —dijo Dana en voz baja.

Rachel tensó los hombros y no se dio la vuelta.

—¡Rachel!

—¿Sí? —Rachel mantuvo la mirada fija en el sendero.

—¿Qué pasó anoche?

—Nada, me quedé fuera hasta tarde.

—No pudimos hablar. ¿Podemos hablar? ¿Por favor?

—Está claro que aquí no podemos hablar.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué te comportas así conmigo? Nos vamos mañana. —Dana mantuvo la voz baja, muy consciente de que

Martha estaba a solo unos metros—. Y no me has dirigido la palabra.

Rachel dejó de caminar y por fin la miró. —¿Qué quieres que te diga, Dana?

—Quiero que hables conmigo. O que me escuches. Que no me dejes fuera.

—No te estoy dejando fuera. Es solo que... —Rachel miró hacia delante, al grupo, y luego a Dana—. No puedo hacer esto aquí. Ahora no.

Martha también se había parado y fingía ajustarse la mochila, claramente para darles privacidad.

Rachel se dio la vuelta y siguió caminando, ahora con paso más rápido.

—Rachel, por favor. —Dana se quedó clavada en el sendero y soltó un resoplido de frustración y miedo. Luego siguió avanzando, a duras penas, rezagándose del grupo.

El resto del día fue imposible. Después de la caminata, todos se dispersaron. Dana intentó encontrar a Rachel, pero siempre se le escapaba. En su habitación con la puerta cerrada. Junto al jacuzzi con Cheryl. Imposible de localizar.

Por la noche, mientras estaba sentada en la sala principal navegando por YouTube, vio a Rachel y a Martha marcharse. Convencida de que lo hacía a propósito y de que quería que la dejaran en paz, Dana se rindió. Por mucho que le doliera el alma, se retiró a su habitación y se metió directa en la cama, con la mente puesta en irse por la mañana.

Horas más tarde, no pudo contenerse más y las lágrimas le empaparon la almohada. Miró a Lucy, que había entrado y se había quedado profundamente dormida. Cómo la envidiaba.

Entonces, a las 23:47, Dana lo oyó. Neumáticos sobre la grava. El golpe de una puerta de coche.

Se deslizó fuera de la cama y se acercó a la ventana. Abajo, el coche de Martha estaba aparcado en el camino de entrada, con el motor chasqueando mientras se enfriaba. Martha y Rachel bajaron y caminaron del brazo.

Era el momento. Su última oportunidad. Si hacía el ridículo total, al menos sabría que lo había intentado. Agarró la sudadera y salió de la habitación con el mayor sigilo posible. Recorrió el pasillo, se detuvo frente a la puerta de Rachel y llamó tres veces.

—¿Quién es?

—Soy yo, Rachel. ¿Puedo entrar?

Una pausa.

—¿Por favor?

—Está abierta.

Dana abrió la puerta y entró. La habitación estaba a oscuras, apenas iluminada por la luz de la luna. Rachel estaba sentada en el alféizar, con una rodilla recogida, mirando hacia fuera.

—¿Qué pasa? —Dana fue directa al grano—. ¿Por qué me evitas? —Cerró la puerta tras de sí—. ¿Quieres que te deje en paz? Podrías habérmelo dicho en vez de tenerme persiguiéndote como una idiota.

—No es eso en absoluto —Rachel hablaba con tanta calma, con tanta dulzura, a pesar de lo que le estaba haciendo sentir a Dana.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Dana entre dientes y dio un paso más cerca—. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

Rachel bajó la cabeza.

Dana esperó, dándole tiempo.

—Porque... —Rachel inspiró hondo y soltó el aire—. Esto no soy yo. No suelo ser así.

Dana se acercó más.

—¿Así cómo, cariño?

Rachel la miró, y aun en la penumbra, Dana pudo ver las lágrimas en sus mejillas. Le rompió el corazón verla así.

—Puedo despedirme de cualquiera y seguir adelante. Pero ahora, es como si no supiera cómo hacerlo.

Dana dio un paso adelante.

—A mí nadie me vuelve loca. Y tú me tienes jodidamente desquiciada.

Se adentró en la habitación y se arrodilló frente a Rachel, tomándole el rostro con suavidad entre las manos. Tenía la piel cálida y húmeda por las lágrimas.

—Me estoy volviendo loca. No te despidas de mí —suplicó Dana con fiereza—. Por favor, no te despidas, porque no es un adiós. Te lo prometo.

—No me prometas cosas que no puedes cumplir.

—Lo digo en serio —los pulgares de Dana le recorrieron los pómulos a Rachel, secándole las lágrimas—. No voy a dejarte escapar.

Rachel escrutó su rostro, buscando la mentira, la vacilación.

Pero Dana no titubeó.

—Te deseo. Quiero estar contigo. No quiero que esto termine.

Los hombros de Rachel se hundieron. Se deslizó del alféizar y Dana la atrapó de inmediato, envolviéndola entre sus brazos.

Se dejaron caer al suelo, Dana con la espalda contra la pared y las piernas estiradas, mientras Rachel se acurrucaba contra ella y se dejaba sostener.

—Yo tampoco quiero despedirme —admitió Rachel, temblando.

Dana la estrechó con más fuerza, con una mano en la nuca de Rachel. Su mente se disparó con un solo pensamiento: *No voy a perderla*.

—Estoy aterrada —dijo Rachel.

—¿De qué?

—De que vaya a ser algo que simplemente te pasó.

—No —profundamente herida por las palabras de Rachel, Dana la miró a los ojos verdes y llorosos—. No lo eres.

Rachel dejó escapar un suspiro tembloroso, algo entre una risa y un sollozo. Bajó la mirada al pecho de Dana, como si no supiera si acercarse o alejarse.

—¿Crees que te estoy mintiendo? —preguntó Dana, y le levantó la barbilla con el dedo para verle la cara.

—Sinceramente, no lo sé.

—Quiero verte —dijo Dana—. Es lo único en lo que puedo pensar.

—Me estás viendo ahora.

—Me refiero fuera de aquí. Esto no puede ser todo —la miró fijamente—. Quiero verte. Y pronto.

Rachel se incorporó con esperanza o incredulidad.

—No solo lo digo por decir. Nunca haría eso.

—Entonces, ¿cuándo?

—Justo después de irnos. Al día siguiente. Al otro día. No lo sé. Lo antes posible.

El rostro de Rachel se iluminó, pero enseguida frunció el ceño.

—¿Pero cómo? Es Navidad. Dijiste que tienes trabajo. Yo tengo trabajo. Trabajo en Nochebuena. Yo…

—¿El día de Navidad? —preguntó Dana, arqueando una ceja—. ¿Trabajas el día de Navidad?

Rachel se secó los surcos de las lágrimas y negó con la cabeza. —No.

—Yo tampoco. Los planes que tenía, quedan todos cancelados a partir de ahora. —Le tomó el rostro entre las manos—. No me importa adónde vayamos ni qué hagamos, siempre que estemos juntas. Solo quiero estar contigo. Todo el tiempo.

Rachel apoyó la frente contra la de Dana.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. ¿Tú no?

Rachel abrió los ojos y clavó la mirada en los de Dana. —Mi cabaña —soltó de repente.

—¿Eh? —preguntó Dana, confundida.

—Tengo una cabaña en Ashmont. Una casita justo a orillas del lago. Nunca he llevado a nadie, ni siquiera a Martha. Ni siquiera a mi madre. Podemos ir si quieres.

Dana suspiró aliviada. —¿Que si quiero? —Deslizó los dedos por los labios de Rachel, con ganas cada vez mayores de besarla—. Sí,

quiero. Y no me importa adónde vayamos. Aunque fuera una caja de arena para gatos.

Rachel se rio. —No lo es.

Dana sonrió y le acarició la cara.

—Está a unas horas de Bracken Ridge y puedo coger un vuelo desde Chicago después del trabajo.

Dana sonrió de oreja a oreja. —Sí —dijo, y luego, con más entusiasmo, riendo—: ¡Joder, sí!

Rachel volvió a reírse, con los labios y la nariz rozando los de Dana.

—Podemos estar juntas. Despertar juntas. —Dana la besó con ternura.

—Quiero despertar a tu lado.

Dana volvió a besarla: los labios, la mejilla, la nariz, la frente.

—Puedes traer a Midge. Por favor, di que sí. Me muero de ganas de conocerla.

Dana se echó hacia atrás. —¿Midge? No creo que sea buena idea. Esa gatita es un desastre. Ya la has visto.

Rachel se rio. —La quieres, así que seguro que yo también la voy a querer, pase lo que pase.

—¿Estás segura?

—Solo espero que no me odie.

—No va a odiarte. Eres lo más difícil de odiar. Créeme, lo he intentado.

Rachel se rio entre dientes.

—Uf, no sé. —Dana seguía escéptica—. Midge es de otro planeta. Si hay algo que va a hacer seguro, es romper cosas. Te va a romper las cosas.

Rachel soltó una carcajada. —Me da igual, no pasa nada. Son solo cosas.

Dana se puso seria. —Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Vamos a hacerlo.

Rachel asintió. —Sí, lo haremos.

Se quedaron en el suelo un rato más, abrazadas en la oscuridad. Al final, Dana cambió de posición y despegó la espalda de la pared.

—Ni se te ocurra —dijo Rachel, sujetándola.

—Debería volver —dijo Dana a regañadientes.

—No quiero que te vayas —gimió Rachel.

—Lo sé. Yo tampoco.

—Dos minutos más.

Dana le besó la cabeza y la mantuvo entre sus brazos un poco más, hasta que Rachel se levantó y tiró de ella para que hiciera lo mismo.

En la puerta, Dana se volvió. —El día de Navidad —dijo.

—El día de Navidad —confirmó Rachel.

—No puedo esperar. —Dana salió al pasillo y volvió a la habitación Aspen. Abrió la puerta con cuidado y entró.

La maleta de Lucy estaba junto a la puerta, preparada para salir por la mañana. Dana se quitó la sudadera y volvió a meterse en la cama, subiéndose las mantas hasta el cuello. Se quedó mirando el techo con la mente acelerada por todo lo que acababan de planear. El día de Navidad. Ashmont. La cabaña de Rachel. Ahora parecía real, no solo una fantasía.

Oyó a Lucy darse la vuelta en la cama.

—Últimamente desapareces mucho —dijo Lucy.

Dana giró la cabeza y vio a Lucy apoyada sobre un codo, con la palma de la mano sosteniéndole la cabeza, mientras la observaba.

Dana volvió a mirar al techo. Sentía la garganta seca y áspera. —Tengo que contarte algo —dijo—. Algo que ya no puede esperar. No puedo guardármelo más.

—Dana. —Lucy, preocupada, se incorporó—. Me estás asustando.

—No te asustes.

—Puedes contarme lo que sea. Lo sabes.

—No sé cómo te lo vas a tomar ni qué vas a pensar. —Dana se incorporó despacio y cruzó las piernas bajo las mantas. Miró a Lucy. Su mejor amiga. La persona que la conocía mejor que nadie—. Estoy saliendo con Rachel.

Dana dejó que las palabras calaran.

Lucy no parecía sorprendida. También se incorporó, adoptando la misma posición que Dana. —Lo sé.

—¿Lo sabes?

—No lo sabía seguro, pero me lo imaginaba. Por cómo os mirabais. Por cómo te escabullías. —La voz de Lucy era suave—. Solo estaba esperando a que me lo contaras.

A Dana se le llenaron los ojos de lágrimas. —Lo siento. —Se miró las manos y luego volvió a mirar a Lucy—. Debería habértelo dicho antes.

—Oye. —Lucy se inclinó hacia delante—. No tienes que disculparte. Me alegro de que me lo estés contando ahora.

—¿No estás enfadada? ¿O asqueada?

—¿Asqueada? ¿Estás de broma? No.

—Estaba tan asustada —confesó Dana, con la voz quebrada—. De lo que pensarías. De lo que pensaría todo el mundo, pero no puedo evitarlo. Lucy, la quiero.

—Oh, Dany. —Lucy extendió una mano hacia ella, pero las camas estaban demasiado lejos, así que la dejó caer en su regazo—. No llores. No hay motivo para llorar. Lo que importa es que seas feliz. Y francamente, me parece increíble. —Lucy hizo una pausa—. ¿Eres feliz?

Dana pensó en el rostro de Rachel, en su risa. En cómo la hacía sentir que podía respirar por primera vez en años.

—Sí —dijo Dana, con las lágrimas corriéndole por la cara—. Lo soy.

—Entonces eso es lo único que importa.

—¿Lo es?

—No le estás haciendo daño a nadie. Rachel no está saliendo con nadie más, ¿verdad?

—No.

—Genial. —Lucy soltó una risita—. Dios mío. No me lo puedo creer.

—Yo tampoco. —Dana se rio con ella, tapándose la boca, pero de pronto se detuvo y la alegría se tornó en tristeza—. Joder. No sé qué voy a decirles a mis padres. Ya sabes cómo son. Y encima, ¿cómo va a afectar esto a mi carrera?

—Puedes adelantarte y contar tu versión antes de que lo haga otro. En cuanto a tus padres, puede que necesiten tiempo para asimilarlo, pero no van a dejar de quererte.

—¿Estás segura?

—Al ciento diez por ciento. Y si no lo hacen, tienes que quererte a ti misma.

Dana sonrió entre lágrimas y se las secó con el dorso de las manos para ver mejor y asegurarse de que no estaba soñando. —No me puedo creer que esto esté pasando.

Lucy se llevó los dedos a los labios para tapar su sonrisa boba. —¿Te has acostado con esa mujer tan guapa? ¿Rachel Conroy? Me has dejado flipando. ¿Rachel? —Lucy suspiró embelesada.

—Lo sé. Es tan raro, pero a la vez tan... bien. Todo. Y no es solo por el...

—¿El sexo?

—Sí —dijo, eufórica solo de pensarlo—. Es que conectamos a otro nivel. Queremos seguir viéndonos. Hemos quedado en seguir viéndonos.

Lucy se incorporó, emocionada. —Es tan increíble que creo que voy a llorar. —Se llevó la mano al pecho, con los ojos humedeciéndosele.

—Por favor, no llores, porque vas a llorar de verdad cuando te diga que he fastidiado nuestros planes.

—Sinceramente, me da igual. Quiero que estropees nuestros planes por esto. Por favor, manda nuestros planes a la mierda por estar con Rachel.

Dana soltó una carcajada. —Quedamos el día de Navidad.

—¡Ah! —Lucy se quedó un poco chafada por un segundo, pero enseguida volvió a invadirla la alegría—. Está bien. Tenemos muchas más Navidades por delante. Te mereces esto, Dana. Te lo mereces de verdad. Te voy a echar de menos, pero ya te tocaba ser feliz. —Lucy la miró como si la viera por primera vez—. Navidad, ¿eh?

—Sí.

—¿Necesitas que me encargue de tus padres? ¿Qué quieres que les diga? Ponme al día y te cubro.

—No lo sé.

—Podrías decirles simplemente que vas a ver a una amiga.

—Supongo.

—Creo que es un buen comienzo. —Lucy la miró fijamente—. Sabes que no puedes esconderte para siempre, ¿verdad?

—Lo sé. —Dana se secó los ojos—. Es solo que... todavía no estoy lista.

—No tienes que estar lista todavía. Tómate tu tiempo. Esto ahora mismo es cosa tuya y de Rachel. De nadie más. Pero, Dany... —La voz de Lucy adquirió ese tono grave y maternal—. Ojalá me lo hubieras contado antes. No tenías que cargar con esto sola. Nunca tienes que cargar con nada sola.

Dana sollozó quedamente. —Gracias por estar a mi lado.

—Para eso estoy.

CAPÍTULO 22

EL VIAJE A ASHMONT duró poco más de tres horas. Dana había salido de Bracken Ridge al mediodía, con Midge protestando a maullidos desde el transportín en el asiento del copiloto.

—Lo sé, lo sé —dijo Dana con tono comprensivo, metiendo los dedos por la rejilla—. Odias el coche. Ya casi llegamos.

El trabajo había estado bendecidamente tranquilo los últimos días. Algunas quejas por ruido, un pequeño choque en el aparcamiento del supermercado, nada que requiriera más que papeleo. Jamal se había encargado de casi todo mientras Dana ponía al día las tareas administrativas que llevaba posponiendo desde antes del albergue.

Cuando pasó por casa de sus padres el día anterior para recoger algunas cosas, su madre la abrazó y luego la apartó un poco, sujetándola por los hombros para estudiarle el rostro.

—Sigues radiante —dijo Clara—. Ese viaje te sentó de maravilla.

—Gracias, mamá.

—¿Seguro que no puedes venir a cenar mañana? Solo estará la familia. Darren también viene.

—No puedo. Ya te dije que voy a visitar a una amiga.

—Vaya amiga para que te pierdas la cena de Navidad.

Dana sonrió y cambió de tema.

Ahora, mientras conducía por las sinuosas carreteras de montaña, se preguntaba qué diría su madre si supiera que la amiga

a la que iba a visitar era una mujer. La mujer de la que estaba locamente enamorada.

Su teléfono sonó a través de los altavoces del coche. El nombre de Rachel se iluminó en el salpicadero.

—Hola, cariño —contestó Dana.

—Hola. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy... —Dana miró el GPS—. No lo sé. Esta cosa me dice que gire a la izquierda, pero no hay ninguna carretera.

—¿Otra vez? —Rachel se rio—. Vale, dime qué ves.

—Árboles. Nieve. Más árboles.

—¿Qué dice el GPS?

—Dice que tome la Carretera del Condado 47 durante cinco kilómetros.

—Eso está mal. Ya estás en la Carretera del Condado 47. Tienes que seguir otros diez kilómetros y luego girar a la derecha en Lakeview Drive.

Era la tercera vez que Rachel llamaba para ayudarla con las indicaciones, y Dana podía oír la cariñosa exasperación en su voz.

—Diez kilómetros, luego a la derecha en Lakeview. Entendido.

—Hay una tiendecita en la esquina. No tiene pérdida.

Dana condujo en silencio, y luego:

—¿La tienda es verde?

—No, cariño, es roja.

—Pues estoy viendo un edificio verde.

—Entonces te has equivocado de dirección.

—No me he equivocado, cielo. Dijiste diez kilómetros.

—Dije diez kilómetros desde donde estabas. ¿Cómo voy a saber dónde estás ahora?

—Lo siento. Es que... estoy nerviosa por verte. Nada más.

La voz de Rachel se suavizó al instante.

—Yo también. Estoy deseando verte.

—Vale, ya veo la tienda roja. Giro a la derecha en Lakeview.

—Bien. Ahora sigue hasta lo alto de la colina. La carretera se estrecha y serpentea entre los árboles. Sigue recto hasta que veas el camino de entrada a la izquierda. Está un poco escondido, pero hay un buzón con una bandera azul.

—Ya casi estoy, ¿verdad? Acabo de pasar el... —Dana entornó los ojos para leer un letrero desgastado—. El Silver Antler Tavern.

—Sí, estás a unos dos minutos. Y esta noche vamos a ese bar, fijo.

—Parece cerrado. Es día de Navidad, cielo.

—Está abierto los trescientos sesenta y cinco días del año. Trescientos sesenta y seis en año bisiesto.

Dana se rio.

—Estás de broma.

—No bromeo. No creen en los festivos.

—Ya veremos.

Midge soltó un maullido especialmente agresivo desde el transportín.

—¿Es ella otra vez? —preguntó Rachel.

—Sí. Está encantada de la vida.

—Tengo muchas ganas de verla.

A Dana se le hinchó el corazón.

—Estoy deseando que la conozcas.

La carretera se estrechó como Rachel había advertido y serpenteaba cuesta arriba entre pinos densos. Las ramas cargadas de nieve se arqueaban sobre su cabeza y formaban un túnel blanco. Luego los árboles se abrieron y Dana vio el camino de entrada: un sendero privado que subía hacia la izquierda, marcado por un buzón desgastado con una bandera azul descolorida.

Giró y siguió el camino, que subía cada vez más y se curvaba entre el bosque.

Entonces lo vio.

Dana contuvo el aliento durante varios latidos.

Aquello no era una «pequeña cabaña».

La cabaña estaba enclavada en la ladera, rodeada de pinos altos. Era moderna y elegante: líneas limpias, ventanales amplios, revestimiento de madera cálida con detalles de metal oscuro. No era enorme, pero sí innegablemente lujosa. Una terraza envolvente se asomaba al lago helado que había abajo, y una luz tenue brillaba en el interior. El coche de Rachel estaba aparcado a un lado.

Pequeña cabaña, ¡y una mierda!

Dana aparcó despacio, asimilándolo todo. El lugar parecía sacado de una revista de arquitectura: íntimo pero sofisticado, discreto de una manera que susurraba dinero. A veces olvidaba quién era Rachel Conroy.

Antes de que pudiera apagar el motor, la puerta principal se abrió.

Rachel salió a la terraza, descalza a pesar del frío, con un jersey holgado y vaqueros, el pelo suelto. Sonriendo.

Dana apenas tuvo tiempo de abrir la puerta antes de que Rachel bajara corriendo los escalones del porche y cruzara la grava espolvoreada de nieve.

Dana salió del coche y Rachel se lanzó contra ella, rodeándole el cuello con los brazos, las piernas alrededor de su cintura, y la besó con fuerza.

Dana retrocedió tambaleándose hasta chocar con el coche, riendo en los labios de Rachel, agarrándole los muslos para sostenerla.

—Hola —dijo Rachel cuando por fin se separaron, sin aliento y radiante—. Feliz Navidad, cariño.

—Igualmente —dijo Dana, sin soltarla—. Te vas a congelar el culo.

—Me da igual.

Rachel la besó de nuevo, más suave, pasándole los dedos por el pelo.

Midge maulló indignada desde dentro del coche.

Rachel se apartó, riendo.

—Claro. Alguien quiere salir.

Dana la dejó en el suelo con cuidado, y Rachel le agarró la mano enseguida y tiró de ella hacia el transportín.

—Déjame verla.

Dana abrió la puerta del pasajero y sacó el transportín. Dentro, Midge era una bola furiosa de pelo negro, con las orejas aplastadas y la cola esponjada.

Rachel se agachó y miró a través de la rejilla.

—Dios mío. Es tan pequeña.

—Está cabreada.

—Hola, Midge —arrulló Rachel—. Soy Rachel. Sé que ya me odias, pero te he traído chuches de salmón, así que ¿quizás podamos ser amigas? O sea, tienes que ser mi amiga ahora.

Midge bufó.

Dana se rio.

—Te lo dije —se quejó Rachel.

—Ya se acostumbrará —dijo Dana, apretándole la mano.

Rachel se levantó y se sacudió la nieve de las rodillas.

—Venga. Vamos a meteros dentro a las dos.

Dana cogió su bolsa de viaje del asiento trasero y siguió a Rachel por el camino hasta la terraza, transportín en mano.

Cuando entraron, Dana se detuvo.

El interior era impresionante. Planta diáfana con techos altos y suelos de madera de tablones anchos. Una elegante estufa de leña ocupaba una esquina, con las llamas crepitando tras el cristal. El mobiliario era minimalista: tonos neutros suaves, líneas limpias, un sofá bajo cubierto de mantas con textura. Grandes ventanales enmarcaban el lago y las montañas del fondo. La cocina tenía encimeras de cuarzo blanco, electrodomésticos de acero inoxidable y estanterías abiertas con todo lo necesario.

—Rachel —dijo Dana, dejando el transportín en el suelo—. Dijiste cabaña *pequeña*.

Rachel se mordió el labio, avergonzada.

—Es pequeña comparada con algunos sitios de por aquí.

—Esto no es pequeño.

—Vale, vale. No es pequeño —Rachel cruzó los brazos a la defensiva—. Pero no quería que pensaras que estaba presumiendo o algo así.

—Claro que no.

—Nunca había traído a nadie aquí. Iba en serio.

Dana la atrajo hacia sí.

—Es precioso. Tú eres preciosa. Y estoy muy contenta de estar aquí.

Rachel se derritió entre sus brazos.

—Yo también.

Se quedaron allí abrazadas.

Entonces Midge maulló de nuevo.

—Ay, Midge —Dana se rio y se apartó—. Déjame sacarla antes de que le dé algo.

Dana se agachó, abrió el pestillo del transportín y abrió la puerta de par en par.

—Venga, chica. Estás a salvo.

Midge no se movió. Se quedó pegada al fondo del transportín con los ojos muy abiertos y desconfiados.

—Necesita un momento —dijo Rachel, agachándose junto a Dana—. Deja que salga sola.

—Buena idea —Dana se levantó y se frotó las manos en los vaqueros—. Es una dramática.

—Me pregunto de dónde lo habrá sacado.

Dana le lanzó una mirada, pero sonreía.

—Ojo.

Rachel le cogió la mano.

—Ven. Te enseño todo.

El recorrido empezó en la zona de estar. Rachel señaló la estufa de leña. —Es más fácil de lo que parece, te lo prometo. —Y las estanterías empotradas que cubrían una pared. Dana se acercó y repasó los lomos. Textos legales, política medioambiental, estudios

de casos del Tribunal Supremo. Pero entre ellos había novelas. Toni Morrison. Ocean Vuong. Un ejemplar gastado de *El precio de la sal*.

—Lees mucho —dijo Dana.

—Cuando tengo tiempo —Rachel estaba muy cerca, con el hombro rozando el de Dana—. Que no es muy a menudo.

Dana sacó *Carol* y lo levantó. —Este se está cayendo a pedazos.

—Lo habré leído cuatro veces —Rachel le quitó el libro de las manos y pasó un dedo por el lomo agrietado—. Lo leí por primera vez a los dieciséis. Me destrozó.

—¿En el buen sentido?

—En el sentido de «mierda, esto es lo que quiero».

Cuando sus miradas se cruzaron, Dana lo sintió en el estómago.

Rachel carraspeó y devolvió el libro al estante.

—La cocina no tiene misterio. La cafetera está ahí. Esta vez he llenado la nevera con comida de verdad, no solo vino.

—¿Esta vez?

—Puede que una vez viniera aquí y sobreviviera a base de galletas saladas y Chardonnay durante tres días.

Dana se rio.

—Qué triste.

—En realidad, fue muy liberador.

Rachel la llevó por un pasillo corto.

—El baño está aquí. Las toallas están en el armario bajo el lavabo. Hay agua caliente de sobra, así que no te preocupes.

Dana entró y se detuvo. Una bañera con patas de garra se acurrucaba bajo un gran ventanal que daba al lago. Azulejos blancos tipo metro, grifería de latón, una ducha de lluvia en la esquina.

—Esta bañera... —dijo Dana.

—Ya lo sé.

—Cabrían dos personas ahí dentro.

Rachel se apoyó en el marco de la puerta, sonriendo.

—Ya lo sé.

Dana se volvió hacia ella.

—¿Estás intentando seducirme?

—¿Está funcionando?

—Puede.

La sonrisa de Rachel se ensanchó. Empujó la puerta para cerrarla y se dirigió al final del pasillo.

—Y este es el dormitorio.

La habitación era sencilla pero impresionante. Una cama grande con sábanas blancas y un edredón gris marengo. Más ventanales del suelo al techo con vistas al lago. Una cómoda. Un sillón de lectura en la esquina con una lámpara y una pila de libros en la mesita.

Dana entró, todavía con la bolsa de viaje colgada del hombro.

—Puedes dejar tus cosas en la cómoda —dijo Rachel, con la voz de pronto más suave—. Los dos cajones de arriba están vacíos. O en el armario, si has traído algo que haya que colgar.

Dana dejó la bolsa en la cama y la abrió. Sacó unos vaqueros doblados, algunos jerséis, el neceser. No era mucho. Solo había hecho la maleta para un par de días, pero colocar su ropa en la cómoda de Rachel le parecía algo monumental.

Hacer sitio.

Abrió el cajón. Estaba vacío y forrado de cedro. Metió los vaqueros, luego un jersey, y alisó la tela con cuidado.

De pronto, los brazos de Rachel le rodearon la cintura desde atrás y apoyó la barbilla en el hombro de Dana.

—¿Estás bien?

—Muy bien —las manos de Dana se quedaron quietas sobre la ropa—. Esto es... importante.

—¿Importante bueno o importante que asusta?

—Las dos cosas.

Rachel le dio un beso tranquilizador en el cuello.

—Tómate tu tiempo.

Dana terminó de deshacer la maleta, sintiendo el calor de Rachel contra su espalda, el vaivén de su respiración. Cuando cerró el cajón, se volvió entre los brazos de Rachel.

Se quedaron cara a cara, con las manos de Rachel en las caderas de Dana.

Dana levantó la mano y le apartó un mechón de pelo rojo detrás de la oreja, luego la atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos.

Rachel se abandonó al abrazo y hundió la cara en el hueco del cuello de Dana.

—No puedo creer que estés aquí —susurró contra su piel cálida.

—Nunca hago una promesa que no pueda cumplir.

CAPÍTULO 23

EL SILVER ANTLER olía a madera vieja, cerveza derramada y décadas de humo que ningún sistema de ventilación lograría eliminar. Un letrero de neón de Budweiser zumbaba en la ventana, proyectando luz roja sobre la nieve del exterior. Dentro, el bar era cálido y tenue, iluminado por hileras de luces blancas navideñas clavadas de cualquier manera en las vigas del techo.

Dana siguió a Rachel y entró dando pisotones para sacudirse la nieve de las botas. El lugar estaba casi vacío. Un par de lugareños encorvados sobre la barra, un tipo jugando a los dardos en la esquina. Una máquina de discos en el fondo reproducía algo viejo y ñoño.

Qué bien sentaba salir. Habían pasado todo el día de Navidad en la cabaña, cocinando, hablando, follando. Midge por fin se había relajado lo suficiente como para acurrucarse en el regazo de Rachel mientras veían el fuego o la tele portátil de Rachel. Anoche se habían quedado dormidas enredadas, y esta mañana Dana se había despertado con el brazo de Rachel sobre la cintura y Midge ronroneando en la almohada entre ellas. Para esto estaba hecha su vida.

Pero Rachel había insistido en que necesitaban salir, y aunque Dana prefería quedarse en casa sin hacer nada, no había discutido.

Detrás de la barra, un hombre de hombros anchos con el pelo canoso y barba espesa levantó la vista. Se le iluminó la cara con una amplia sonrisa al ver a Rachel.

—Conroy —exclamó con acento ruso—. Has vuelto.

Rachel se sentó en un taburete y se quitó los guantes.

—Te dije que volvería, Yuri.

—Más vale tarde que nunca, aunque han pasado meses.

Dana se sentó en el taburete de al lado, y Yuri posó en ella la mirada, curioso y divertido.

—Dana no se creía que estuvierais abiertos —dijo Rachel, señalándola con la cabeza.

Se encogió de hombros y cogió dos vasos.

—Todos los días. Trescientos sesenta y cinco. Trescientos sesenta y seis en año bisiesto.

—Retiro lo dicho —dijo Dana.

Yuri dejó los vasos sobre la barra y se apoyó en ella, observando a Dana con interés.

—Es la primera vez que te veo traer a alguien aquí, Rachel. Normalmente vienes sola.

Rachel se sonrojó ligeramente.

—Sí, bueno. Es especial.

El corazón de Dana hizo algo complicado en su pecho.

Yuri sirvió dos dedos de whisky en cada vaso y los deslizó por la barra.

—Ah, especial. ¿Cómo os conocisteis?

Rachel miró a Dana y arqueó las cejas.

—¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo?

—Adelante —dijo Dana, preparándose para lo que venía.

Rachel se volvió hacia Yuri con una sonrisa.

—Me arrestó, ¿te lo puedes creer?

La mano de Yuri se quedó paralizada a medio camino de la botella. Miró a Dana y luego a Rachel.

—Estás de broma.

—No bromeo —dijo Rachel—. Ojalá —gimió con una mueca—. Es tan vergonzoso. Me paró, me esposó y todo.

Yuri soltó una carcajada.

—¿Y ahora la traes a mi bar? Esto es historia de amor.

—Ya ves —asintió Dana, levantando el vaso.

—Luego acabamos en el mismo albergue una semana después —continuó Rachel—. Pura coincidencia. Intentó evitarme todo el rato.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí —dijo Rachel, dándole un codazo cariñoso—. Ni me mirabas.

Yuri se reía, claramente encantado.

—¿Y ahora?

—Ahora no puede librarse de mí —dijo Rachel.

Dana la miró. No podía imaginarse la vida sin ella.

—Ni querría. Jamás.

Yuri levantó su vaso.

—Por las segundas oportunidades.

Brindaron y bebieron. El whisky quemaba al bajar, pero era un buen ardor.

Yuri se alejó para atender a los tipos del otro extremo de la barra, y Rachel se giró hacia Dana, apoyando un codo en el mostrador.

—¿Estás bien? —preguntó Rachel—. Ya sé que este sitio no es precisamente...

—Me gusta —dijo Dana—. Es auténtico.

—Es una forma de verlo.

Se quedaron bebiendo tranquilamente. Entonces los ojos de Rachel se desviaron hacia la esquina del fondo, donde había un pequeño equipo de karaoke que parecía llamarla. Un micrófono en un soporte, una pantalla, una carpeta con canciones en una mesa cercana.

—Ni se te ocurra —dijo Dana al instante.

Rachel parpadeó, haciéndose la inocente.

—¿Qué?

—Lo que sea que estés pensando, no.

—No estaba pensando en nada.

—Estabas mirando esa máquina de karaoke como si fuerais viejas amigas.

Rachel sonrió.

—Puede que lo seamos.

—Por favor, no me digas que eres de esas.

Rachel apretó los labios con cara de culpabilidad.

—Madre mía.

—Venga ya. ¿Cuándo fue la última vez que cantaste en un karaoke?

—Nunca. Y pienso seguir así.

Rachel ya se estaba bajando del taburete.

—Voy a hacerlo.

—¡Rachel!

Pero ya se había ido, dirigiéndose al fondo del bar con determinación. Dana la observó, medio horrorizada, medio fascinada, mientras Rachel hojeaba la carpeta, elegía una canción y cogía el micrófono.

Las primeras notas de «Don't Stop Me Now» de Queen resonaron por los altavoces.

Dana se tapó la cara con las manos.

A Rachel le daba igual que el bar estuviera casi vacío o que desafinara a más no poder. Cantaba con todo el cuerpo, los brazos extendidos, las caderas balanceándose, el pelo al viento. Era ridícula, intrépida y absolutamente ella misma.

Dana bajó las manos, observando.

La pareja de la barra se giró a mirar. El tipo de los dardos se detuvo con el brazo en alto. Hasta Yuri sonreía, negando con la cabeza.

Y Dana no podía apartar la mirada.

Rachel la encontró con la mirada desde el otro lado de la sala y la señaló sin dejar de cantar, haciéndole gestos para que se acercara.

Dana negó con la cabeza, riéndose.

Rachel no paró. Siguió cantando, siguió moviéndose, hasta que terminó la canción y el reducido público rompió a aplaudir.

Volvió a la barra, sin aliento y radiante como una estrella. —Te toca.

—Ni hablar. No voy a hacer eso.

—Apenas hay nadie.

—No.

—Hazlo por mí.

—No.

Rachel ladeó la cabeza, pensativa. —¿Bailas conmigo, al menos?

Dana vaciló. —¿Con qué música?

Como si fuera una señal, la máquina de discos cambió a una canción navideña lenta: Have Yourself a Merry Little Christmas.

—Si no creen en las fiestas —dijo Dana—, ¿por qué demonios están poniendo música navideña?

—Son unos farsantes —dijo Rachel, tendiéndole la mano—. Venga.

Dana se la cogió.

Se acercaron al pequeño espacio libre junto a la máquina de discos. Rachel le rodeó el cuello con los brazos y Dana le posó las manos en la cintura. Empezaron a mecerse despacio, mientras el bar se desvanecía a su alrededor.

—Gracias —dijo Rachel en voz baja.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por no huir.

Dana la estrechó un poco más. —Se acabó lo de huir.

Más que bailar, se abrazaron. Entonces Dana respiró hondo.

—Ven a cenar conmigo. Nochevieja. A casa de mis padres.

Rachel se apartó un poco para mirarla. —¿Qué?

—Sé mi pareja —dijo Dana, completamente seria—. Ya le he contado a Lucy lo nuestro. Ahora quiero que conozcas a mis padres. Quiero que lo sepa el mundo entero.

Rachel se quedó completamente quieta. Le apretó los hombros a Dana y dejó de mecerse.

—Dana...

—Di que sí. Es lo único que tienes que hacer. Di que sí.

Rachel la miró fijamente, con los ojos muy abiertos, escrutándola. Luego la atrajo hacia sí y hundió el rostro en su cuello.

—Sí —susurró—. Sí.

Dana soltó el aire, inundada de alivio. Abrazó a Rachel con más fuerza y se quedaron allí, en medio del bar casi vacío, meciéndose al ritmo de la música navideña mientras fuera caía la nieve.

Todo encajaba a la perfección.

CAPÍTULO 24

DANA SE MECÍA contra Rachel, con las caderas en un vaivén lento, los clítoris rozándose, hinchados y húmedos. Cuatro días desde el Silver Antler. Cuatro días de tortuosa separación, llamadas telefónicas que se alargaban hasta la madrugada, contando las horas hasta que Rachel por fin hiciera el viaje a Bracken Ridge. Cuatro días que habían parecido cuatro años. Y ahora esto. Rachel Conroy en su casa en la víspera de Nochevieja. En su cama. Sus cuerpos tan pegados que cada movimiento le provocaba una nueva oleada de placer.

Cerró los ojos. Las piernas de Rachel le ceñían la cintura, los tobillos trabados con fuerza en la zona lumbar de Dana para atraerla más. Las manos le agarraban los hombros con tanta fuerza que seguro dejarían marcas de dedos, las uñas dejarían arañazos, pero el placer borraba todo dolor.

Abrió los ojos y sus frentes se tocaron mientras respiraban el aliento de la otra. Rachel jadeaba entrecortadamente, su aliento caliente contra la boca de Dana.

—Mírame —dijo Dana con voz ronca.

Los párpados de Rachel aletearon, la mirada gris verdosa nublada, ahogada en el peso de su propio deseo.

Dana presionó con más fuerza y sintió cómo el cuerpo de Rachel respondía, las caderas alzándose a su encuentro, el coño empapado, la humedad mezclada con la suya. Dana se estremeció y gimió.

Rachel gimoteó.

—Qué bien se siente.

Dana respondió con un beso profundo y apasionado, las lenguas enredándose. Rachel gimió en su boca, un sonido gutural que Dana se tragó entero, deseando todo lo que Rachel pudiera darle.

Rompió el contacto un segundo, necesitaba confirmar visualmente lo que eran. Rachel estaba preciosa, el pelo revuelto sobre la almohada, el rostro sonrosado con un rubor que le bajaba por el cuello hasta las clavículas.

—Te quiero —susurró Rachel.

Debilitada, Dana dejó caer la cabeza y apoyó la frente contra la de Rachel, las narices rozándose.

—Dilo otra vez.

—Te quiero. —Las manos de Rachel subieron y se hundieron en el pelo oscuro de Dana—. Te quiero muchísimo.

Dana aceleró, las caderas embistiendo con una cadencia nueva y hambrienta. El ángulo era perfecto, el clítoris frotándose contra el de Rachel con cada embestida, la fricción enviándole chispas por la espalda.

Rachel echó la cabeza hacia atrás contra la almohada, la boca abierta, luchando por respirar.

—Joder.

—Quédate conmigo —dijo Dana, con una mano en la cadera de Rachel para sujetarla—. Eh.

Rachel se obligó a abrir los ojos. Y esa mirada de pura pasión, cruda, casi hizo que Dana perdiera el control.

Continuó. La cama crujía debajo de ellas, el cabecero golpeaba contra la pared con un ritmo constante. La humedad de Rachel estaba por todas partes, resbaladiza y caliente, cubriéndole los muslos a Dana, empapando las sábanas bajo ellas.

Las manos de Rachel le arañaron la espalda a Dana.

Dana gruñó al sentir cómo empezaba, el nudo en el vientre, las piernas que comenzaban a fallarle. Estaba al borde del abismo.

Rachel se arqueó, el cuerpo tenso como la cuerda de un arco.

—No pares —suplicó.

—¿Dana? —No era la voz de Rachel. Llegaba de abajo, amortiguada pero inconfundible.

El cerebro de Dana registró el sonido pero no logró procesarlo. Siguió follando a Rachel, había llegado demasiado lejos para parar, el cuerpo persiguiendo el orgasmo que estaba tan cerca que casi podía saborearlo.

—¿Dana, cariño?

Esa vez sí la oyó.

Dana abrió los ojos de golpe. Se quedó paralizada a mitad de embestida, el cuerpo todavía pegado al de Rachel, las dos brillantes de sudor y excitación.

—¡Oh, joder! —Los ojos de Rachel se desorbitaron de horror—. ¿Es...?

—Mi madre —completó Dana—. Es mamá.

—Entonces quítate de encima, por favor —Rachel se retorció al ver que Dana solo la miraba sin intención de moverse.

Dana resopló y se apartó de Rachel rodando boca arriba, llevándose una mano a la frente.

—Oh, mamá —gimió, y entonces soltó una carcajada—. Por supuesto. Joder, claro que sí.

Rachel se incorporó de golpe y se tapó el cuerpo desnudo con la sábana.

—Tu madre está aquí. Abajo. Dios mío, tu madre está aquí.

—¿Acabas de decir Dios mío? Y sí, está aquí. —Dana bajó la mano y miró al techo, aún jadeando, el cuerpo vibrante de necesidad insatisfecha. El clítoris aún hinchado, palpitante—. Momento perfecto.

—¿Por qué te ríes?

—Me recuerda a cuando Martha nos pilló.

—Y una mierda —dijo Rachel. Salió de la cama a toda prisa y se subió los vaqueros mientras peleaba con el botón. Agarró el sujetador del suelo y forcejeó con el cierre—. Y joder, mira la hora.

Casi las nueve. —Cogió el móvil de la mesita—. Te dije que tenía que enviar un correo esta mañana.

—Haberlo pensado antes de despertarme sin miramientos para follar —dijo Dana apretando los labios para no sonreír.

—¡Dana! ¡Grr!

—No me gruñas. —Dana se incorporó despacio, completamente tranquila. Se pasó una mano por el pelo revuelto y se puso los vaqueros y una camiseta del suelo.

—¡Dana! —volvió a llamar su madre.

—¡Ya voy! —gritó Dana.

Miró a Rachel con la mente despejada y el futuro claro. Se habían acabado los peros y los quizás.

—Sal en dos minutos.

Rachel se detuvo con un brazo a medio meter en la camisa.

—¿Estás segura? Pensaba que ibas a presentarme en Nochevieja.

—No, ahora está bien.

—Todavía no me he lavado los dientes.

—Dos minutos o salgo a buscarte. —Dana le tomó la cara a Rachel y la besó en los labios antes de dirigirse a la puerta, con Midge trotando a sus talones, la cola en alto.

—Ahí estás —dijo Clara cuando Dana entró paseándose en el salón—. Ya empezaba a pensar que ibas a dormir todo el día. —Cogió a Midge y la acunó en los brazos como a un bebé—. ¿Qué te pasa en el pelo?

—Nada. Acabo de levantarme. —Dana se alisó el pelo.

Entonces su padre entró por la puerta principal, con un termo plateado en una mano y un plato cubierto con papel de aluminio en la otra.

—Hola, papá.

—He empezado a moler mis propios granos —dijo a modo de saludo—. Son la hostia. A partir de ahora vas a mandar a Starbucks a la mierda.

—Wayne, esa boca —le gritó Clara, pero Dana se rio.

—Papá, qué bien.

—Te sirvo una taza.

—Eso también me parece genial —dijo Dana, intentando no sonreír de oreja a oreja.

Clara besó a Midge en la cabeza y se puso a parlotear sobre los granos de café, el desayuno, el árbol de Navidad que Midge había destrozado.

—¿Has sabido algo de Darren? ¿Va a venir?

—No sé si va a poder venir. Es que no entiendo por qué no pudo hacer un hueco para...

La voz de Clara se fue apagando cuando Dana miró por encima del hombro.

Rachel entró sigilosamente en el salón, vacilante, con el pelo un poco revuelto de dormir.

A Dana le dio un vuelco el corazón, pero de los buenos. Estaba tan feliz. Demasiado feliz como para esperar otra cosa que no fuera la misma reacción por parte de Wayne y Clara.

—Hola —le dijo Dana a Rachel moviendo los labios sin emitir sonido. Lo que realmente quería era besarla. Era raro ver a esa mujer severa y firme que sabía que era Rachel mostrarse tan tímida. Y Dana la quería aún más por ello.

—Hola —susurró Rachel.

—Oh, hola —dijo Clara, que seguía con Midge en brazos.

—Hola —repitió Rachel, esta vez con más claridad.

—Ese debe de ser tu coche, el que vi aparcado en la calle.

—Sí —dijo Rachel.

—Mamá, esta es Rachel —dijo Dana.

Clara entrecerró los ojos y entonces cayó en la cuenta. —Eres de aquel viaje. —Señaló con un dedo mientras Midge le colgaba del otro brazo—. Te recuerdo. No sabía exactamente que eras tú, pero te recuerdo. —Le tembló el párpado—. ¿O me equivoco? —Miró a Dana y luego otra vez a Rachel.

—Mamá, no te equivocas. Y sí, es Rachel Conroy.

—Oh —dijo Clara, y apretó los labios intentando ocultar su sorpresa. Por una vez, se había quedado sin palabras.

Rachel dio un paso adelante y le tendió la mano. —Hola, es un placer conocerla por fin. He oído hablar muy bien de usted.

Clara se sonrojó, se pasó a Midge al otro brazo y estrechó la mano de Rachel. —Es un verdadero placer conocerte a ti también. —Estaba radiante; su sorpresa se había transformado en calidez al instante. Se volvió sin soltar la mano de Rachel—. ¿Wayne, cariño?

Sin respuesta.

—¡Wayne! —bramó hacia la cocina—. Ven a conocer a la amiga de Dana. —Se volvió hacia ellas con un asomo de preocupación en el rostro—. Amiga, ¿verdad? No se habrá metido en un lío y necesita un abogado, ¿no?

Rachel se rio, y la risa le alivió parte de la tensión de los hombros. —No, qué va. No soy ese tipo de abogada.

—Mamá, es abogada medioambiental.

—Ah, yo pensaba... —empezó Clara, asintiendo como si no estuviera del todo segura de lo que eso significaba.

Wayne apareció desde la cocina con una taza humeante en la mano. —Hola. —Se paró en seco y el café se derramó un poco. Por supuesto que la reconoció. Todo el mundo en Pine Ridge sabía quién era Rachel Conroy.

Se recompuso enseguida y le tendió la mano libre. —Wayne Finch. Encantado.

—Rachel Conroy —dijo ella mientras le estrechaba la mano—. Encantada de conocerle, señor.

—¿Café? —ofreció él.

—Acabamos de traerle el desayuno a Dana —añadió Clara, sin dar tiempo a Rachel a responder a Wayne—. Hay de sobra.

—Mucho más que de sobra —secundó Dana mientras rodeaba la taza caliente con las manos—. Creen que tengo el estómago de un elefante.

—Lo tienes —dijo Wayne—. Te he visto comer.

—Venga ya, papá. —Dana puso los ojos en blanco con gesto juguetón mientras lo seguían hacia la cocina.

Él dejó el termo en la encimera y empezó a sacar tazas del armario mientras Clara desenvolvía el plato cubierto con papel de aluminio y dejaba al descubierto unos rollos de canela que llenaron la habitación con su aroma dulce y cálido.

Rachel se quedó cerca de la encimera, jugueteando con las mangas.

—Venga, siéntate —dijo Dana señalando con la cabeza la silla de al lado, y Rachel se sentó.

Dana abrió el armario, cogió dos platos y sirvió huevos revueltos y rollos de canela para Rachel y para ella. Sus padres se acomodaron en las sillas de enfrente, los dos con su café en la mano.

—Bueno —dijo Wayne, echándose hacia atrás en la silla—, ¿cuánto tiempo vas a quedarte por aquí, Rachel?

—Hasta Año Nuevo —dijo Rachel mientras Dana se sentaba a su lado—. Tengo que volver a Chicago por trabajo.

—Chicago —dijo Clara mientras partía un trozo de rollo de canela —. Eso queda bastante lejos.

—Unas tres horas, más o menos.

Wayne asintió. —El tráfico debe de ser horroroso.

—A veces —coincidió Rachel con una leve sonrisa—. Si hace falta, cojo un vuelo.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Wayne.

Rachel alzó la vista hacia el techo.

—¿Anoche?

Miró a Dana.

—O esta madrugada —añadió Dana mientras daba un sorbo al café.

Rachel asintió.

—Sí, fue bastante tarde —dijo Dana con una risita.

Clara dejó la taza. Le brillaban los ojos de una curiosidad que ya no podía contener.

—Vale, sabemos que Dana te arrestó.

—Mamá —protestó Dana.

—No pasa nada —dijo Rachel. Estuvo a punto de tomar la mano de Dana sobre la mesa, pero se echó atrás y se colocó un mechón de pelo rojo detrás de la oreja—. Lo hizo. Y con razón.

Dana dio un bocado a los huevos y dejó el tenedor.

—Nos volvimos a encontrar en Pine Haven Lodge. Rachel estaba allí por casualidad, hablamos y nos hicimos amigas.

—Amigas —repitió Clara, como si estuviera probando la palabra.

—¿Y no estabas tremendamente cabreada con ella? —preguntó Wayne a Rachel, enarcando una ceja—. Yo lo habría estado.

—Al principio —admitió Rachel con una pequeña sonrisa—. Pero no duró mucho.

—¿Ves? —le dijo Dana a Wayne—. Hice bien en no besarle el culo.

Una imagen de besar literalmente el culo de Rachel se le formó en la mente y la ahuyentó. De repente le sudaban las axilas y se le secó la boca. Un sorbo de café ayudó.

Miró a Rachel, que tenía la vista clavada en su plato, y luego a sus padres. Su madre sonreía; su padre asentía como si aquello fuera una conversación perfectamente normal.

Con el corazón en un puño, Dana alargó la mano sobre la mesa y tomó la de Rachel. Sus dedos se entrelazaron, a la vista de sus padres.

El rostro de Clara reflejó una leve confusión; bajó la mirada hacia sus manos unidas.

La taza de café de Wayne se detuvo a medio camino de sus labios.

Dana respiró hondo.

—Rachel es la amiga con la que os dije que estoy saliendo.

CAPÍTULO 25

LOS PADRES DE DANA estaban sentados a la mesa de la cocina, con la mirada fija en los dedos entrelazados de Dana y Rachel. Era como si intentaran descifrar un idioma extranjero.

Dana apretó la mano de Rachel. —Estamos juntas.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Clara. El rostro se le estaba endureciendo como el cemento, con los ojos aún clavados en el pulgar de Rachel, que acariciaba el dorso de la mano de Dana.

—Mamá, venga. Por favor. Sabes lo que quiero decir. Estamos juntas. Sé que es mucho. Sé que puede resultar impactante que os lo suelte así de repente. Por eso quería decíroslo ahora y no más tarde, estando aquí, para que podáis entenderlo. —Dana miró a Rachel—. La quiero. Ella me quiere. Eso es todo. Y quería que la conocierais.

—Así es —dijo Rachel, siempre dispuesta a apoyarla—, la quiero.

Dana y Rachel se sonrieron.

Clara y Wayne seguían ahí sentados, tiesos como dos ladrillos, con el rostro inexpresivo.

Dana no podía imaginar lo que les pasaba por la cabeza después de la bomba que acababa de soltar. Conmoción, confusión, negación, de todo.

—Iba a decíroslo cuando fuéramos a cenar en un par de días, pero ahora es tan buen momento como cualquier otro. —A Dana se le llenaron los ojos de lágrimas. Veía que se lo estaban tomando

mal, y esa no era su intención—. Tengo que decíroslo porque no puedo guardármelo más. Me está matando, literalmente. Me muero por dentro porque sois las dos personas más importantes de mi vida, y pensar que os lo he estado ocultando tanto tiempo... no es justo para ninguno de nosotros.

La cocina quedó sumida en un silencio absoluto; solo se oía el zumbido de la nevera y a Midge arañando su poste en el salón.

Clara seguía con la mirada clavada en sus manos.

Wayne movía los músculos de la cara como si intentara formar palabras pero no le salieran.

Dana se secó los ojos con una mano sin soltar la de Rachel con la otra. —¿Podéis decir algo, por favor? Lo que sea.

Clara por fin levantó la vista hacia su hija. —¿Cuánto tiempo?

—Desde el albergue. Ya os lo dije —respondió Dana.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo así?

—No soy «así» de ninguna manera —dijo Dana—. Soy yo. Sigo siendo quien soy. Siempre he sido yo.

—No. —Clara negó con la cabeza—. No, no lo eres. No te crié para ser lo que sea esto. Sea lo que sea, no te crié para serlo.

—Me criaste para ser yo misma y para ser honesta. Esta soy yo.

El rostro de Clara se desmoronó, ya no fuerte, solo herido. Se cubrió los labios temblorosos con las puntas de los dedos.

Dana soltó la mano de Rachel y alargó el brazo por encima de la mesa hacia su madre. —Mamá, por favor, no te pongas así. Intenta entenderlo, por favor.

—No lo entiendo. No sé cómo.

—Nada ha cambiado. Simplemente quiero a Rachel. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué...? —Clara apartó la mano de la boca.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé. No pude. Tenía miedo.

—Siempre he estado ahí para ti, Dany, pasara lo que pasara. ¿Y no pudiste contarme esto? ¿Me lo ocultaste? ¿A mí?

—Mamá, lo siento mucho.

—¿Cómo pudiste? —Clara paseó la mirada de un lado a otro, intentando encajar todas las piezas—. ¿Fue por esto que tú y Vince...?

Los nudillos de su padre se pusieron blancos de apretar la taza de café. La respiración se le hizo más pesada.

—¿Dana? ¿Fue por esto que tú y Vince terminasteis? —insistió Clara.

Dana no fue capaz de admitir la verdad sobre la farsa de su matrimonio.

—Ay, Dany. No lo entiendo. ¿Cómo vas a vivir así? ¿Por qué ibas a querer hacerlo? ¿Y qué pasa con los nietos? ¿Vas a...?

—¿Va a qué? —Wayne habló por fin, con la ira filtrándose entre los dientes apretados.

Dana y Clara se encogieron visiblemente.

—Responde —exigió—. ¿Va a qué, Clara? ¿Tener hijos? No puedes hablar en serio. —Echó la silla hacia atrás, con las patas raspando el suelo, y se levantó.

—Papá, por favor. ¿Podemos sentarnos como personas civilizadas y hablar de esto? —Alargó la mano hacia él, pero Wayne se la apartó de un manotazo.

—Wayne, siéntate —dijo Clara con firmeza—. Tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué? ¿De que es una mentirosa? ¿O de que es esta... cosa?

—No soy una cosa —se defendió Dana, y se puso de pie—. No me llames así.

—Eres una mentirosa, eso es lo que eres. —Se le plantó delante, mirándola con el mayor de los desprecios—. Y no sé si alguna vez podré volver a confiar en ti. Ya ni siquiera sé quién eres.

—¡Wayne! —Clara se levantó y se interpuso entre ellos.

—Todo lo que hice por ti. Todo lo que construí. ¿Así es como me lo pagas? ¿Tirándolo todo por la borda? ¿Y para qué? Para decir que

estás enamorada de una maldita mujer. De una Conroy. Me das asco.

—Señor Finch, sé que está enfadado —empezó Rachel.

—Tú no pintas nada aquí —espetó Wayne—. Esta es mi familia. —Se golpeó el pecho con el puño.

—No le hables así —dijo Dana, y se acercó a él.

—Vosotros dos, parad. ¡Parad! —Clara se interpuso entre ellos, con una mano en el pecho de Wayne y la otra en el de Dana, pero él no se detuvo.

—Estoy hasta los cojones de ti —continuó—. Y ni se te ocurra poner un puto pie en mi casa. —Agarró el abrigo del respaldo de la silla.

—Por mí, perfecto —dijo Dana, manteniéndose firme a pesar del dolor que sentía; un pequeño sollozo se le escapó cuando las palabras de él dieron en el blanco—. Si no puedes aceptarme por esto, significa que nunca me has aceptado. Y si no puedes, me voy. De todo. Porque no voy a seguir fingiendo. No puedo. No quiero.

—Dana, no lo dices en serio —dijo Clara.

—Sí que lo digo en serio. Me iré.

Se fulminaron con la mirada, Dana y su padre, cargados de animosidad. Y por un segundo, cuando Dana vio que la ceja izquierda de él se crispaba y sus labios se fruncían, pensó que se quedaría, aunque solo fuera para discutir, porque no quería perderla ni perder lo que tenían. Pero él se dio la vuelta y salió de la cocina.

—Wayne, vuelve aquí.

—Déjalo que se vaya si es lo que tanto quiere —dijo Dana, furiosa.

La puerta de entrada se cerró de un portazo y Dana se estremeció.

—Dana, cariño. —Clara le tocó el hombro—. Solo necesita tiempo para asimilar esto.

—Eso no le da derecho a comportarse así. Ni a insultarme en mi propia casa, mamá, eso lo sabes.

—¿Por qué tenías que hacernos esto ahora? No sé qué esperabas.

—¿Que qué esperaba? —Dana estaba indignada—. Desde luego, esto no.

—No pensarías que iba a tragárselo sin más, ¿verdad? —dijo Clara, hiriéndola aún más.

—¿Tragarse qué? ¿A mí?

Clara abrió la boca y volvió a cerrarla.

Dana volvió la cabeza y miró un instante a quien le daba la fuerza y el valor para hacer lo que sabía que tenía que hacer: Rachel, junto al fregadero, horrorizada.

—Cariño, tranquila —le dijo Dana, y volvió a mirar a su madre.

—¿Cariño? —preguntó Clara—. ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Tú también puedes irte, mamá.

—Sabes que nunca te abandonaré, ¿verdad? Es solo que no sé qué hacer con esto. Pero hablaré con él —dijo Clara, y cogió el bolso de la encimera.

—No te molestes. Ya ha tomado una decisión.

Dana se quedó donde estaba mientras su madre salía, y esperó a oír cerrarse la puerta. En cuanto se cerró, le fallaron las rodillas. Se agarró al borde de la encimera para no caerse, y el sollozo que había contenido escapó por fin, junto con la demoledora certeza de lo que acababa de pasar.

«¿Qué coño acabo de hacer?»

CAPÍTULO 26

—¿Lo viste en el supermercado esta mañana? —Lucy no salía de su asombro mientras apilaba platos en la mesa de la cocina de Dana.

Dana no sabía qué habría hecho si Lucy hubiera rechazado su invitación a la cena de Nochevieja y, como de costumbre, hubiera preferido ir a casa de sus padres.

—Sí —dijo Dana mientras doblaba servilletas. Todavía tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar después de que sus padres se marcharan. Había llorado hasta quedarse sin lágrimas, y luego lloró un poco más.

Rachel la había sostenido en brazos todo ese tiempo, en el suelo de la cocina, en el sofá, en la cama cuando el agotamiento la arrastró hacia unas pocas horas de sueño inquieto. Pero esa mañana, Dana se había despertado con fuerzas renovadas. Año nuevo, nueva ella. Se levantó de la cama, llamó a Lucy y le contó cada sórdido detalle del día anterior. Luego la invitó a ella y a Mark a cenar. Al percibir la vacilación en la voz de Lucy, casi se echó atrás, pero Lucy aceptó y llegó a las siete en punto con bolsas de la compra, Mark y los gemelos. Cuando vio a Dana, la abrazó durante un minuto entero y enseguida se puso a preparar la cena. Si no hubiera olvidado el ingrediente más esencial para su lasaña, la nuez moscada, Dana no habría tenido que ir a la tienda y cruzarse con su padre. Se quedó rígida al verlo, y él, para evitarla, agarró un frasco de algo de un estante y se puso a leer la etiqueta.

—¿Y no dijo nada? —preguntó Lucy.

—Ni una maldita palabra. Ni siquiera quería mirarme. Y yo pensando: ¿en serio? No espero globos ni confeti, pero vamos, hombre. Mientras tanto, Darren trae una fulana nueva cada dos años. Y con eso no tiene ningún problema.

—¿Y este año?

—No pudo venir.

—¿Le has contado a Darren lo de Rachel?

—No hizo falta. Llamó horas después. Le da igual. Ojalá a mamá y papá les diera lo mismo.

Lucy suspiró. —Lo siento. Y no quiero que esto vaya de mí, pero espero que no me lo echen en cara por estar aquí en vez de allí.

—Lo dudo. Te quieren demasiado.

—No sé yo. Me da miedo que tu madre acabe poniendo mi cabeza en una estaca como decoración de Halloween el año que viene. Y no será una foto, será mi cabeza de verdad.

—No seas tan dramática, Lucy —se rio Dana.

—¿Lo soy?

—Sí. Además, puedes ir más tarde si quieres, dar la bienvenida al año nuevo con ellos. Sé que los chicos lo van a echar de menos. —Dana echó un vistazo a la sala de estar, donde Jake y Mason correteaban de un lado a otro mientras Rachel y Mark, cerveza en mano, charlaban absortos en su conversación.

Dana sonrió ante la escena.

—¿Quién iba a decir que se llevarían tan bien, verdad? —dijo Lucy, de pie junto a ella.

—Sí.

—Y no pienso ir a ninguna parte. —Lucy volvió a la mesa, cogió su copa de vino y le pasó la suya a Dana. Levantó la copa—. Por las nuevas tradiciones.

—Por las nuevas tradiciones. —Chocaron las copas y siguieron poniendo la mesa.

Mientras lo hacían, Jake entró corriendo desde la sala de estar y sus pies en calcetines resbalaron sobre las baldosas. —¡Tía Dana, tenemos hambre!

—Lo sé, cariño. La cena está casi lista.

Mason apareció en la puerta detrás de su hermano, dando saltitos de impaciencia. —¿Cuándo podemos encender las bengalas?

—Dentro de unas horas, chicos, ¿vale? —dijo Dana.

—No tengáis tanta prisa —añadió Lucy.

Mason dio una patada en el suelo y gimoteó: —¡Pero quiero hacerlo ahora!

Lucy se volvió desde la encimera mientras se secaba las manos con un paño de cocina. —Chicos, volved a la sala y ved la tele.

—¡No! —dijo, y volvió a dar una patada en el suelo con su piececito izquierdo.

—¿Te acuerdas de lo que pasó el año pasado? —preguntó Lucy sin perder la calma.

Mason no respondió, solo se quedó enfurruñado.

—¿Te acuerdas de lo que pasó el año pasado?

—Síííí.

Señaló la puerta. —Pues entonces volved a la sala y ved la tele o jugad a algo. Os llamo cuando la cena esté lista.

Dana lo vio alejarse cabizbajo, con Jake justo detrás.

—Qué fácil. ¿Qué pasó el año pasado?

—Les quité media caja de bengalas y los mandé a la cama por portarse mal. Juraste que los estaba mandando a una cámara de gas.

—Eres cruel.

—Prácticamente se quedaron dormidos en cuanto se acabaron las bengalas y dejaron de moverse. Y no me llames cruel hasta que tengas hijos.

Dana se rio.

—Aunque casi nunca dices si quieres tener hijos.

—No lo sé —dijo Dana—. Rachel desde luego que sí.

—Vaya, ¿ya habéis tenido esa conversación?

—No diría tanto. Surgió antes de que empezáramos. Ella lo mencionó.

—Qué bien. Oye, Mark y yo llevamos un tiempo hablando de tener otro.

—¿En serio? —Dana abrió los ojos con genuina alegría—. Me alegro muchísimo por vosotros.

—Pero espero que te me adelantes.

Dana frunció el ceño y dio un sorbo de vino. —Lo que sí sé es que esta noche te voy a ganar en una cosa: en terminar esta botella.

La botella de vino tinto de la mesa estaba casi vacía. Sirvió lo que quedaba y fue a la nevera a por otra. Rachel había pedido seis botellas cuando Dana fue a la tienda, diciendo que quería que se quedaran en casa todo el día siguiente sin tener adónde ir ni nada que hacer. Agachada rebuscando en la nevera, fantaseó con ello y deseó que llegara ya.

—Está listo —canturreó Lucy.

Dana cogió una botella de vino blanco esta vez y, al darse la vuelta, vio que Lucy llevaba a la mesa la lasaña más apetitosa del mundo.

—Se me está haciendo la boca agua, literalmente —dijo Dana.

—Espero que esté buena.

—Lo va a estar. Siempre lo está.

Lucy sonrió con suficiencia y aspiró el vapor.

—Ya lo sé.

—Déjala antes de que se te caiga.

La dejó en el centro de la mesa.

—¿Puedes traer el pan? Voy a ir preparándolo todo y que repose diez minutos.

—No tiene que reposar diez minutos enteros. Seguro que no.

—Se va a deshacer. Trae el pan —ordenó Lucy.

—A la orden.

Dana fue a la encimera y rebuscó en la bolsa de la compra hasta dar con la chapata.

—Huele increíble aquí dentro. —Mark entró con un gemelo en cada brazo.

Rachel lo siguió, frotándose las manos.

—Ya te digo. Me muero de hambre. ¿Ya está listo?

—No, no lo está —dijo Lucy, apuntándola con una manopla—. Y a menos que vayáis a ayudar, fuera de la cocina. Todos.

—Puedo ayudar —dijo Rachel—. Dime qué hago.

—¿Qué tal se te da el cuchillo?

—Impecable. Obviamente —presumió Rachel.

Dana soltó una carcajada, sabiendo que era mentira.

—Perfecto, puedes empezar con la ensalada.

—Marchando.

—Hay lechuga, tomates, col, pepinos...

—Uy, va a tardar una eternidad con eso —interrumpió Dana—. Igual nos toca esperar una hora más solo por la ensalada.

—Cállate —dijo Rachel, pero le sonrió a Dana mientras iba hacia la nevera.

—Mark, ¿y tú cómo vas a ayudar? —Lucy arqueó las cejas, escéptica.

—Haciendo compañía —dijo él—. Pregúntale a Rachel.

—Ella no va a decir que no.

—Yo sí lo diría —gritó ella con la cabeza metida en la nevera.

Mark se rio.

—¿Ves? Excelente.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la charla.

Dana levantó la vista de la chapata que estaba cortando.

—¿Habéis invitado a alguien?

Lucy negó con la cabeza.

—No. Solo estamos nosotros.

—No —dijo Mark, dejando a los gemelos en el suelo.

—Qué raro, ¿quién será? —dijo Dana.

Otro golpe, más fuerte, y Dana dejó el cuchillo y se limpió las manos con un trapo.

La cocina se quedó en silencio a su espalda; hasta los gemelos habían dejado de moverse. Notaba todas las miradas clavadas en ella mientras caminaba hacia la puerta principal. Cogió aire y la abrió.

Wayne estaba en el porche, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y el aliento formando vaho en el aire frío. Si tuviera que describirlo en dos palabras, diría cansado y derrotado.

—Papá.

Al principio no dijo nada, solo la miró, inquieto.

—¿Qué haces aquí?

Sacó la mano derecha del bolsillo y se rascó la ceja.

—¿Te ha enviado mamá?

—No —dijo él secamente—. ¿Por qué tiene que enviarme tu madre? ¿Ya no puedo pasarme sin más?

Dana parpadeó, pillada desprevenida por el tono desenfadado.

—Yo nunca he dicho que no pudieras.

—Bien.

Se quedaron allí en un silencio incómodo mientras el aire frío se colaba en la casa.

Entonces la voz de Mason irrumpió desde detrás.

—¡Wayne!

Dana se giró y vio a los dos gemelos que venían corriendo hacia ellos con las caras iluminadas como las bengalas que estaban deseando encender. Se estrellaron contra las piernas de Wayne antes de que ella pudiera detenerlos.

—Hola. —La actitud de Wayne cambió por completo. Se agachó, cogió a Mason en brazos y le revolvió el pelo a Jake—. Hola, chicos. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Vamos a cenar! —anunció Jake.

—¡Y bengalas! —añadió Mason, dando botes en los brazos de Wayne.

—¿Bengalas, eh? —Wayne miró por encima de Dana hacia el interior de la casa.

Desde donde estaba, veía a Lucy, Mark y Rachel de pie en la entrada de la cocina, mirando.

Dejó a Mason en el suelo sin apartar la atención de los gemelos.

—¿Dónde están vuestros fuegos artificiales? No veo ninguno.

—Tenemos unas bengalas y... —empezó Jake.

—¿Y... y...? ¿Qué más? —insistió Wayne.

—¡Tenemos gorros y petardos!

Se puso a su altura y bajó la voz con tono de conspirador.

—¿Qué os parece si venís a nuestra casa? Tenemos petardos y fuegos artificiales. De los que iluminan todo el puñetero cielo.

—¿Y bengalas? —preguntó Jake.

Soltó una risa ronca y miró a Dana.

—Acabo de decirle que tenemos fuegos artificiales enormes y va y pregunta por las bengalas. Este crío.

Volvió a mirar a Jake.

—Tenemos un millón de bengalas.

—¡Sí! —Los gemelos daban saltos de alegría y tiraron de la camisa de Lucy cuando se acercó—. Mamá, ¿podemos? ¿Por favor?

Lucy parecía completamente perdida, atrapada en medio de todo aquello.

—Uhm...

Wayne se puso de pie, sacudiéndose la nieve de las rodillas. Luego miró a Dana.

—¿Qué dices? Tú decides —hizo una pausa—. Deja todo este rollo aburrido y vuelve a casa.

Vuelve a casa. No «ven a la fiesta» o «pásate por allí». Vuelve a *casa.* No sabía cómo reaccionar. Ahí estaba, plantado en su puerta, como si presentarse pudiera absolverlo de lo que había hecho, como si ella no tuviera ni voz ni voto en perdonarlo.

Miró hacia atrás, hacia Rachel, que seguía rezagada en el umbral de la cocina, con Mark delante.

Wayne siguió su mirada hasta Rachel.

—¿Vienes? —le preguntó.

Dana levantó una mano.

—Espera, espera, espera —estaba confundida—. Papá, entiendo lo que intentas hacer, pero no puedes aparecer aquí así, sin más, después de todo lo que pasó. De todo lo que dijiste.

—Lo sé, lo sé —se removió incómodo—. ¿Qué quieres que diga? —miró a Rachel apenas un par de segundos y volvió a Dana.

—No es lo que quiero que digas.

—Mira, vine a hacer las paces, ¿vale? No pensé que tendrías público —señaló vagamente hacia Mark y Lucy, y volvió a centrarse en Dana—. Sabes que esto no se me da bien. Sabes que no soy... — se inclinó para que solo ella pudiera oírlo—. No soy de los cariñosos.

—Eso ya lo sé.

Le puso las manos en los antebrazos y la sujetó con suavidad.

—Lo siento, ¿vale? Me pasé de la raya. Ya está, lo he dicho. Lo siento. Si esto es lo que eres y lo que quieres, ¿quién soy yo para juzgarte? Sigues siendo mi hija.

Dana se quedó sin palabras.

Él la soltó y esperó a que dijera algo.

—Dame una oportunidad, Dana, joder. No seas tan dura conmigo.

Ella sabía que lo decía en serio. Notó las lágrimas subiéndole del pecho a los ojos.

—Sí, vale. Yo también lo siento —intentó mostrarse igual de fuerte.

—No debería haberte dicho todas esas cosas.

—Te pillé desprevenido.

—Da igual. No quiero perderte por esto.

—Yo tampoco, papá. Y no quiero que estemos así. Duele demasiado.

Se secó rápidamente las lágrimas que le corrían por la mejilla, tratando de que ni ella ni nadie lo viera.

—Bien. Está decidido. Ve a por tu abrigo —dijo con brusquedad. Se aclaró la garganta; quería que aquel momento acabara cuanto antes para que las emociones no le jugaran una mala pasada—. Chicos, coged vuestras cosas, vámonos.

Los gemelos gritaron y salieron corriendo.

—¿Papá? —dijo Dana.

—¿Sí? —Todavía le temblaban los labios, los ojos enrojecidos.

—Lo que tenía montado aquí no era ningún rollo.

Se rio y volvió a pasarse la mano por los ojos.

—Vale, vale. Retiro lo dicho.

Los gemelos salieron corriendo, discutiendo sobre de quién era cada gorro, con las voces agudas y emocionadas.

Wayne los guio hacia la puerta.

—Vamos, chicos. Fuera.

Dana entró y se detuvo junto a Lucy.

—¿Estás bien? ¿Es esto lo que quieres? —preguntó Lucy, también con los ojos llorosos, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí. Solo necesito un minuto. Os veo allí.

Lucy le apretó la mano y luego agarró a Mark del brazo. Siguieron a Wayne y a los gemelos al exterior y cerraron la puerta tras de sí.

Dana se quedó de pie en el repentino silencio de su salón, sin nadie más que Rachel, que seguía en el umbral de la cocina, ahora sonriendo, con lágrimas cayéndole por el hermoso rostro. Fue hacia ella y la atrajo hacia sí.

Se abrazaron, frente con frente, respirando al unísono. Se quedaron así, como si nada más existiera.

Entonces la voz de Wayne llegó desde fuera.

—¡Eh, vamos! ¿A qué esperáis?

Se separaron entre risas, con lágrimas de felicidad en las mejillas.

Rachel le secó la cara a Dana con las yemas de los dedos, cálidas.

—¿Lista?

—Sí.

Dana cogió los abrigos del armario. Se abrigaron: Rachel se enrolló una bufanda al cuello mientras Dana se ponía los guantes. Entonces Rachel alargó la mano y tomó la de Dana.

Caminaron juntas hacia la puerta, con los dedos entrelazados.

Dana se detuvo en el umbral y miró hacia atrás, a su pequeña casa: el hogar que había construido para sí misma, la vida solitaria que había llevado por culpa de su secreto.

Dana apretó la mano de Rachel y salieron juntas a la fría noche nevada.

El patio trasero estaba repleto de gente: vecinos, familia, los compañeros de póquer de su padre apiñados alrededor de la hoguera. Hileras de luces se entrecruzaban en lo alto. Los gemelos corrían desenfrenados con bengalas y Mark iba tras ellos. Clara se movía entre la multitud con una bandeja de copas de champán mientras Wayne trasteaba con los fuegos artificiales en el extremo más alejado del patio.

Dana y Rachel se quedaron al fondo, medio ocultas entre las sombras, con las manos enlazadas.

—¿Estás bien? —preguntó Rachel.

Dana miró a su alrededor: a sus padres, a Lucy riendo con los vecinos, a la calidez y la luz que lo inundaban todo.

—Sí —dijo—. De verdad que sí.

Alguien gritó desde el porche:

—¡Un minuto!

La multitud empezó a congregarse mientras miraban los móviles y alzaban las copas.

Rachel se volvió hacia Dana hasta quedar frente a ella, y le tomó las manos.

—Feliz Año Nuevo anticipado —susurró Rachel.

—Feliz Año Nuevo anticipado.

La multitud empezó a corear:

—¡Sesenta! ¡Cincuenta y nueve! ¡Cincuenta y ocho!

El corazón de Dana latía desbocado ante la pura y abrumadora perfección de aquel momento.

—¡Cuarenta! ¡Treinta y nueve! ¡Treinta y ocho!

Rachel le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, trazando círculos.

—¡Veinte! ¡Diecinueve! ¡Dieciocho!

Dana atrajo a Rachel hacia sí.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!

—¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco!

—¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

—¡Feliz Año Nuevo!

El patio estalló en vítores. Sonaron las matracas. Los corchos de champán salieron disparados.

Y Dana besó a Rachel.

Sin esconderse. Sin secretos. Sin miedo.

Y por primera vez en su vida, sintió que estaba exactamente donde debía estar.

FIN

If you liked this book, please consider leaving a review.

Scan the code below to join my newsletter and get notified of new releases.

